



Trece poetas del mundo azteca
Miguel León-Portilla (selección, versión,
introducción y notas explicativas)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Cultura Náhuatl. Monografías 11)

Primera edición impresa UNAM: 1967

Primera edición impresa UNAM con ISBN: 2019

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: 978-607-30-4431-8

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM



Trece poetas del mundo azteca

Selección, versión, introducción y notas explicativas

Miguel León-Portilla

NEZAHUALCÓYOTL

CACAMATZIN

NEZAHUALPILLI

AXAYÁCATL

XICOHTÉNCATL

TLALTECATZIN

CUACUAUHTZIN

TEMILOTZIN

CHICHICUEPON

TECAYEHUATZIN

AYOCUAN CUETZPALTZIN

MACUILXOCHITZIN

TOCHIHUITZIN COYOLCHIUHQUI



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

TRECE POETAS DEL MUNDO AZTECA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Cultura Náhuatl, Monografías / 11



TRECE POETAS DEL MUNDO AZTECA

*Selección, versión, introducción
y notas explicativas*
MIGUEL LEÓN-PORTILLA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2021

León-Portilla, Miguel, editor, traductor, prologuista.
Trece poetas del mundo azteca / Primera edición. | México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2021.

Primera edición UNAM: 1967
Primera edición UNAM con ISBN: 2019
Primera edición en PDF con ISBN: 2021

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-30-4431-8



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Impreso y hecho en México

Trece poetas del mundo azteca

se terminó de producir el 16 de abril de 2021. La edición en formato electrónico PDF (29.81 MB) estuvo a cargo del Departamento Editorial del Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México.
Participaron en la edición: Rosalba Cruz (edición del proyecto),
Natzi Vilchis (edición técnica y producción)
y Lorena Piloni (supervisión de metadatos).

ADVERTENCIA

Una nueva reedición de la obra *Trece poetas del mundo azteca*, recopilada por Miguel León-Portilla, aparece junto con otros títulos publicados en el Instituto de Investigaciones Históricas en la fecha señera en que conmemoramos y discutimos temas en torno del inicio de la Conquista de México, es decir, en este año de 2019.

En el contexto de tal aniversario, al cual nuestro investigador emérito tanto ha aportado, el Instituto de Investigaciones Históricas rinde justo homenaje al maestro con la edición de esta obra que rescata los cantos de trece afamados poetas nahuas que vivieron entre los siglos XIV y XVI.

Editada por primera vez en 1967, Miguel León-Portilla incluye en ella un estudio introductorio donde el lector podrá adentrarse en la antigua visión del mundo, del pensamiento y del arte legados por el pueblo nahua.

ANA CAROLINA IBARRA
Ciudad Universitaria, junio de 2019.

A Ascensión, mi esposa



El país de la flor y el canto

PREFACIO A LA PRIMERA REIMPRESIÓN

Al publicar por vez primera este libro en 1967, subrayaba que es privilegio infrecuente sacar del olvido la figura y la obra de un poeta verdadero. Allí mismo añadía que la investigación en el rico caudal de las fuentes indígenas había hecho posible el acercamiento a trece rostros prehispánicos, con las volutas floridas que fueron sus cantos. Al ofrecer ahora esta primera reimpresión, manifestaré que, también con apoyo en la documentación que se conserva, cabe elevar ya el número de los maestros de la palabra cuyas obras y personalidad conocemos.

En el curso que impartí en 1974, en El Colegio Nacional, me ocupé con cierto detenimiento de otros siete poetas del mundo náhuatl. Dado que a ellos dedicaré un segundo volumen, me limito a recordar ahora tan sólo sus nombres. Son éstos los de Aquiauhztzin de Ayapanco-Amecameca, cantor de la divinidad y el erotismo; el célebre Moquíhuix de Tlatelolco, al que debemos poemas y augurios de acabamiento; Totoquiuhatzin I de Tlacopan, autor de poemas festivos y de reflexión filosófica; Xayacamachtzin de Tizatlan que nos habla de las casas de los libros de pinturas; Teonxímac de México-Tenochtitlan, forjador de los *icnocuícatl*, cantos de tristeza por la muerte de Tlacahuepan, acaecida en el combate; Tettlepanquetzanitzin de Tlacopan, a quien se deben también cantos de guerra y, finalmente, Oquitzin de Azcapotzalco, con sus *xopanquícatl*, cantos de primavera.

Todos ellos, al igual que los trece sobre los que versa este libro, cuentan entre los más antiguos poetas que hasta hoy se conocen, de los muchos que ha habido y habrá en estas tierras. Para el estudioso con mirada abierta a los distintos rumbos de la cultura, dan ellos muestra de lo que fue, en un mundo que estuvo aislado, la flor y el canto de rostros y corazones, diferentes pero, por humanos, también afines.

Nuevamente dejo constancia de que el encuentro con estos sabios y poetas del México antiguo no podía haber ocurrido sino como consecuencia de una ya larga serie de investigaciones en este campo. Me-

ritoria en extremo fue la labor de mi maestro, el doctor Ángel María Garibay, a cuya memoria expreso aquí sincero reconocimiento. Mencionaré también a Rubén Bonifaz Nuño, al que, como forjador de cantos, he seguido pidiendo consejo para hacer menos indigna la presentación de nuestros antiguos poetas. Finalmente, agradezco una vez más, el acucioso trabajo de Víctor Manuel Castillo Farreras, a quien se deben las ilustraciones de este libro, tomadas casi todas de códices indígenas.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
Noviembre de 1974
Ciudad Universitaria

INTRODUCCIÓN

¿Quiénes fueron, cómo se llamaron, en qué forma vivieron los principales poetas, sabios y artistas del México antiguo? ¿Hay alguna manera de relacionar las obras que conocemos, sobre todo las literarias, con “los rostros y corazones” de quienes en el mundo prehispánico supieron forjarlas? ¿O habrá que limitarse a decir que, a excepción del celeberrimo Nezahualcóyotl y de otros pocos poetas, la mayor parte de los textos deben atribuirse a antiguas escuelas de sacerdotes y sabios, responsables anónimos de esas creaciones?

Nuestro propósito en este trabajo es responder al menos parcialmente a las preguntas anteriores. Ya el título de este libro, *Trece poetas del mundo azteca*, pretende señalar que, a pesar de oscuridades y limitaciones en la investigación, es posible atribuir por lo menos algunos cantares y poemas a autores determinados “que tuvieron carne y color”, cuyas biografías conocemos. Si como en otras culturas de la antigüedad hubo también, en nuestro caso, muchas producciones artísticas en cuya elaboración participaron grupos de personas de nombre desconocido, sería falso concluir por ello que todo cuanto se hizo y pensó deba ser tenido por anónimo.

Numerosos son los personajes, principalmente gobernantes, sacerdotes y guerreros del mundo indígena, cuyos nombres y biografías han llegado hasta nosotros. Buena prueba de esto nos la da el *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, preparado bajo la dirección de don Rafael García Granados, en el que, con base principalmente en el testimonio de cronistas e historiadores del siglo XVI, se reúne información copiosa acerca de casi cuatro mil figuras prominentes del México prehispánico.¹ Por otra parte, en los mismos manuscritos en los que se

¹ Rafael García Granados, *Diccionario biográfico de historia antigua de Méjico*, 3 t., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1952-1953.

conservan las antiguas composiciones en lengua náhuatl se indica también algunas veces de manera formal y expresa a quién han de atribuirse determinados textos. Obviamente era necesario esclarecer en las fuentes si eran válidas o no esas atribuciones, y en caso de serlo, investigar luego cuál fue la vida y actuación de los autores mencionados. Ésta ha sido la labor que hemos llevado a cabo respecto de trece de los más famosos poetas que vivieron entre los siglos XIV y XVI en el ámbito del mundo azteca.

Podría alguien preguntarse por qué, habiendo testimonios e información, hasta ahora no se había acometido esta empresa o sólo se había ensayado en forma limitada.² Para dar una respuesta es necesario recordar al menos brevemente la trayectoria y las vicisitudes por las que han tenido que pasar los estudios e investigaciones acerca de la literatura náhuatl prehispánica.

El redescubrimiento de la literatura náhuatl

Aunque casi parezca increíble, el empeño de dar a conocer las creaciones literarias de los antiguos mexicanos data sólo de aproximadamente un siglo. Mucho antes, durante las primeras décadas de Nueva España, frailes humanistas y sabios indígenas sobrevivientes habían salvado de la destrucción y el olvido cuanto les fue posible de lo que llamamos “el antiguo legado”. En las centurias siguientes hombres como Sigüenza y Góngora, Boturini y Clavijero redescubrieron y, al menos en parte, estudiaron algunos de los viejos textos, pero por circunstancias adversas no lograron darlos a conocer en su forma original ni menos aún publicar traducción alguna de ellos. Sólo bien entrado el siglo XIX,

² En el segundo volumen de *Historia de la literatura náhuatl* (México, Porrúa, 1954, p. 373-390), el doctor Garibay hace referencia a algunos de los poetas citados en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de México y ofrece sumaria información que, como él mismo lo dice, “será de utilidad para los futuros investigadores”. Igualmente, en *Poesía náhuatl. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar. Tezcoco, 1582*, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964, p. 229-239 (Cultura Náhuatl. Fuentes, 4), ofrece el mismo autor numerosas referencias acerca de los principales poetas cuyos nombres se mencionan en los textos del manuscrito que se encuentra en la Benson Latin-American Collection de la Universidad de Texas.

y en un ambiente más propicio, comenzó a ser realidad lo que antes había sido proyecto o deseo. Así puede explicarse por qué el estudio y la nueva presentación de la literatura náhuatl se inició hace relativamente tan poco tiempo.

Punto de partida del moderno interés parece haber sido un hallazgo de don José María Vigil, al hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional de México en 1880. Fortuna suya fue encontrar “entre muchos libros viejos amontonados”, como él mismo lo escribe, el códice o manuscrito que se conoce como Colección de *Cantares mexicanos*.³

Es cierto que ya había algunos pocos estudios acerca de otros códices indígenas de tema histórico y mitológico redactados con glifos principalmente pictográficos e ideográficos, pero hasta entonces habían quedado olvidadas las recopilaciones de textos con poemas prehispánicos como los que se contenían en el recién descubierto manuscrito. Otros documentos con transcripciones de poemas, discursos, narraciones e historias en lengua náhuatl, conservados en bibliotecas y archivos principalmente de Europa, iban a atraer bien pronto la atención de los estudiosos. Tomaron éstos nueva conciencia del valor de esos textos gracias sobre todo al redescubrimiento del manuscrito de la Biblioteca Nacional de México.

Mérito fue del americanista Daniel G. Brinton publicar por vez primera una obra en inglés en la que incluyó una selección de la Colección de *Cantares mexicanos*, a la que dio el título de *Ancient Nahuatl Poetry*.⁴ Contó en la preparación de este trabajo con el auxilio de don Faustino Galicia Chimalpopoca, quien preparó para él una versión

³ La historia de este descubrimiento nos la da el doctor Peñafiel en el prólogo a su edición facsimilar del manuscrito *Cantares mexicanos* que se encuentra en la Biblioteca Nacional de México, véase *Cantares en idioma mexicano, reproducción facsimiliaria del manuscrito original existente en la Biblioteca Nacional que se imprime bajo la dirección del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría del Fomento, 1904. Como el mismo Peñafiel lo señala, ya desde 1859 don Fernando Ramírez había hecho sacar una copia de este manuscrito cuando aún se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de México, misma que más tarde pasó a la Nacional. La copia de Ramírez fue vendida junto con su biblioteca. En realidad, se debe al redescubrimiento de Vigil el interés que comenzó a despertarse por el estudio de los poemas y cantares incluidos en esta colección.

⁴ Daniel Garrison Brinton, *Ancient Nahuatl Poetry: Containing the Nahuatl text of XXXVII Ancient Mexican Poems*, Filadelfia, D. G. Brinton, 1887 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VII). A este trabajo siguió otro suyo referente también a la literatura de los antiguos mexicanos, en el que se ofrece la versión de varios himnos sagrados procedentes del *Códice matritense del Real Palacio*. A este libro dio Brinton el curioso título de *Rig Veda Americanus. Sacred Songs of the*

parcial al castellano de los poemas. Y si es verdad que son deficientes, tanto la traducción de Chimalpopoca como la que con base en ella publicó Brinton, reconozcamos que fue éste el primer ensayo de dar a luz una muestra de la literatura del México prehispánico.

Como no pretendemos hacer aquí la historia de los estudios y trabajos que continuaron apareciendo sobre la poesía indígena, recordaremos sólo los nombres de los principales investigadores que con diversos criterios se han ocupado de las fuentes documentales en las que ésta se conserva. Incansable descubridor y compilador de textos fue don Francisco del Paso y Troncoso. De él puede decirse que, gracias a sus hallazgos y a las reproducciones de códices y documentos que alcanzó a publicar, abrió mejor que nadie este campo casi virgen para provecho de los futuros estudiosos. Entre los extranjeros hay que mencionar al menos al francés Rémi Siméon, autor del magno diccionario náhuatl-francés y asimismo traductor de algunos textos, al iniciador de este tipo de investigaciones en el ámbito alemán, doctor Eduard Seler, estudioso de buena parte de los códices matritenses y comentador del *Códice Borgia*, así como a sus seguidores Walter Lehmann, Leonhard Schultz Jena, y a los investigadores contemporáneos Gerdt Kutscher y Günter Zimmermann.

En nuestro medio, y esforzándose por superar ignaras formas de resistencia que pretendían desconocer la autenticidad de los textos prehispánicos, no pueden dejar de citarse los nombres de Cecilio Robelo, Luis Castillo Ledón, Mariano Rojas, Rubén M. Campos y el del distinguido lingüista y filólogo Pablo González Casanova.

En fecha más cercana y destacando entre otros varios que podrían citarse, ha sido precisamente el doctor Ángel María Garibay K. quien con un criterio hondamente humanista, y a la vez científico, ha dado a conocer no poco de lo que fue la riqueza literaria del mundo náhuatl. Gracias a sus numerosas publicaciones, entre las que sobresale su *Historia de la literatura náhuatl*, es posible afirmar ahora que las creaciones de los poetas y sabios del México antiguo han despertado ya enorme interés en propios y extraños. Antes las pocas ediciones que había de textos prehispánicos sólo atraían la atención de especialistas-

Ancient Mexicans, with a Gloss of Nahuatl, Filadelfia, D. G. Brinton, 1890 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VIII).

arqueólogos, etnólogos e historiadores. Hoy en día, la literatura náhuatl ha traspuesto ya los límites de un interés meramente científico y comienza a ser valorada, al lado de otras creaciones indígenas en el campo del arte, desde un punto de vista estético que busca la comprensión de las vivencias e ideas de hombres que, básicamente aislados de contacto con el Viejo Mundo, fueron también a su modo creadores extraordinarios de cultura.

En las obras de Garibay y de otros investigadores, son ya asequibles numerosas muestras de lo que fue la literatura y particularmente la poesía náhuatl. Conocemos también a través de los textos, algo de lo que fue la Verdad y aun de lo que hemos llamado pensamiento filosófico.

Los poetas y sabios del mundo náhuatl

El siguiente paso, ya urgente, dentro de esta línea de estudios era inquirir hasta donde fuera posible, acerca de “los forjadores de cantos”, a los autores de esta literatura. Ciertamente es que buena parte de ella se ha tenido y ha de tenerse por anónima, obra de las antiguas escuelas de sacerdotes y sabios. Indudablemente hay también otros textos de los que incluso sabemos el nombre de su autor, sin tener por desgracia mayor información sobre el mismo. Pero se conserva al menos un cierto caudal de composiciones respecto de las cuales es posible no sólo señalar sus autores, sino también tratar con algún detenimiento de las vidas de ellos, hasta esbozar su propio perfil espiritual dentro del momento histórico en que les tocó desenvolverse.

Rebuscando en códices y textos indígenas hemos reunido cuantos datos ayudan a pergeñar las biografías de trece principales poetas del mundo náhuatl. Sus obras, así como otras repetidas alusiones a ellos, las encontramos en las dos principales colecciones de cantares y poemas, las que se conservan en la Biblioteca Nacional de México y en la de la Universidad de Texas.⁵

⁵ El manuscrito *Cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México ha sido objeto de numerosos estudios. Sin embargo, no existe hasta el presente una versión de la totalidad de los textos en él incluidos. A partir de 1936, en varias de sus obras, el doctor Garibay ha dado a conocer buena parte de estos poemas y en el 2011 este instituto publicó una edición bilingüe, en tres

Con esta base presentamos aquí lo que hemos podido allegar sobre la vida y la obra poética de este primer grupo selecto de forjadores de cantos, cinco de ellos de la región tezcocana, cuatro de México-Tenochtitlan, tres de la zona de Puebla-Tlaxcala y uno más del antiguo señorío de Chalco. Hombres todos —a excepción de Macuilxochitzin, la poetisa hija de Tlacaélel, el gran consejero mexica del siglo XV—, vivieron en su mayoría dentro del periodo final del esplendor azteca. A pesar de diferencias locales, fueron herederos y participes de igual cultura. Los mitos cosmogónicos, las mismas creencias y prácticas religiosas, una casi idéntica organización política, social y económica dieron marco a su pensamiento e hicieron posibles sus creaciones.

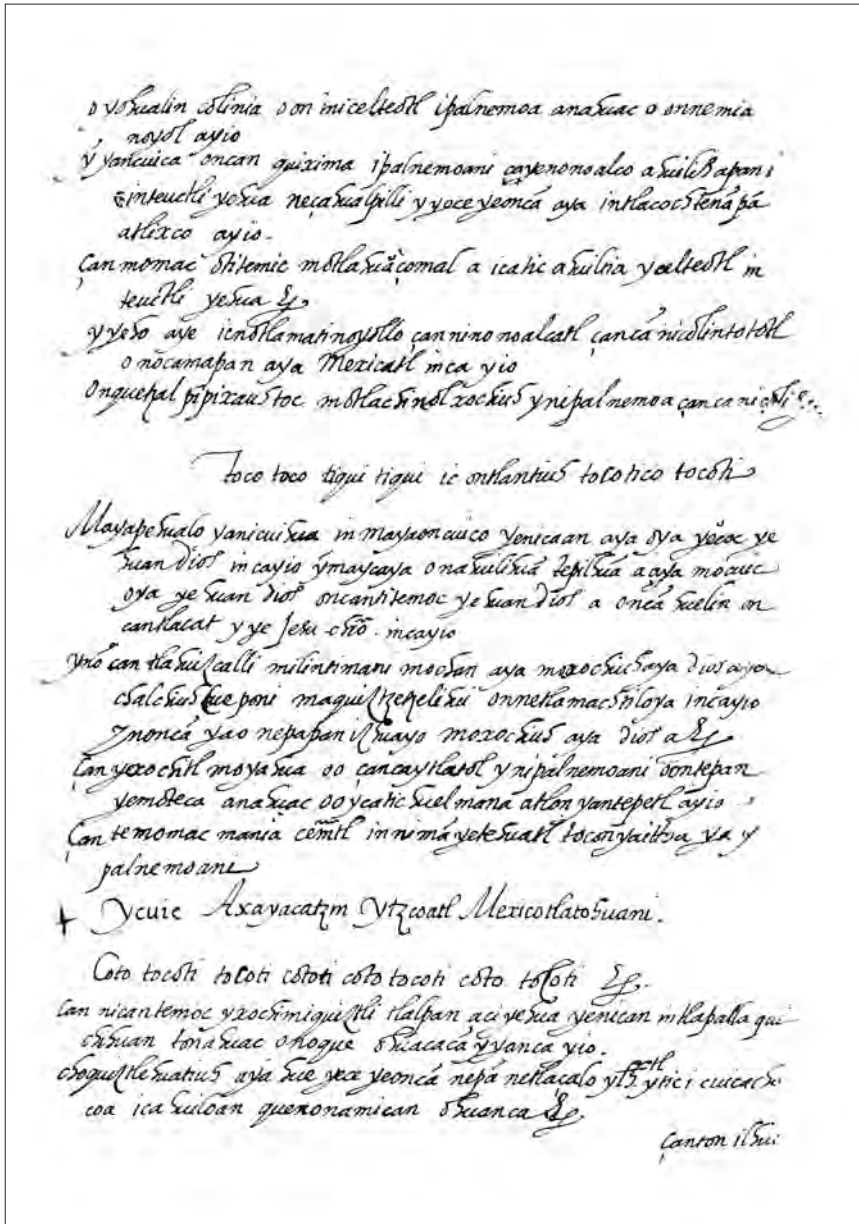
Nada tiene de extraño, por consiguiente, encontrar en su poesía temas muchas veces semejantes: “la guerra florida”, la insistencia en la idea de la muerte, el valor supremo del arte que es “flor y canto”, la amistad en la tierra, el misterio que circunda al Dador de la vida...

Mas, a pesar de los temas afines, también hay diferencias. Mucho más personal es la poesía de quien, como Tlaltecatzin, dialoga con una “alegradora” *ahuiani*, mujer de placer de los tiempos prehispánicos. Distinta por su hondura de pensamiento es la obra de Nezahualcóyotl y de otros poetas, verdaderos tlamatinime, sabios, como Tecayehuatzin, Nezahualpilli, Ayocuan y Tochihuitzin. Más sencillas y directas son las palabras de la poetisa Macuilxochitzin que se empeña por destacar en su canto la feliz intervención que puede tener una mujer aun en las más graves circunstancias. Asuntos principalmente relacionados con la guerra encontramos en los poemas del señor Axayácatl, de Xicohténcatl

tomos, de los textos completos. El doctor Leonhard Schultze Jena ha publicado la paleografía y una sumamente inexacta traducción de los textos contenidos en 57 de los 85 folios del manuscrito, véase *Alt-Azteckische Gesänge. Nach einer in der Biblioteca Nacional von Mexiko aufbewahrten Handschrift, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, aufgezeichnet in den Sprachen der Eingeborenen*, Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz, Stuttgart y Berlín, v. VI, 197.

Existen finalmente otras traducciones parciales de los poemas publicadas por otros autores, entre ellos quien esto escribe; véase *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

El manuscrito de *Cantares*, preservado en la Benson Latin-American Collection de la Universidad de Texas y conocido con el curioso título de *Romances de los señores de la Nueva España*, ha sido publicado por vez primera por Ángel M. Garibay, véase *Poesía náhuatl. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar. Tezcoco, 1582*, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964 (Cultura Náhuatl. Fuentes, 4).



Ycuic Axayacatzin Ytzcoatl Mexicotlatohuani, “Canto de Axayactzin Itzcóatl, señor de México”, manuscrito de *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 29v

*Ne las mimalitl in tehcacauyotla ayaxie onedcanchius iniquatp
 nenelitus in corio huacani a suano maxine cananalo loc tontkikopi
 loc aqui na huac ayax timortalia in General Capitan a su gene
 lla Tonya Xapeltzima va sue yonecuilo yateleutl ayo yene
 cuilo yateleutl ayo.*

*Neas huac huac
 tin y pilin xaye
 cana xapeltzima
 ximuo haxtlan, Mic
 h loc temalacac.*

*Ycuic neçahualpilli yeclamato huexo.
 ximco. Cuetecayotl, Jaitlali Cuicani Feccepouqui*

*Ni suini anaya y diinhanoyotl haxtlan moquetaya, oltato huaya caquon
 quecalt o Smaltenantepac haxtlan tenantepac Ximocuiltlono haxca
 huapan hino huayo, quaxomolt ayax quaxomolt ayaxo
 Cantexaxochi o hax ye y huinic xoncan tosto atepan ayax quaxomolt ayaxo
 y nchale huaxi teterca, quecalt popo regu anocheyo tepitlaxi y tin miguilla
 suangue nuncan amiltan y panob, atempnaya ay Mexico y nchale.
 Inguaxtli va Pipican a dielotl escatlca hndpiltin Macuilmanilli con
 yoncan Pachlan haxpalla xionachia a y Mexico o.
 Inxponi huinic veni cuetecalla y venixochi quaxozoya Nicototzima ye
 zochi a o hax xaxozoya ye oya ye a ye ayaxo.
 In matemaco nquecal ozo to hax ndpiltin hax paluizque y ayoni
 xozo ya o.*

Y come Gueduetl

*Ineo al y manam ay va sue ompoconimani Fexaxochi o hax ya ai hui
 tia ain Mexicame chichimicall ayax noconilonmiquia canovicocastre
 Inay y va sue o omicocaya Nineca haxpilla noconilonmiquia canovicocastre
 ma ompayacueponia haxaxochi ayax noconilonmiquia canovicocastre
 Ciliqui pin chaxl tin ay tin ma hax a y xelotl cuetecall y ayaxo ma hax ma qu
 memoria in quetel haxpilon xionquimozu cuetecall a huacuen.
 Ahia y va y hax haxomol acueyotl y topan y xaponi pilla xelotl Donco o hax
 a y xaxoma hax ma qui namo ya y quecal y xapilon o.*

Inquetel axomolt

Ycuic Neçahualpilli, “Canto de Nezahualpilli”, manuscrito de Cantares mexicanos, Biblioteca Nacional de México, f. 55v

de Tlaxcala y de Chichicuepon de Chalco. Cantos tristes, más que ninguno, son los de Cuacuauhtzin y los del también desafortunado Cacamatzin. Paradójicamente el guerrero Temilotzin nos ofrece una breve y hermosa laudanza de la amistad.

Difícil sería, cuando de algunos poetas sólo se conocen una o dos composiciones, aplicar calificativos a su obra o pretender caracterizar sus tendencias e inclinaciones. Nuestro acercamiento a “los forjadores de cantos” tiene por necesidad barreras no superables, determinadas por las mismas fuentes de información, menos abundantes y explícitas de lo que sería apetecible. Así y todo, como nos esforzaremos en mostrarlo, algo es lo que con fundamento puede decirse de estos trece poetas, no ciertamente los únicos de quienes se hace memoria en los textos. Trece hemos escogido, número particularmente significativo en el pensamiento calendárico y religioso del mundo prehispánico y también evocador de superstición en el nuestro. Sea, en este caso, la bien observable superstición acerca de una supuesta carencia de datos sobre la vida y obra de los poetas del México antiguo.

Aunque en cada caso habremos de situar a “los trece” en su propio momento histórico, señalaremos al menos algo de lo que fue la herencia en la que todos participaron. Podrá comprenderse así cómo fueron postrar floración de una larga secuencia en la que había habido ya otros muchos poetas y sabios para nosotros menos conocidos, pero que también fueron dueños de “un rostro y un corazón”. El acercamiento a la antigua secuencia cultural ayudará en cierto modo a esclarecer los alcances de las lucubraciones de los sabios y poetas, y dejará ver cómo pudo llegar hasta nosotros el testimonio de su pensamiento y de sus creaciones artísticas. Recordando los remotos orígenes, podrá vislumbrarse el valor y la posible significación universal de su legado.

Remotos antecedentes de los sabios y poetas del mundo azteca

Absurdo parecía hasta hace poco parangonar con las altas culturas del Viejo Mundo a las que florecieron en el ámbito del México prehispánico. Desde el punto de vista de la historia universal, se consideraba más que suficiente tratar de ellas al hablar “de los descubrimientos y

conquistas” de fines del siglo XV y principios del XVI. Al menos implícitamente se ligaba, así, la significación del ser histórico de estas culturas con el hecho del descubrimiento. Por eso, consignada la gesta de los conquistadores con la consiguiente destrucción de las culturas, se daba por agotado el tema. En el mejor de los casos se hacía breve alusión a los ritos sangrientos y a las extrañas formas de vida de quienes parecían hacerse acreedores al epíteto de gentes primitivas o al menos semibárbaras.

Tan sólo varias décadas de investigación arqueológica y un siglo escaso de moderno acercamiento a los códices y textos han abierto el campo a una comprensión histórica más amplia y profunda. En particular, el estudio del arte y la literatura prehispánica llevaron a pensar que quizás no era ya absurdo intentar alguna forma de comparación entre estas culturas y las más antiguas del Viejo Mundo. La razón por la cual los brotes o núcleos del Cercano Oriente, del Valle del Indus y de China ocupan lugar propio en la historia y reciben el calificativo de culturas superiores se encuentra en las instituciones que allí por vez primera florecieron: extraordinaria organización social, política y religiosa, comienzos del urbanismo, invención de escritura y calendario, creaciones artísticas de grandes proporciones y nacimiento de un comercio organizado. Lo que hoy conocemos por la arqueología y los textos prehispánicos permite afirmar que, fuera de los núcleos del Viejo Mundo, es único el caso del México antiguo porque en él hubo, asimismo, en tiempos distintos y en forma independiente, creaciones básicamente paralelas.

El calendario y la escritura, al menos la ideográfica, fueron inventados en esta porción de la América Media durante el último milenio antes de Cristo. Las inscripciones procedentes de los primeros estratos de Monte Albán, en Oaxaca, así como las de varios lugares cercanos a las costas del Golfo, en el “país de los Olmecas”, son prueba de esto. Los más antiguos centros ceremoniales, como el de La Venta en la misma región olmeca, con anterioridad a la era cristiana preñan la nueva forma de urbanismo de las grandes ciudades-santuarios, Teotihuacán, Monte Albán y las muchas que pudieran recordarse del área maya, durante los tiempos del esplendor clásico, entre los siglos I-IX d. C. El florecimiento del arte olmeca con grandes esculturas en basalto,

estelas, bajorrelieves y extraordinarios trabajos en jade es, asimismo, anticipo de lo que llegaría a ser el mundo de la creación estética en el ámbito del México antiguo. Finalmente, la difusión de técnicas y estilos en apartadas regiones apunta ya a la existencia de diversas maneras de contacto, intercambio y comercio desde varios siglos antes de los comienzos de nuestra era.

Con mayor razón puede afirmarse, tratando ya de la etapa teotihuacana (siglos I a IX d. C.), que en ella se desarrollan de manera definida muchas de las instituciones que llegarían a perpetuarse hasta los tiempos aztecas. Los principios urbanistas y la arquitectura de las grandes pirámides, los recintos abiertos, los palacios, el arte de la escultura y de la pintura mural, todo ello es modelo de ulteriores manifestaciones, tanto en el periodo de los toltecas como entre los más tardíos estados de la región de los lagos, donde llegarían a ser señores los antes desconocidos aztecas.

Los mismos sistemas calendáricos, el *xiuhpohualli* o cuenta solar de 365 días y el *tonalpohualli*, medida ritual y astrológica de 260 días, fueron conocidos por los teotihuacanos, los zapotecas, las naciones del mundo maya y, posteriormente, por los mixtecas y toltecas de quienes habrían de heredarlos los otros pueblos de idioma náhuatl. Igualmente tuvieron amplia difusión los mitos cosmogónicos y, al menos, el núcleo de las creencias religiosas que hablan de dar marco a la visión del mundo y al pensamiento de los sabios y poetas de los siglos XIV a XVI.⁶

La antigua visión del mundo

Raíz de la visión del mundo de las naciones mesoamericanas fue el mito de las edades o soles cosmogónicos que han existido y concluido de manera violenta. A través de años sin número, los dioses creadores

⁶ Obviamente las afirmaciones formuladas acerca de la antigüedad de estas instituciones del México prehispánico presuponen detenido examen y estudio de los hallazgos arqueológicos y de las fuentes documentales. No siendo posible presentar aquí los testimonios allegados en apoyo de lo expuesto, nos permitimos hacer referencia al capítulo que acerca de “los posibles orígenes y evolución del pensamiento náhuatl” se preparó para la tercera edición de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, p. 273-309.

habían sostenido entre sí las grandes luchas cósmicas que marcaron la existencia de las edades y los soles. Cuatro eran los soles que habían surgido y acabado por obra de los dioses: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual es la del sol de movimiento, el quinto de la serie, que tuvo principio gracias a un misterioso sacrificio de los dioses, que con su sangre lo crearon y dieron vida en la tierra a los nuevos seres humanos. Pero esta edad no sólo puede también perecer, sino que lleva en sí misma el principio de la destrucción y la muerte.

El universo, simbolizado ya en la planta y distribución de las ciudades-santuarios, es como una isla inmensa dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos. Cada cuadrante implica un enjambre de símbolos. Lo que llamamos oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizados por el color blanco. El norte es el cuadrante negro donde quedaron sepultados los muertos. En el poniente está la casa del sol, el país del color rojo. Finalmente, el sur es la región de las sementeras, el rumbo del color azul.

Los grandes cuerpos de pirámides truncadas y superpuestas parecen ser, asimismo, reflejo de la imagen vertical del universo. Sobre la tierra existen, en orden ascendente, trece planos distintos. Primero están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Más arriba están los cielos de los varios colores y, por fin, la región de los dioses, el lugar de la dualidad donde mora el supremo dios, el dueño de la cercanía y la proximidad, nuestra señora y nuestro señor de la dualidad. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlan*, la región de los muertos, el sitio tenebroso acerca del cual tantas preguntas llegarán a plantearse los poetas y sabios de los tiempos aztecas.

La visión del mundo, las doctrinas religiosas, la ciencia del calendario podían preservarse y transmitirse por los dos medios clásicos inventados en las viejas culturas: la tradición oral sistemática y la representación a base de glifos. Ya en Teotihuacán encontramos muchas de las formas de inscripción que después serán patrimonio de otras naciones

del altiplano. Entre otros se hallan los glifos calendáricos, los que representan el movimiento, el *ollin*, símbolo de la edad presente; el agua y el fuego, *atl tlachinolli*, evocación de la guerra; flor y canto, apuntamiento de la creación artística; los emblemas de Tláloc, el dios de la lluvia, cuyo paraíso, el *Tlalocan*, quedó en forma plástica en uno de los palacios de la ciudad de los dioses, y finalmente los símbolos de Quetzalcóatl, sabiduría de la divinidad que, sobre todo a partir de los tiempos toltecas, habría de alcanzar extraordinaria difusión en la América Media. Los antiguos textos hablan ya de la presencia de sabios y sacerdotes, custodios de la tradición y poseedores de las tintas negra y roja con las que escribían en sus libros de pinturas. En las escuelas, al lado de los templos, quizás también en los palacios, los mitos y las doctrinas, el saber acerca de los astros y el arte de medir el tiempo, podían comunicarse a las nuevas generaciones. Combinando la tradición oral con la técnica de las inscripciones se tuvo, desde entonces, el medio para salvaguardar no sólo el recuerdo sino la continuidad de una cultura.

*La postrer manifestación del pensamiento náhuatl
a través de la poesía*

Tardíos participantes en el proceso de creación cultural del México antiguo, fueron los aztecas y otras naciones de igual lengua, entre ellos los tezcocanos y tlaxcaltecas. Su primera presencia en la región de los lagos data, probablemente, de los años que siguieron al ocaso de Tula. Pero los recién llegados al escenario de las altas culturas, con sorprendente capacidad de adaptación y voluntad de predominio, manifiesta sobre todo en los aztecas, bien pronto habrían de desempeñar importante papel en el antiguo proceso creador. Tras asimilar los sistemas de organización, patrimonio de los toltecas, hicieron posibles nuevas formas de florecimiento, integrando sus propios mitos y tradiciones con las ideas y doctrinas de las naciones que habían creado las ciudades santuarios y habían sido dueñas de la escritura y el calendario desde tiempos remotos.

En realidad, no todos los recién venidos tuvieron igual trayectoria. Los tezcocanos, descendientes de los grupos que capitaneaba el célebre

chichimeca Xólotl, lograron asentarse en la que llegaría a ser su metrópoli desde los comienzos del siglo XIII. Muy pronto sus gobernantes iniciaron lo que hoy llamaríamos “procesos de aculturación dirigida”, haciendo venir sabios y maestros de diversas regiones para aprender de ellos la forma de establecer las ciudades, y ser instruidos en las antiguas doctrinas, las artes y la escritura. Gracias a esto, Tezcoco llegaría a ser nuevo y extraordinario foco de cultura. Algunos de sus hijos más ilustres, ahondando en los conocimientos recibidos, llegarían a destacar como sabios, arquitectos y poetas famosos. Las figuras de Nezahualcóyotl, de Cuacuauhtzin, de Nezahualpilli y de otros como el famoso edificador de palacios, Xilomantzin, de quien habla el historiador Ixtlilxóchitl, habrían de imprimir un carácter definido a su pueblo.⁷ A pesar de la que llegaría a ser prepotente influencia de los vecinos aztecas, lo mejor de Tezcoco pudo enraizarse en una tradición espiritualista, estrechamente ligada con el recuerdo de Quetzalcóatl. Consecuencia de ello fueron sus creaciones en el arte, y la postura de sus sabios, seguidores del pensamiento de “flor y canto”, empeñados en elucidar los problemas del hombre en la tierra, la posibilidad de decir palabras verdaderas y encontrar la forma de acercarse al misterio de *Tloque Nahuaque*, el que es “como la noche y el viento”.

Distinto fue el sino de los aztecas. Siendo los últimos en aparecer por la región de los lagos, más que nadie tuvieron que sufrir persecuciones de parte de quienes ya estaban allí establecidos. Pero la nación azteca, que encontraba en su dios Huitzilopochtli la raíz de su fuerza, superó dificultades, una tras otra. Contrariando a los culhuacanos y asimismo penetrando en los dominios tecpanecas de Azcapotzalco, lograron establecerse en el islote de Tenochtitlan, el lugar que les había destinado su dios. Cuando en 1325 se adueñaron al fin de la isla, quedó confirmado para ellos el poder de Huitzilopochtli por el cumplimiento de la promesa que hablaba del águila devorando la serpiente. Los contactos que habían tenido los aztecas con los pueblos poseedores de cultura superior, sobre todo con los culhuacanos, herederos de los

⁷ Acerca de Xilomantzin, quien aunque de origen culhuacano vivió en Tezcoco, así como de otro arquitecto que colaboró con Nezahualcóyotl en la construcción de sus palacios, proporciona alguna noticia Fernando de Alva Ixtlilxóchitl; véase *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 174.

toltecas, les habían permitido asimilar no poco de la vieja herencia. Buen cuidado tuvieron, establecidos ya en la isla, de elegir por supremo gobernante un hombre de estirpe tolteca, el señor Acamapichtli. Cerca de un siglo después alcanzaron al fin plena independencia, al vencer, hacia 1429, a los antiguos dominadores de Azcapotzalco.

La voluntad azteca de poder se manifestó entonces con toda su fuerza. Como Tezcoco se había encaminado por el mundo de la “flor y el canto”, gracias a sus poetas y sabios, los aztecas guiados por jefes decididos y audaces como Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y, sobre todo, por el gran consejero Tlacaélel, iban a convertirse en el pueblo del sol, dispuestos a extender sus dominios más allá de lo que pudiera preverse.

En Tenochtitlan la antigua visión del mundo adquirió un nuevo sentido. La edad presente, quinta de la serie de soles que habían existido, estaba en peligro de terminar también por un cataclismo. El pueblo del sol se arrogó entonces la misión de impedir este trágico fin. Si los dioses habían vuelto a crear a los hombres con la sangre de su sacrificio, ofreciendo a su vez los humanos el líquido precioso de su propia sangre, podrían fortalecer la vida del sol y mantener así la existencia de esta quinta edad de movimiento.

Para llevar a cabo esta empresa de colaboradores cósmicos de Huitzilopochtli, identificado ya con el sol, los aztecas —siguiendo el consejo de Tlacaélel— dieron nuevos alcances al antiguo rito de los sacrificios humanos. Sus ejércitos iban a ser los encargados de obtener víctimas por medio de las guerras floridas, concertadas periódicamente con los estados vecinos. En particular, la nación tlaxcalteca habría de verse afectada por los designios del cada vez más poderoso pueblo del sol. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que, si los guerreros y los comerciantes de Tenochtitlan marchaban en pos de la adquisición de riquezas y a la conquista de pueblos, muchos de sus poetas hicieran de la guerra tema principal de sus cantos.

Éste fue, descrito a grandes rasgos, el ambiente en el que prosperó la última versión del arte y del pensamiento prehispánicos. Los nuevos pueblos habían asimilado la herencia milenaria, pero al hacerla suya, le habían impreso sentidos distintos. Así puede explicarse la aparición de doctrinas, lucubraciones y poemas que muchas veces parecen y son

antagónicos. Los sabios y poetas hablan un mismo lenguaje, se valen de metáforas muchas veces idénticas, pero expresan con frecuencia formas de pensamiento que responden a preocupaciones distintas.

La mención del dador de la vida, de las flores y cascabeles, del corazón de los príncipes y la muerte se dejan oír en no pocos poemas del pueblo del sol, unidos al tema de la guerra en la llanura, y al del combate donde se hacen cautivos y se somete a las naciones vecinas.

Hacen estrépito los cascabeles,
 el polvo se alza cual si fuera humo:
 recibe deleite el Dador de la vida.
 Las flores del escudo abren sus corolas,
 se extiende la gloria,
 se enlaza en la tierra.
 ¡Hay muerte aquí entre flores,
 en medio de la llanura!
 Junto a la guerra,
 al dar principio la guerra,
 en medio de la llanura,
 el polvo se alza cual si fuera humo,
 se enreda y da vueltas,
 con sartaes floridos de muerte.
 ¡Oh príncipes chichimecas!
 ¡No temas corazón mío!
 en medio de la llanura,
 mi corazón quiere
 la muerte a filo de obsidiana.
 Sólo esto quiere mi corazón:
 la muerte en la guerra.⁸

Alusiones en apariencia semejantes a las flores, al corazón y a la muerte, pero con sentido en realidad diferente, relacionadas esta vez con la búsqueda de una respuesta al enigma del hombre en la tierra, las hallamos en textos y poemas de la región tezcocana como éste atribuido a Nezahualcóyotl:

⁸ *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 9r.

Sólo como a una flor nos estimas,
 así nos vamos marchitando, tus amigos.
 Como a una esmeralda,
 tú nos haces pedazos.
 Como a una pintura,
 tú así nos borras.
 Todos se marchan a la región de los muertos,
 al lugar común de perdersnos.
 ¿Qué somos para ti, oh Dios?
 Así vivimos.
 Así, en el lugar de nuestra pérdida,
 así nos vamos perdiendo.
 Nosotros los hombres,
 ¿a dónde tendremos que ir [...]?

Hay un brotar de piedras preciosas,
 hay un florecer de plumas de quetzal,
 ¿son acaso tu corazón, Dador de la vida?
 Nadie dice, estando a tu lado,
 que viva en la indigencia.⁹

Y refiriéndonos de nuevo a los autores mismos, es natural que sobre todo nos sean conocidas las composiciones de los personajes más célebres, principalmente de quienes alcanzaron el rango de gobernantes supremos o al menos estuvieron en estrecha relación con ellos. Sus palabras, por la importancia de las personas, se conservaron con mayor empeño y cuidado. Hay otros muchos textos anónimos, algunos de los cuales han de atribuirse sin duda a sabios y poetas que no llegaron a ocupar elevada posición ni social ni política. En general puede afirmarse que el origen mismo de los poetas, su vinculación a Tenochtitlan, a Tezcoco, a Tlaxcala, obviamente influyó en el sesgo que habrían de dar a su pensamiento. Aunque hubo en esto excepciones —como en el caso de Tochihuitzin, oriundo de Tenochtitlan, que prefirió el camino de la meditación casi filosófica al de las exaltaciones guerreras del pueblo del sol—, en general la afinidad en los temas guarda relación con

⁹ *Ibidem*, f. 12v.

la procedencia de quienes se expresaron a través de la poesía. Por ello hemos optado por distribuir a los trece poetas, objeto de nuestro estudio, en función de sus respectivas patrias: Tezcoco, México-Tenochtitlan, Tlaxcala y Chalco, como ejemplo este último de un señorío relativamente secundario.

Conveniente hubiera sido tal vez analizar en esta ya larga introducción otros aspectos relacionados con el ambiente, el pensamiento, los recursos estilísticos, las inclinaciones y tendencias de estos trece poetas de los tiempos aztecas.¹⁰ Sin embargo, como estos temas volverán a aparecer al tratar de la vida y obra de cada uno, preferimos no extendernos aquí más. Al presentar a este primer grupo de forjadores de cantos, testimonio de un arte y un pensamiento con raíces milenarias, repetimos que son ellos tan sólo una muestra. El campo queda abierto a mejores formas de investigación. Lo merecen ciertamente los maestros de la palabra, prencio indígena de la serie sin fin de nuestros vates. La voluta florida del canto, símbolo potencialmente universal de la poesía, adquirirá así cabal sentido, religada para siempre con los rostros definidos de quienes la pensaron y supieron expresarla.

¹⁰ Por lo que toca a la métrica y estilística nahuas que, hasta donde hemos podido ver, se conservan muy semejantes en las distintas composiciones de nuestros trece poetas, véase lo que dice Ángel M. Garibay en *Historia de la literatura náhuatl...*, v. 1, p. 60-73; así como de quien esto escribe *Literaturas precolombinas de México*, México, Pormaca, 1964, p. 82-85.

POETAS DE LA REGIÓN TEZCOCANA

*En Acolhuacan-Tezcoco
se guardan maravillosas
las pinturas de los anales;
en las casas de los libros,
están las flores preciosas.*

Cantares mexicanos, f. 18r.



Glifo de Tezcoco

TLALTECATZIN DE CUAUHCHINANCO CANTOR DEL PLACER, LA MUJER Y LA MUERTE*

Con Tlaltecatzin se da inicio a la galería de los forjadores de cantos, no ya seres anónimos sino, como dirían los nahuas, “rostros que tuvieron carne y color”. Tlaltecatzin fue señor de Cuauhchinanco, en el actual estado de Puebla, a mediados del siglo XIV. De estirpe chichimeca, Tlaltecatzin tuvo fama de hombre feliz. Como lo dejó dicho un poeta de Chalco de nombre Chichicuepon, “fueron felices los príncipes Tlaltecatzin, Xoquatzin y Tozmaquetzin...”.¹ Nuestro poeta, según el testimonio de Ixtlilxóchitl, fue contemporáneo de Techotlala, supremo gobernante de Tezcoco, entre los años de 1357 y 1409.² Coetáneos suyos debieron ser también el célebre Tezozómoc de Azcapotzalco, el señor Coxcoxtli de Culhuacán, así como Acamapichtli, primer tlatoani de México-Tenochtitlan.

Desgraciadamente no es mucho lo que conocemos acerca de la vida de Tlaltecatzin. Gracias al mismo historiador tezcocano Ixtlilxóchitl, sabemos que el señorío de Cuauhchinanco formaba parte de los dominios chichimecas de Tezcoco. De Tlaltecatzin y de sus colegas gobernantes de otras provincias, refiere Ixtlilxóchitl que “venían siempre a la corte de Tezcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”.³

Por ese entonces Tezcoco comenzaba a ser ya importante centro de cultura. Especialmente los gobernantes, sacerdotes y nobles que acudían allí se veían influidos por las ideas religiosas, el arte y el pensamiento

* Poeta del siglo XIV.

¹ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 33r.

² Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. I, p. 136.

³ *Ibidem*, p. 137.

que comenzaban a florecer en esa ciudad que habría de alcanzar años más tarde su máximo esplendor bajo el gobierno del célebre Nezahualcóyotl.

Los príncipes chichimecas que habían gobernado Tezcoco se habían preocupado por mejorar la forma de vida de sus gentes. Así, Nopaltzin, señor de 1284 a 1315, hijo del gran chichimeca Xólotl y casado con una princesa de origen tolteca, introdujo sistemáticamente formas mejores de cultivar la tierra. Sus hijos, Tlotzin y Quinatzin, continuando su ejemplo, y oyendo el consejo de algunos toltecas, se ocuparon también de su ciudad, “aderezándola y poniéndola en orden con mucha policía”.⁴

Pronto se hizo venir a sabios procedentes de la Mixteca para aprender de ellos la antigua escritura de los códices, la astrología y las artes de los tiempos toltecas. Correspondió precisamente a Techotlala consumir este proceso de transformación cultural, aceptando el culto religioso en honor de Quetzalcóatl e imponiendo a sus vasallos la obligación de hablar el idioma náhuatl a la manera tolteca, como él mismo lo había aprendido de su nodriza la señora Papaloxóchitl. Recordando una vez más el testimonio de Ixtlilxóchitl, sabemos que el arte del bien hablar, el uso de las pinturas y otras cosas de orden y buen gobierno florecieron por entonces en Tezcoco “porque ya en esta sazón [los tezcocanos] estaban muy interpolados con los de la nación tolteca”.⁵

Tlaltecatzin, que “venía siempre a la corte de Tezcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”, pudo interesarse y verse influido por el florecimiento cultural que allí imperaba cada día con más fuerza. Es probable que en sus visitas a la metrópoli tezcocana trabara amistad con otros poetas como Tozmaquetzin, al lado del cual es mencionado por Chichicuepon, el poeta de Chalco. Allí mismo tendría ocasión Tlaltecatzin de ahondar en la antigua sabiduría de origen tolteca, conocer las doctrinas acerca de Quetzalcóatl y el arte de la expresión cuidadosa en la lengua de los nahuas como se hablaba en los viejos tiempos. El hecho es que Tlaltecatzin llegó a ser célebre forjador de cantares. De él se dice que “dejado a ti mismo, en tu casa, expresaste sentimientos y hablaste rectamente”.⁶

⁴ *Ibidem*, p. 117.

⁵ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 73.

⁶ *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 7r.



Tlaltecatzin de Cuauhchinanco, tributario político y cultural de Tezcoco hacia fines del siglo XIV, bajo el poder de Techotlala, *Códice Xólotl*, v

Conocemos sólo un cantar de Tlaltecatzin. Es un poema ni muy largo ni muy corto, pero tan recordado y famoso que lo encontramos incluido dos veces en las colecciones prehispánicas.⁷ Aunque se trata de un solo poema, nos atrevemos a decir que gracias a él nos acercamos a lo que parece haber sido la actitud en la vida de quien fue señor de Cuauhchinanco.

El poema de Tlaltecatzin es un canto al placer en todas sus formas. Pero, como será también el caso de otros muchos forjadores de cantos del mundo prehispánico, con la afirmación del placer se entrelaza el sentimiento angustioso de la pérdida de sí mismo por obra de la muerte. Tlaltecatzin ofrece en breves líneas un cuadro en verdad extraordinario. En su poema dialoga con una *ahuiani*, “alegradora”, mujer pública en los días del México antiguo. La alegradora invita al placer, es “preciosa flor de maíz tostado” es admirable criatura que yace sobre la estera de plumas, es como el cacao floreciente que se reparte y de él todos gozan. Contradiciendo a quienes han pensado que el hombre prehispánico tuvo miedo del placer y del sexo, Tlaltecatzin proclama que al lado de

⁷ Véase *Cantares mexicanos...*, f. 30r y 30v; y *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 7r-8r.

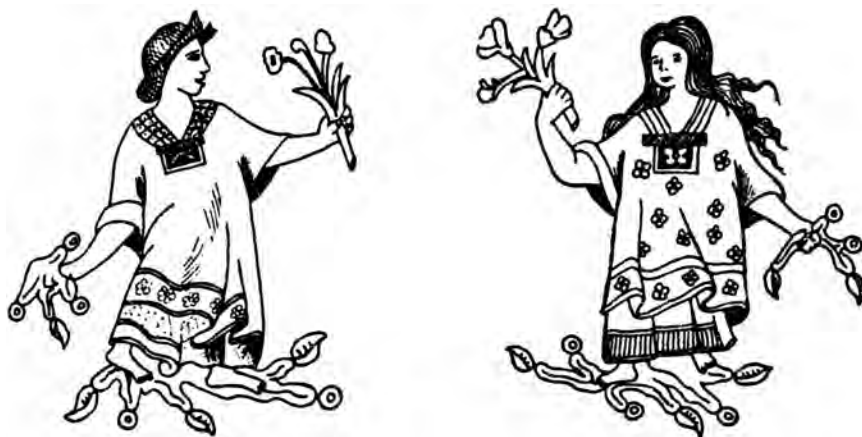
las flores preciosas, por encima del cacao que beben los príncipes y del humo del tabaco que anima la reunión de los amigos, está la admirable criatura, la dulce y preciosa mujer.

Interesante resulta descubrir la presencia de quienes sólo “se ofrecen en préstamo”, las alegradoras del mundo náhuatl, desde los comienzos mismos del florecimiento de centros como Tezcoco, a donde, como hemos visto, frecuentemente acudía Tlaltecatzin. Bastante es lo que podría decirse de estas *ahuianime*, ya que acerca de ellas hay en los textos más referencias de lo que pudiera pensarse. Por vía de ejemplo recordaremos algo de lo que sobre ellas se consigna en el folio 129 del *Códice Matritense*:

La alegradora
 con su cuerpo da placer,
 vende su cuerpo [...].
 Se yergue, hace meneos,
 dizque sabe ataviarse,
 por todas partes seduce [...].
 Como las flores se yergue [...].
 No se está quieta,
 no conoce el reposo [...].
 Su corazón está siempre de huida,
 palpitante su corazón [...].
 Con la mano hace señas,
 con los ojos llama.
 Vuelve el ojo arqueando,
 se ríe, ándase riendo,
 muestra sus gracias.

Fijo el pensamiento en una de estas alegradoras, Tlaltecatzin afirma que así adormece su corazón. En la que llama “preciosa flor de maíz tostado”, al igual que “en la bebida que embriaga con flores”, es posible hallar un poco de solaz y contento.

Pero el canto de placer que forjó Tlaltecatzin es también un canto de muerte. En su diálogo con la alegradora, no puede menos que repetirle una y otra vez: “serás abandonada, tendrás que irte, quedarás descarnada”. De sí mismo, afirma: “Yo sólo soy, soy un Cantor [...], mi vida es



“Las alegradoras hacen meneos, saben ataviarse, por todas partes seducen, como las flores se yerguen”, *Códice florentino*, X

cosa preciosa”; para luego añadir: “Ya tengo que abandonarla, sólo contemplo mi casa [...], yo sólo me voy, iré a perderme”. Y contemplando las flores y el placer en todas sus formas, resignado, Tlaltecatzin acepta su propio destino: “Váyame yo, como los muertos sea envuelto, yo forjador de cantos [...], que sea así y que sea sin violencia”.

Tal parece ser el meollo de las ideas y la expresión incisiva de Tlaltecatzin de Cuauhchinanco, poeta el más antiguo de los que aquí estudiaremos, no ya ser anónimo sino dueño de un rostro, hombre que vivió en los albores del resurgir de la vieja cultura, cuando Tezcoco mostraba ya en anticipo algo de lo que llegaría a ser como centro del saber y del arte. Afloraba el momento en el cual, como se lee en el *Códice matritense*, las gentes que hacían suya la herencia tolteca, “cultivaban ya el canto, establecían el lugar de los atabales, porque se dice que así principiaban entonces las ciudades: existía en ellas la música”.⁸

⁸ *Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII, f. 180v.

TLALTECATZIN ICUIC

Zan ye ihuan noncuica
yehyan, noteuh.
In tonaya,
tlatoyan,
yie xochincacahuatl in pozontimani,
a xochioctli.

Nocoya ye,
noyol quimati,
quihuinti ye noyol,
noyol quimati:

¡Zan ca tlahquechol!
Celiya, pozontimani,
mocquipacxochiuh.
¡Tinaan!
Huelicacihuatl,
cacahuaizquixochitl,
zan tonnetlahehuilo,
ticahualoz,
tiyaz,
ximaaz.

Can tiyehcoc ye ni can,
imixpan o teteuctin,
timahuiztlachihualla,
monequetza.
Moxiuhcozquetzalpetlapan,
tonihcaca.
Cacahuaizquixochitl,
zan tonnetlanehuilo,
ticahualoz,
tiyaaz,
ximoaz.

EL POEMA DE TLALTECATZIN

En la soledad yo canto
a aquel que es mi Dios.
En el lugar de la luz y el calor,
en el lugar del mando,
el florido cacao está espumoso,
la bebida que con flores embriaga.

Yo tengo anhelo,
lo saborea mi corazón,
se embriaga mi corazón,
en verdad mi corazón lo sabe:

¡Ave roja de cuello de hule!,
fresca y ardorosa,
luces tu guirnalda de flores.
¡Oh madre!
Dulce, sabrosa mujer,
preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.

Aquí tú has venido,
frente a los príncipes,
tú, maravillosa criatura,
invitas al placer.
Sobre la estera de plumas amarillas y azules
aquí estás erguida.
Preciosa flor de maíz tostado,
sólo te prestas,
serás abandonada,
tendrás que irte,
quedarás descarnada.

Ah zan xochicacahuatl
in puzontimani,
yexochitl in tlamaco.
Intla noyol quimati,
quiहुintia ye noyolia.
Aya yece ye nican,
tlalla icpac,
antetecuita, nopilhuan,
a noyol quimati,
quiहुintia ye noyol.

Ah zan ninetlamata,
niquitohua:
Maca niya
ompa ximohuayan.
Tlazotli noyol.
In nehua, nehua,
zan nicuicanitl,
teocuitlayo noxochihuacayo.
Inniquiyacahua,
zan niquitta nochan,
xochimamani.
¿Mach huey chalchihuitl,
quetzalli patlahuac
mach nopatiuh?
In zan ninoquixtiz,
quenmanian,
ca zan niyaz,
nipoliuhtiuh.
Ninocahua,
jah notecu!
Ah niquitohua: ma niyauh,
ma ninoquimilolo,
ni cuicanitli,
ma ihui.
¿Ma aca ca cizquia noyol ac?
Zan yuh niyaz,
xochihuicenticac ye noyolio.
Ye quetzal nenelihui,

El floreciente cacao
ya tiene espuma,
se repartió la flor del tabaco.
Si mi corazón lo gustara,
mi vida se embriagaría.
Cada uno está aquí,
sobre la tierra,
vosotros señores, mis príncipes,
si mi corazón lo gustara,
se embriagaría.

Yo sólo me aflijo,
digo:
que no vaya yo
al lugar de los descarnados.
Mi vida es cosa preciosa.
Yo sólo soy,
yo soy un cantor,
de oro son las flores que tengo.
Ya tengo que abandonarla,
sólo contemplo mi casa,
en hilera se quedan las flores.
¿Tal vez grandes jades,
extendidos plumajes
son acaso mi precio?
Sólo tendré que marcharme,
alguna vez será,
yo sólo me voy,
iré a perderme.
A mí mismo me abandono,
¡ah, mi Dios!
Digo: váyame yo,
como los muertos sea envuelto,
yo cantor,
sea así.
¿Podría alguien acaso adueñarse de mi corazón?
Yo solo así habré de irme,
con flores cubierto mi corazón.
Se destruirán los plumajes de quetzal,

chalchiutli in tlazotli
yectla mochiuhtoca.
¡Acan machotica
tlalticpac!
Zan ihui ya azo,
ihuan in ihuiyan.⁹

⁹ *Cantares mexicanos...*, f. 30r y 30v; y *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 7r-8r.

los jades preciosos
que fueron labrados con arte.
¡En ninguna parte está su modelo
sobre la tierra!
Que sea así,
y que sea sin violencia.

NEZAHUALCÓYOTL DE TEZCOCO

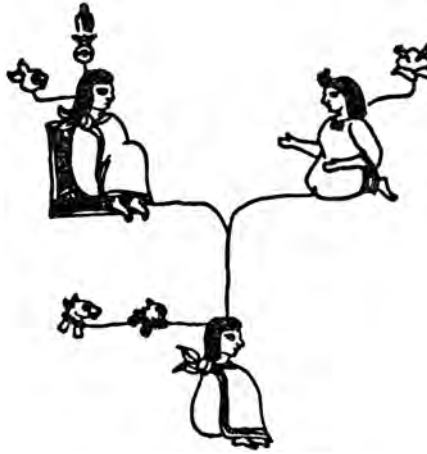
POETA, ARQUITECTO Y SABIO EN LAS COSAS DIVINAS*

No uno sino varios de los poetas del mundo náhuatl, verdaderos maestros de la palabra, se hicieron acreedores al título de *tlamatini*, “el que sabe algo”, el que medita y discurre sobre los antiguos enigmas del hombre en la tierra, el más allá y la divinidad. Como algunos de los filósofos presocráticos, también estos sabios del México antiguo habían hecho de la poesía forma habitual de expresión. En ella habían encontrado el mejor de los caminos para transmitir el meollo de su pensamiento y, sobre todo, de su más honda intuición. “Flor y canto” llamaron a la metáfora y al símbolo y así como los primeros filósofos de Grecia o los sabios de Indostán, los pensadores poetas de Anáhuac, engarzando palabras verdaderas y forjando frases con ritmo, comunicaron también su mensaje.

Entre quienes además de poetas llegaron a ser sabios, *tlamatinime*, se encuentran Tecayehuatzin de Huexotzinco, Ayocuan de Tecamachalco, Nezahualpilli de Tezcoco, Cuacuauhtzin de Tepechpan y Tochihuitzin de Tenochtitlan. Pero sobresaliendo por encima de éstos y de otros que podrían mencionarse, aparece sin duda el que más grande fama alcanzó, el tantas veces citado Nezahualcóyotl.

¿Se debe acaso su extraordinario renombre al hecho de que, además de sabio y poeta, haya sido gobernante supremo de Tezcoco y consejero por excelencia de Tenochtitlan? Como veremos, aunque su rango pudo contribuir originalmente a su fama, la justificación plena de ésta se encuentra en el valor intrínseco de su obra y pensamiento comprendidos integralmente. Otros *tlamatinime* hubo también que alcanzaron el rango de gobernantes supremos y si se quiere tuvieron parecido poder

* Nació en el año 1-Conejo (1402) y murió en el 6-Pedernal (1472).



Nezahualcōyōtl con sus padres, Ixtlīxōchitl y Matlalcihuatl, *Códice Xólotl*, VI

que Nezahualcōyōtl, sin lograr por ello el prestigio que conoció el señor de Tezcoco como maestro en las cosas divinas y humanas. De nadie más encontramos en las fuentes palabras y elogios como los que a continuación transcribimos acerca de Nezahualcōyōtl. Exclama así un poeta de la región culhuacana:

Sobre la estera de flores
pintas tu canto, tu palabra,
príncipe Nezahualcōyōtl.
En la pintura está tu corazón,
con flores de todos colores
pintas tu canto, tu palabra,
príncipe Nezahualcōyōtl.¹

Mayor alabanza, quizás la máxima que pueda decirse de un poeta, la encontramos en otro breve canto, concebido para descubrir la más honda raíz de esa sabiduría que llevaban consigo las palabras de Nezahualcōyōtl:

¹ *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 18v.

Dentro de ti vive,
 dentro de ti está pintando,
 inventa, el Dador de la vida,
 ¡príncipe chichimeca, Nezahualcóyotl!²

Y si fue celebrada y admirada la figura de Nezahualcóyotl en los tiempos prehispánicos, también atrajo sobre sí la atención de cronistas e investigadores desde el mismo siglo XVI. Pero, a pesar de incontables referencias a su vida y pensamiento, y aun de algunas biografías acerca de él, no existe —que sepamos—, un estudio en el que se hayan tomado en cuenta con sentido crítico los principales textos que fundamentalmente pueden atribuírsele y que permiten situar sus ideas dentro de la trayectoria del pensamiento prehispánico.³

El desconocimiento casi general, hasta época reciente, de muchas de las fuentes indígenas de la cultura náhuatl, ha sido obstáculo principal para acercarse a las ideas del sabio señor de Tezcoco. Esto explica que hayan proliferado, más que en otros casos, las fantasías acerca de la figura de Nezahualcóyotl. Numerosas veces se ha dicho que fue él quien descubrió al “Dios único, causa de todas las cosas”. Se le ha pintado igualmente exponiendo otras ideas teológicas y filosóficas de manifiesto origen occidental y se la han atribuido composiciones poéticas que ni remotamente pueden tenerse como suyas. Un solo caso concreto mencionaremos: el del célebre poema incluido por Granados y Gálvez en sus *Tardes americanas*, obra impresa en México en 1778. En ese poema, citado repetidas veces, aparece Nezahualcóyotl hablando de las “bóvedas de pestilentes polvos”, de la “redondez de la tierra que es un sepulcro”, de las “púrpuras” y de “las caducas pompas de este mundo”. Obviamente Nezahualcóyotl no pudo servirse de metáforas semejantes, por completo extrañas al pensamiento de los antiguos mexicanos.

² *Ibidem*, f. 34r.

³ Entre las biografías de Nezahualcóyotl citaremos sólo dos, véanse José María Vigil, *Nezahualcóyotl, el rey poeta*, México, Ediciones de Andrea, 1957; y Frances Gillmor, *Flute of the Smoking Mirror: A Portrait of Nezahualcoyotl, Poet-King of the Aztecs*, Albuquerque (Nuevo México), The University of New Mexico Press, 1949.

Las ideas de Nezahualcōyotl conservadas en las colecciones de cantares de origen prehispánico son en realidad muy distintas y mucho más profundas que las de quienes forjaron en su honor tan burdas falsificaciones. Intentaremos aquí acercarnos a ellas sobre la base de las fuentes que se conservan. Podrá así comprenderse cómo en realidad el señor de Tezcoco, con plena conciencia de un legado intelectual milenario, pudo desarrollar formas de pensamiento que, si guardan obvia semejanza con las de otros *tlamatinime*, muestran también matices y enfoques distintos, consecuencia de su propia intuición.

Convergían de hecho en Nezahualcōyotl dos distintas corrientes de tradición, la de los antiguos grupos chichimecas venidos del norte y la que se derivaba de la cultura tolteca con las enseñanzas y doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl. Ya hemos mencionado al tratar de la vida de Tlaltecatzin, el poeta señor de Cuauhchinanco, que por obra de los ancestros de Nezahualcōyotl, algunas instituciones toltecas, entre ellas el arte de la escritura y las antiguas doctrinas y prácticas religiosas, habían alcanzado nuevo florecimiento en Tezcoco. Desde los días de su infancia se vio influido Nezahualcōyotl por ese resurgimiento de la cultura tolteca ya que, según lo refiere Ixtlilxóchitl, tuvo entre los ayos “que convenían a su buena crianza y doctrina” a uno llamado “Huitzilihuitzin, que era a su modo en aquel tiempo un gran filósofo”.⁴

Y no es que hubieran desaparecido por completo los mitos, tradiciones y prácticas de origen chichimeca. Claras supervivencias de ello se descubren en los textos, pero dando ya lugar a diversas maneras de sincretismo cultural y religioso. Así, los aztecas, que como los tezcocanos, estaban en proceso de asimilar las instituciones de origen tolteca, llegarían más tarde a transformarlas en función de sus propias ideas y ambiciones, hasta convertirse a sí mismos en el Pueblo del sol, con una nueva visión místico-guerrera del mundo, raíz de su extraordinaria pujanza como conquistadores dentro del ámbito del México antiguo.

Distinto fue el sesgo que tuvo la fusión de elementos culturales toltecas y chichimecas en el pensamiento y en la acción de Nezahualcōyotl y de otros *tlamatinime*. Las doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl

⁴ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 82.



El príncipe tezcocano, oculto en un árbol, presencia la muerte de su padre, *Códice Xólotl*, VII

serían para ellos punto de partida de reflexiones de hondo sentido espiritualista acerca de los antiguos temas de *Tloque Nahuaque*, el “Dueño del cerca y del junto”, los rostros y corazones humanos, la superación personal de la muerte y la posibilidad de decir palabras verdaderas en un mundo en el que todo cambia y perece. Dentro de este contexto, el pensamiento de Nezahualcóyotl, mejor que el de otros contemporáneos suyos, habría de desarrollarse guiado por su intuición, hasta llegar a formular una de las más hondas versiones de lo que hemos llamado filosofía náhuatl.

En vez de detenernos aquí a relatar anécdotas acerca de la vida de Nezahualcóyotl, preferimos concentrar la atención en lo que parece haber sido la trayectoria y los temas y problemas de ese su filosófico. Diremos sólo que para el estudio de su vida son fuentes principales los *Anales de Cuauhtitlan*, las obras de los historiadores tezcocanos Ixtlilxóchitl y Pomar; así como, con carácter de secundarias, las relaciones e historias de fray Juan de Torquemada y de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin. Lo que podemos conocer de su pensamiento y creación poética se conserva en las mismas colecciones de cantares prehispánicos de las que provienen los textos de los otros forjadores de cantos de los que habremos también de ocuparnos en el presente trabajo.

Mencionando únicamente los momentos más sobresalientes, recordaremos que nació en Tezcoco en el año 1-Conejo (1402), teniendo por

padres al señor Ixtlilxóchitl, el Viejo, y a Matlalcihuatzin, hija de Huitzilíhuitl, segundo señor de Tenochtitlan.⁵ Como ya lo hemos dicho, desde los días de su infancia recibió Nezahualcóyotl esmerada educación, tanto de sus ayos en el palacio paterno, como de sus maestros en el principal *calmecac* de Tezcoco. Gracias a esto pudo adentrarse desde un principio en el conocimiento de las doctrinas y sabiduría heredadas de los toltecas.

Según el historiador Chimalpain, en el año 4-Conejo (1418), cuando el joven príncipe contaba con 16 años de edad vio morir a su padre, asesinado por las gentes de Tezozómoc de Azcapotzalco, y la ruina de Tezcoco sometida al poder de la nación tecpaneca. La muerte de su padre era el comienzo de una larga serie de desgracias, persecuciones y peligros referidos con detalle en la mayoría de las crónicas e historias. Rasgo sobresaliente de Nezahualcóyotl en tan difíciles circunstancias fue su sagacidad que, unida a su audacia, habría de llevarle al fin al triunfo sobre sus enemigos. Y seguramente que ya desde esta época tuvo ocasión de entrar en contacto con algunos poetas y sabios, como es el caso de Tochihuitzin Coyolchiuhqui, “el forjador de cascabeles”, uno de los hijos de Itzcóatl, quien le ayudó a escapar en el momento en que las gentes de Azcapotzalco perpetraban la muerte de su padre.

Ganándose el favor de los señores de varios estados vecinos, entre ellos los de Huexotzinco y Tlaxcala, y sobre todo de sus parientes por línea materna, los aztecas —que entonces también iniciaban su lucha contra los de Azcapotzalco—, fue que Nezahualcóyotl pudo emprender la liberación de los dominios de su padre. Así, según el testimonio de los *Anales de Cuauhtitlan*, en el año 3-Conejo (1430) logró conquistar el señorío de Coatlinchan.⁶ Al fin, después de numerosas batallas que trajeron consigo la derrota completa de los tecpanecas, Nezahualcóyotl pudo coronarse en 1431 y, dos años más tarde, establecerse de manera definitiva en Tezcoco con el apoyo y la alianza de México-Tenochtitlan.

Su largo reinado de más de 40 años aparece en los textos como una época de esplendor en la que florecen extraordinariamente las artes y

⁵ Conuerdan respecto de esta información los *Anales de Chimalpain*, el propio cronista Ixtlilxóchitl, Torquemada y los *Anales de Cuauhtitlan*, así como otras varias fuentes indígenas.

⁶ *Anales de Cuauhtitlan*, en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, p. 165.

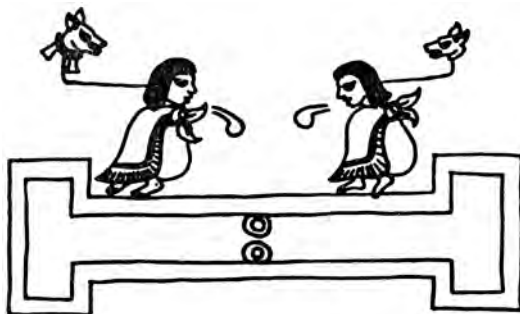
la cultura. Nezahualcóyotl edificó palacios, templos, jardines botánicos y zoológicos. Fue consejero de los reyes aztecas y, como arquitecto extraordinario, dirigió la construcción de calzadas, las obras de introducción del agua a México, la edificación de los diques o albarradas para aislar las aguas saladas de los lagos e impedir futuras inundaciones. Su descendiente, el historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, nos habla pormenorizadamente de las obras emprendidas por Nezahualcóyotl y describe con fruición lo que llegaron a ser sus palacios con salas dedicadas a la música y a la poesía, en donde se reunían los sabios, los conocedores de los astros, los sacerdotes, los jueces y todos cuantos se interesaban por lo más elevado de las creaciones dentro de ese nuevo florecimiento cultural hondamente cimentado en la tradición de los toltecas.⁷

Como legislador, promulgó Nezahualcóyotl una serie de leyes, muchas de las cuales se conservan en antiguas transcripciones que dejan entrever su sabiduría y profundo sentido de justicia.⁸ Es cierto que, por su alianza con México-Tenochtitlan, hubo de participar en numerosas guerras y tuvo también que transigir en lo tocante a prácticas y ceremonias religiosas con las que en más de una ocasión manifestó su desacuerdo. Pero, según parece, en su vida personal se apartó del culto a los dioses de la religión oficial y se opuso, hasta donde le fue posible, al rito de los sacrificios de hombres. Como testimonio visible de su más íntima persuasión y del sesgo que había dado a su pensamiento, frente al templo del dios Huitzilopochtli que se levantaba en Tezcoco en reconocimiento del predominio azteca, edificó Nezahualcóyotl otro templo con una elevada torre compuesta de varios cuerpos que simbolizaban los travesaños o pisos celestes, sin imagen alguna, en honor de *Tloque Nahuaque*, “el dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento”, el mismo al que hacía continua referencia en sus meditaciones y poemas.⁹

⁷ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 173-181 y 212. El *Códice o Mapa Quinatzin*, manuscrito de origen tezcocano, ofrece asimismo una representación pictográfica de los palacios de Nezahualcóyotl; véase *Mapa Quinatzin*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, comentario de J. M. A. Aubin, México, 1a. época, t. II, 1885, p. 345-368.

⁸ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. I, p. 237-239 y v. II, p. 187-193.

⁹ Véase lo dicho a este respecto en Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. I, p. 227.



Nezahualcōyōtl juega a la pelota con su fiel servidor Coyohua,
Códice Xólotl, IX

Otras muchas anécdotas y hechos importantes en la vida de Nezahualcōyōtl podrían aducirse para dar mejor idea de lo que fue su rostro y corazón de hombre “con carne y color”. Algunos episodios más habrán de ser consignados en este mismo libro al tratar de otros poetas y sabios con quienes Nezahualcōyōtl mantuvo diversas formas de relación. Así nos ocuparemos de la mayor y más lamentable de sus flaquezas, con ocasión de su encuentro con su vasallo, el también poeta Cuacuauhtzin de Tepechpan, de cuya mujer había de quedar prendado, con bien trágicas consecuencias. Igualmente, al hablar de Axayácatl, el *tlatoani* o rey de Tenochtitlan, volverá a aparecer Nezahualcōyōtl influyendo en su elección y actuando como consejero y aliado de la nación azteca. Finalmente, en la biografía de su hijo Nezahualpilli quedará manifiesta una vez más su previsión de hombre sabio, la cual lo movió a escoger por sucesor a quien, como él, habría de acrecentar el ya bien cimentado prestigio de Tezcoco.

Vivió 71 años el sabio señor de Tezcoco, y fue precisamente al sentir ya cercana su muerte, cuando dio a conocer su determinación de ser sucedido por su hijo Nezahualpilli. Entre las últimas disposiciones que dictó, además de encomendar a Nezahualpilli a la tutela del prudente Acapioltzin, reconciliado ya Nezahualcōyōtl con la idea de la muerte sobre la que tanto había meditado, pidió que al sobrevenirle ésta, no se diera puerta a la inquietud, ni se causara pesar al pueblo. Su descendiente, el historiador Ixtlilxóchitl nos ha conservado las que parecen haber sido sus postreras palabras:



Huéhuetl, tambor de madera, procede de Malinalco, Estado de México,
Museo Regional de Toluca. Fotografía de Manuel Álvarez Bravo

Yo me hallo muy cercano a la muerte, y fallecido que sea, en lugar de tristes lamentaciones cantaréis alegres cantos, mostrando en vuestros ánimos, valor y esfuerzo, para que las naciones que hemos sujetado y puesto debajo de nuestro imperio, por mi muerte no hallen flaqueza de ánimo en vuestras personas, sino que entiendan que cualquiera de vosotros es solo bastante para tenerlos sujetos.¹⁰

Ocurrió la muerte de Nezahualcóyotl, como ya se ha dicho, en el año 6-Pedernal, según nuestra cuenta, en el de 1472. Al hacer recordación de ella, cronistas e historiadores sin excepción se empeñan en lograr un postrer elogio de Nezahualcóyotl, queriendo sintetizar lo que fueron sus méritos y creaciones, sobre todo como poeta y pensador. Aduciremos aquí tan sólo algo de lo que escribió el mismo Ixtlilxóchitl:

De esta manera acabó la vida de Nezahualcóyotl, que fue el más poderoso, valeroso, sabio y venturoso príncipe y capitán que ha habido en este Nuevo Mundo [...] porque fue muy sabio en las cosas morales y el que más vaciló, buscando de donde tomar lumbre para certificarse del verdadero Dios [...] como se ha visto en el discurso de su historia, y dan testimonio sus cantos que compuso [...]. Y aunque no pudo de todo punto quitar el sacrificio de los hombres conforme a los ritos mexicanos, todavía alcanzó con ellos que tan solamente sacrificasen a los habidos en guerra, esclavos y cautivos y no a sus hijos y naturales que solían tener de costumbre.¹¹

Y como para dar mayor apoyo a éstas sus palabras y a todo lo dicho acerca de Nezahualcóyotl, señala luego el cronista tezcocano, con particular énfasis, cuáles han sido los testimonios y fuentes de que se ha valido:

Autores son de todo lo referido y de lo demás de su vida y hechos los infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcozcatzin, y otros poetas e históricos en los anales de las tres cabezas de esta Nueva España, y en particular en los anales que hizo el infante Quauhtlatzacuilotzin, primer señor del pueblo de Chiauhitla, que comienzan desde el año de su nacimiento hasta el tiempo del gobierno del rey Nezahualpiltzintli. Y asimismo se halla en las

¹⁰ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 242.

¹¹ *Ibidem*, p. 243-244.

relaciones que escribieron los infantes de la ciudad de Tezcoco [*sic*], D. Pablo, D. Toribio, D. Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del rey Nezahualpiltzintli de Tezcoco [*sic*], y asimismo el infante D. Alonso Axayacatzin, señor de Iztapalapan, hijo del rey Cuitláhuac y sobrino del rey Motecuhzomatzin.¹²

Lamentablemente, las obras de algunos de estos que Ixtlilxóchitl llama “poetas e históricos” están para nosotros perdidas en la actualidad. Sin embargo, tanto las varias fuentes indígenas conocidas, a las que ya nos hemos referido, como las pocas biografías que de Nezahualcóyotl se han escrito en fecha más reciente, permiten a quien lo desee un acercamiento mucho más profundo a la vida azarosa, fecunda y extraordinaria del gran señor de Tezcoco.

Siendo nuestro propósito estudiar aquí sobre todo su poesía y su pensamiento, ensayaremos a continuación una primera forma de interpretación con base en el análisis de algunas de las composiciones que con sentido crítico pueden tenerse como suyas. Cerca de treinta son los poemas conservados en las colecciones de cantares prehispánicos como la obra de Nezahualcóyotl. Aunque no conocemos las fechas en que cada uno fue compuesto, sí es posible descubrir en ellos varios temas centrales que se entrelazan espontáneamente y siguen la que en rigor puede llamarse una cierta forma de secuencia lógica. Entre los grandes temas sobre los que discurrió el pensamiento de Nezahualcóyotl están el del tiempo o fugacidad de cuanto existe, la muerte inevitable, la posibilidad de decir palabras verdaderas, el más allá y la región de los descarnados, el sentido de “flor y canto”, el enigma del hombre frente al Dador de la vida, la posibilidad de vislumbrar algo acerca del “inventor de sí mismo” y, en resumen, los problemas de un pensamiento metafísico por instinto que ha vivido la duda y la angustia como atributos de la propia existencia.

Es cierto, y también inevitable, que en esta presentación del pensamiento de Nezahualcóyotl a través de su poesía, se dejará sentir la interpretación subjetiva de quien esto escribe. Pero si es éste insalvable escollo en el estudio de la obra del sabio tezcocano, no estamos ante un

¹² *Ibidem*, p. 244-245.

caso de excepción. También han sido numerosas y distintas las interpretaciones de las ideas, asimismo, sólo fragmentariamente conocidas de quienes, como los filósofos presocráticos o los primeros sabios de Indostán o de China, vivieron y pensaron en tiempos lejanos y en culturas tan diferentes. Así sin pretensiones ingenuas, aunque con cautela y sentido crítico, mostraremos algo de lo que nos parece haber sido la trayectoria del pensamiento de Nezahualcóyotl. Más allá de toda hipérbole, y a pesar de las limitaciones de interpretación, sus textos, fruto de auténtica intuición y de un meditar sin descanso, bien podrían parangonarse con otras composiciones, ejemplos clásicos de poesía filosófica de valor universal.

Punto de partida de Nezahualcóyotl parece haber sido su profunda experiencia del cambio y del tiempo, en lengua náhuatl, *cáhuatl*, “lo que nos va dejando”. Todo en *tlalticpac*, “sobre la tierra”, es transitorio, aparece un poco aquí, para luego desgarrarse y desvanecerse para siempre. Oigamos la expresión misma de Nezahualcóyotl:

Yo Nezahualcóyotl lo pregunto:
 ¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
 No para siempre en la tierra:
 sólo un poco aquí.
 Aunque sea de jade se quiebra,
 aunque sea oro se rompe,
 aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
 No para siempre en la tierra:
 sólo un poco aquí.¹³

Si el jade y el oro se quiebran y rompen, los rostros y los corazones, más frágiles aún, por muy nobles que hayan sido, como flores habrán de secarse y cual si fueran pinturas quedarán borrados:

Percibo lo secreto, lo oculto:
 ¡Oh vosotros señores!
 Así somos,

¹³ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 17r.

somos mortales,
de cuatro en cuatro nosotros los hombres,
todos habremos de irnos,
todos habremos de morir en la tierra [...].
Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra.
Como vestidura de plumaje de ave zacuán,
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando [...].
Meditadlo, señores,
águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.¹⁴

La persuasión de que en la tierra sólo por breve tiempo dura la reunión de los rostros y corazones es raíz de la tristeza, pero también principio de nuevas formas de pensamiento en el ánimo de Nezahualcóyotl:

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.¹⁵

¹⁴ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 36r.

¹⁵ *Cantares mexicanos...*, f. 17v.

Las doctrinas religiosas, aceptadas por el estado y por el pueblo, acerca de la supervivencia de los guerreros como compañeros del sol, o de una vida feliz en los jardines de Tláloc, o teniendo que hacer frente a peligros y pruebas en las moradas inferiores del *Mictlan*, la región de los muertos, eran ya objeto de duda en el pensamiento de no pocos *tlamatinime*. Nezahualcóyotl, recordando conceptos antiguos, tal vez de origen tolteca, expresa su duda preguntándose a dónde hay que ir, o qué sabiduría hay que encontrar para llegar a *Quenonamican*, “donde de algún modo se vive”, a *can on ayac micohua* a “donde la muerte no existe”:

¿A dónde iremos
 donde la muerte no existe?
 Mas, ¿por esto viviré llorando?
 Que tu corazón se enderece:
 aquí nadie vivirá para siempre.
 Aun los príncipes a morir vinieron,
 hay incineramiento de gente.
 Que tu corazón se enderece:
 aquí nadie vivirá para siempre.¹⁶

Nezahualcóyotl mismo enderezó su corazón, lo que equivale a decir, entendiendo la connotación náhuatl de *yóllotl* (corazón), que dio un sentido a *su movilidad*, a su núcleo dinámico. Fortalecido el corazón, Nezahualcóyotl afirma haber descubierto el significado profundo de “flor y canto”, expresión náhuatl del arte y el símbolo, para poder acercarse gracias a él, desde *tlaltipac* (desde la tierra), a la realidad de “lo que está sobre nosotros y la región de los dioses y de los muertos”. Cuatro líneas magistrales dan testimonio de su descubrimiento:

Por fin lo comprende mi corazón:
 escucho un canto,
 contemplo una flor [...].
 ¡Ojalá no se marchiten!¹⁷

¹⁶ *Ibidem*, f. 70r.

¹⁷ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 19v.



Nezahualcōyōtl con la princesa Azcalxochitzin y dos artistas de Tezcoco,
Códice Tlotzin

El corazón que ha comprendido al fin cuál ha de ser su camino, desea entonces hallar los cantos y flores que nunca perecen. Nezahualcōyōtl no caerá de nuevo en la duda. Su corazón habrá de encontrar flores y cantos con vida y raíz. Probablemente, por esto, dejó dicho:

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantor los elevo,
se reparten, se esparcen.
Aun cuando las flores
se marchitan y amarillecen,
serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.¹⁸

Y es que, como él mismo lo apunta, el corazón de quien ha descubierto flores y cantos ha nacido para cantar, tiene su casa en la primavera que nunca termina, puede en fin acercarse al misterio de los dioses y los muertos. El sabio señor de Tezcoco, conocedor de las doctrinas toltecas, hizo objeto de su meditación el tema de *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad, que es también *Moyocoyatzin*, el que se está inventando a sí mismo. Por los senderos de flor y canto expresó su pensamiento acerca de “quien es como la noche y el viento”, el Dador de vida, que en su libro de pinturas ha hecho el boceto de nuestros rostros y corazones, el arbitrario inventor que también escribe y dibuja con flores y cantos:

¹⁸ *Cantares mexicanos...*, f. 16v.

Con flores escribes, Dador de la vida,
 con cantos das color,
 con cantos sombreas
 a los que han de vivir en la tierra.
 Después destruirás a águilas y tigres,
 sólo en tu libro de pinturas vivimos,
 aquí sobre la tierra.
 Con tinta negra borrarás
 lo que fue la hermandad,
 la comunidad, la nobleza.
 Tú sombreas a los que han de vivir en la tierra.¹⁹

El rostro y el corazón del hombre en la tierra está cerca y lejos de *Moyocoyatzin*, el inventor de sí mismo. Es cierto que águilas y tigres, hermandad y nobleza existen en el libro de pinturas del Dueño del cerca y del junto. Mas, a pesar de esto, el supremo Dador de la vida, como noche y viento que es para el hombre, permanece oculto e inalcanzable. El pensamiento de Nezahualcóyotl ahondando en el misterio, se dirige a *Tloque Nahuaque*, expresando precisamente esta imposibilidad de acercarse a él:

Sólo allá en el interior del cielo
 Tú inventas tu palabra,
 ¡Dador de la vida!
 ¿Qué determinarás?
 ¿Tendrás fastidio aquí?
 ¿Ocultarás tu fama y tu gloria en la tierra?
 ¿Qué determinarás?
 Nadie puede ser amigo
 del Dador de vida [...].
 ¿A dónde pues iremos [...]?
 Enderezaos, que todos
 tendremos que ir al lugar del misterio.²⁰

¹⁹ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 35r.

²⁰ *Cantares mexicanos...*, f. 13v.

No obstante haber afirmado que “nadie puede decirse o ser amigo del Dador de la vida”, Nezahualcóyotl continuó tenazmente su búsqueda. Muchas son las flores y los cantos de sus textos acerca de la divinidad que podríamos aducir aquí. Ofrecemos sólo dos testimonios más. El primero es expresión de preguntas, casi diríamos dudas, sobre la realidad y raíz de quien en sí mismo inventa su palabra y da ser en su misterioso libro de pinturas:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?
Sólo quien todas las cosas domina,
el Dador de vida.
¿Es esto verdad?
¿Acaso no lo es, como dicen?
¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Todo lo que es verdadero,
(lo que tiene raíz),
dicen que no es verdadero
(que no tiene raíz).
El Dador de la vida
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones
No tengan tormento!
Porque él es el Dador de la vida.²¹

Por encima de las dudas y del misterio que circundan al Dador de la vida, es menester aceptar su realidad. Esto es lo único que da tranquilidad y raíz al corazón. Tal parece ser la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl en su esfuerzo por acercarse al misterio de lo divino. Si *Tloque Nahuaque* es arbitrario e incomprensible, es también el Dador de vida en cuyo libro de pinturas existimos. Los rostros humanos deben aceptar el misterio; deben invocar y alabar a *Tloque Nahuaque*. Así se puede vivir en la tierra.

²¹ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 19v y 20r.

Las flores y los cantos, el arte, creación la más humana del hombre, son el camino para acercarse. Al parecer, el mismo Dador de la vida con sus propias flores y cantos, quiso embriagarnos aquí. El siguiente texto de Nezahualcóyotl aparece, desde este punto de vista, como la síntesis final de su pensamiento:

No en parte alguna puede estar la casa del inventor de sí mismo.
Dios, el señor nuestro, por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.
Él es quien inventa las cosas,
él es quien se inventa a sí mismo: Dios.
Por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Nadie puede aquí,
nadie puede ser su amigo
del Dador de la vida;
sólo es invocado,
a su lado,
junto a él,
se puede vivir en la tierra.

El que lo encuentra,
tan sólo sabe bien esto: él es invocado,
a su lado, junto a él,
se puede vivir en la tierra.

Nadie en verdad
es tu amigo,
¡oh Dador de la vida!
Sólo como si entre las flores
buscáramos a alguien,
así te buscamos,
nosotros que vivimos en la tierra,
mientras estamos a tu lado.

Se hastiará tu corazón,
sólo por poco tiempo
estaremos junto a ti y a tu lado.

Nos enloquece el Dador de la vida,
nos embriaga aquí.

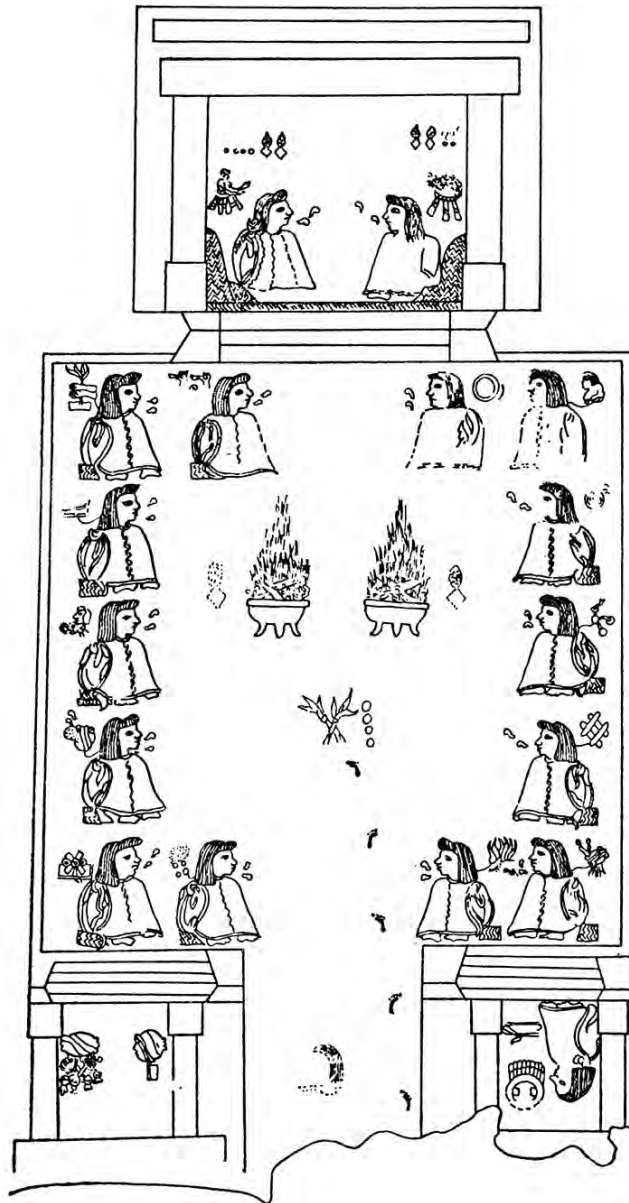
Nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.

Sólo tú alteras las cosas,
como lo sabe nuestro corazón:
nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.²²

Quien tenga por pesimista la conclusión a que llegó Nezhualcóyotl, debe tener presente la que podría describirse como dialéctica interna de su pensamiento: afirma que nadie puede ser amigo del Dador de la vida, que nadie puede estar acaso a su lado en la tierra, pero al mismo tiempo sostiene que es destino humano buscarlo, como quien entre las flores va en pos de alguien. El que lo invoca, el que lo busca, podrá vivir en la tierra. Podrá incluso decir que se encuentra a su lado, junto a él, precisamente porque él es Dueño de la cercanía y la proximidad. El pensamiento puro lleva probablemente a la duda: “¿Eres tú verdadero, tienes raíz?” Porque “todo lo que es verdadero, dicen que no es verdadero.”

Mas, esta idea, la imposibilidad de comprender la raíz del que sólo se muestra arbitrario, hace sufrir al corazón. Invocar, en cambio, a *Tloque Nahuaque*, parece ya haberlo encontrado, da descanso y hace posible existir en la tierra. Persuadido Nezhualcóyotl de que no acabarán sus flores y cantos, confía y reposa en esta postrer conclusión: el Dador de la vida tal vez nos embriaga; nosotros lo seguimos buscando “como si entre las flores buscáramos a alguien”.

²² *Ibidem*, f. 4v y 5v.



La corte de Tezcoco, *Códice Quinatzin*

Las ideas expuestas, con base en estos poemas atribuidos fundamentalmente al príncipe sabio Nezahualcóyotl, constituyen un primer intento de comprensión de su pensamiento. Amerita éste un estudio mucho más amplio, literario y filosófico a la vez, en el que se incluyan todas aquellas composiciones y discursos que, después de cuidadosa crítica documental, puedan tenerse por suyos. Acabará de verse así que, si en su obra hay elementos, ideas y metáforas, que fueron patrimonio en común de quienes cultivaron la poesía en los tiempos prehispánicos, hay también enfoques y sobre todo una trayectoria de pensamiento que son reflejo inconfundible de su propia persona. Otros poemas suyos, que enseguida ofrecemos en su original náhuatl y en la versión castellana que hemos preparado, contribuirán mejor que cualquier ponderación, al intento de acercarse a lo que parece haber sido el alma del pensamiento y la belleza de expresión del celeberrimo Nezahualcóyotl.

IN CHOLOLIZTLI ICUIC

O nen notlacatl,
o nen nonquizaco
teotl ichan in tlalticpac,
¡nintolinia!
In ma on nel nonquiz,
in ma on nel nontlacat.
Ah niquitohua yece...
¿Tlen naiz?
¡Anonohuaco tepilhuan!
¿At teixo ninemi?,
¿Quen huel?,
¡xon mimati!

¿Ye ya nonehuaz in tlalticpac?
¿Ye ya tle in nolhuil?,
zan nitoliniya,
tonehua noyollo,
tinocniuh in ayaxcan
in tlalticpac, ye nican.

¿Quen in nemohua in tenahuac?
¿Mach ilihuiztia,
nemia tehuic, teyaconi?

¡Nemi zan ihuiyan,
zan icemelia!
In zan nonopecteca,
zan nitolotnemi
in tenahuac.
Zan ye ica nichoca,
¡nicnotlamati!
No nicnocahualoc
in tenahuac tlalticpac.

CANTO DE LA HUIDA
(DE NEZAHUALCÓYOTL CUANDO ANDABA HUYENDO
DEL SEÑOR DE AZCAPOTZALCO)

En vano he nacido,
en vano he venido a salir
de la casa del dios a la tierra,
¡yo soy menesteroso!
Ojalá en verdad no hubiera salido,
Que de verdad no hubiera venido a la tierra.
No lo digo, pero...
¿Qué es lo que haré?
¡Oh príncipes que aquí habéis venido!
¿Vivo frente al rostro de la gente?
¿Qué podrá ser?
¡Reflexiona!

¿Habré de erguirme sobre la tierra?
¿Cuál es mi destino?
Yo soy menesteroso,
mi corazón padece,
tú eres apenas mi amigo
en la tierra, aquí.

¿Cómo hay que vivir al lado de la gente?
¿Obra desconsideradamente,
vive, el que sostiene y eleva a los hombres?

¡Vive en paz,
pasa la vida en calma!
Me he doblegado,
Sólo vivo con la cabeza inclinada
al lado de la gente.
Por esto me aflijo,
¡soy desdichado!
He quedado abandonado
al lado de la gente en la tierra.

¿Quen quinequi noyollo,
Ipal nemohuani?

¡Ma oc melel on quiza!
A icnopillotl ma oc timalihui,
monahuac, titeotl.
¿At ya nech miquitlani?

¿Azomo ye nelli tipaqui,
ti ya nemi tlalticpac?
Ah ca za tinemi
ihuan ti hual paqui in tlalticpac.
Ah ca mochi ihui titotolinia.
Ah ca no chichic teopouhqui
tenahuac ye nican.

Ma xi icnotlamati noyollo.
Maca oc tle xic yococa.
Ye nelli in ayaxcan
nicnopiltihua in tlalticpac.

Ye nelli cococ ye otimalihuico,
in motloc monahuac, in Ipal nemohua.
Zan niqintemohua,
niquilnamiqui in tocnihuan.
¿Cuix oc ceppa huitze,
in cuix oc nemiquihui?
Zan cen ti ya polihuia,
zan cen ye nican in tlalticpac.
¡Maca cocoya inyollo!,
itloc inahuac in Ipal nemohua.²³

²³ *Ibidem*, f. 21r-22v.

¿Cómo lo determina tu corazón,
Dador de la Vida?

¡Salga ya tu disgusto!
Extiende tu compasión,
estoy a tu lado, tú eres dios.
¿Acaso quieres darme la muerte?

¿Es verdad que nos alegramos,
que vivimos sobre la tierra?
No es cierto que vivimos
y hemos venido a alegrarnos en la tierra.
Todos así somos menesterosos.
La amargura predice el destino
aquí, al lado de la gente.

Que no se angustie mi corazón.
No reflexiones ya más.
Verdaderamente apenas
de mí mismo tengo compasión en la tierra.

Ha venido a crecer la amargura,
junto a ti y a tu lado, Dador de la Vida.
Solamente yo busco,
recuerdo a nuestros amigos.
¿Acaso vendrán una vez más,
acaso volverán a vivir?
Sólo una vez perecemos,
sólo una vez aquí en la tierra.
¡Que no sufran sus corazones,
junto y al lado del Dador de la Vida!

MA ZAN MOQUETZACAN

¡Ma zan moquetzacan, nicnihuan!
In icnoque on cate in tepilhuan,
non Nezahualcoyotzin,
ni cuicanitl
tzontecochotzin.
Xocon cui moxochiuh ihuan in mecacehuaz.
¡Ma ica xi mototi!
Zan tehuan nopiltzin,
zan ye ti Yoyontzin.
Ma xocon cua in cacahuatl,
in cacahuaxochitl,
¡ma ya on ihua in!
¡Ma ya netotilo,
ma necuicatilo!
Ah nican tochan,
ah nican tinemizque,
tonyaz ye yuhcan.²⁴

²⁴ *Ibidem*, f. 3v-4r.

PONEOS DE PIE

¡Amigos míos, poneos de pie!
Desamparados están los príncipes,
yo soy Nezahualcóyotl,
soy el cantor,
soy papagayo de gran cabeza.
Toma ya tus flores y tu abanico.
¡Con ellos parte a bailar!
Tú eres mi hijo,
tú eres Yoyontzin.
Toma ya tu cacao,
la flor del cacao,
¡que sea ya bebida!
¡Hágase el baile,
comience el dialogar de los cantos!
No es aquí nuestra casa,
no viviremos aquí,
tú de igual modo tendrás que marcharte.

NITLAYOCOYA

Nitlayocoya, nicnotlamatiya,
zan, nitepiltzin Nezahualcoyotl.
Xochitica ye ihuan cuicatica
niquimilnamiqui tepilhuan,
ayn oyaque,
yehua Tezozomocztzin, o yehuan Quahquauhtzin.

Oc nellin nemoan,
quenonamican.
¡Maya niquintoca in intepilhuan,
maya niquimonitquili toxochiuh!
Ma ic ytech nonaci,
yectli yan cuicatl in Tezozomocztzin.
O ayc ompolihuiz in moteyo,
¡nopiltzin, Tezozomocztzin!,
anca za ye in mocuic a yca
nihualchoca,
yn zan nihualicnotlamatico,
nontiya.

Zan nihualayocoya, nicnotlamati.
Ayoquic, ayoc,
quenmanian,
titechyaitaquiuh in tlalticpac,
yca, nontiya.²⁵

²⁵ *Cantares mexicanos...*, f. 25r y v.

ESTOY TRISTE

Estoy triste, me aflijo,
yo, el señor Nezahualcóyotl.
Con flores y con cantos
recuerdo a los príncipes,
a los que se fueron,
a Tezozomocztin, a Quahquauhtzin.

En verdad viven,
allá en donde de algún modo se existe.
¡Ojalá pudiera yo seguir a los príncipes,
llevarles nuestras flores!
¡Si pudiera yo hacer míos
los hermosos cantos de Tezozomocztin!
Jamás perecerá tu renombre,
¡Oh mi señor, tú, Tezozomocztin!
Así, echando de menos tus cantos,
me he venido a afligir,
sólo he venido a quedar triste,
yo a mí mismo me desgarró.

He venido a estar triste, me aflijo.
Ya no estás aquí, ya no,
en la región donde de algún modo se existe,
nos dejaste sin provisión en la tierra,
por esto, a mí mismo me desgarró.

XOPAN CUICATL

Amoxcalco
pehua cuica,
yeyecohua,
quimoyahua xochitl,
on ahuia cuicatl.

Icahuaca cuicatl,
oyohualli ehuatihuitz,
zan quinanquiliya
toxochayacach.
Quimoyahua xochitl,
on ahuia cuicatl.

Xochiticpac cuica
in yectli cocoxqui,
ye con ya totoma
aitec.
Zan ye connauquilia
in nepapan quechol,
in yectli quechol,
in huel ya cuica.

Amoxtlacuilotl in moyollo,
tociuaticaco,
in tictzotzona in mohuehueh,
in tucuicanitl.
Xopan cala itec,
in tonteyahuiltiya.

Zan tic moyahua
in puyuma xochitli,
in cacahua xochitli.

CANTO DE PRIMAVERA

En la casa de las pinturas
comienza a cantar,
ensaya el canto,
derrama flores,
alegra el canto.

Resuena el canto,
los cascabeles se hacen oír,
a ellos responden
nuestras sonajas floridas.
Derrama flores,
alegra el canto.

Sobre las flores canta
el hermoso faisán,
su canto despliega
en el interior de las aguas.
A él responden
varios pájaros rojos,
el hermoso pájaro rojo
bellamente canta.

Libro de pinturas es tu corazón,
has venido a cantar,
haces resonar tus tambores,
tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.

Tú sólo repartes
flores que embriagan,
flores preciosas.

In ticuicanitl.
Xopan cala itec,
in tonteyahuiltiya.²⁶

²⁶ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 38v-39r.

Tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.

YE NONNOCUILTONOHUA

Ye nonnocuiltonohua,
on nitepiltzin, Nezahualcoyotl.
Nicznechico cozcatl,
in quetzalin patlahuac,
ye nonicyximatin chalchihuitl,
jin tepilhuan!
Yxco nontlatlachia,
nepapan quauhtlin, ocelotl,
ye nonicyximatin chalchihuitl,
ya in maquiztli...²⁷

²⁷ *Cantares mexicanos...*, f. 16v.

SOY RICO

Soy rico,
yo, el señor Nezahualcóyotl.
Reúno el collar,
los anchos plumajes del quetzal,
por experiencia conozco los jades,
¡son los príncipes amigos!
Me fijo en sus rostros,
por todas partes águilas y tigres,
por experiencia conozco los jades,
las ajorcas preciosas...

ZAN YEHUAN

Zan yehuan,
Ipal nemohua.
Ninentlamatia,
¿ac azo aic ic?
¿Ac azo aic?
Nonahuiya in tenahuacan.

In zan tictlazotzetzelohua,
in motechpa ye huitz in monecuiltonol,
¡Ipal nemohua!
In izquixochitli, cacahuaxochitli,
zan noconelehuiya,
zan ninentlamatia.²⁸

²⁸ *Romances de los señores de la Nueva España...*, f. 20r.

SOLAMENTE ÉL

Solamente él,
el Dador de la Vida.
Vana sabiduría tenía yo,
¿acaso alguien no lo sabía?
¿Acaso alguien no?
No tenía yo contento al lado de la gente.

Realidades preciosas haces llover,
de ti proviene tu felicidad,
¡Dador de la Vida!
Olorosas flores, flores preciosas,
con ansia yo las deseaba,
vana sabiduría tenía yo...

XON AHUIYACAN

Ica xon ahuiyacan ihuinti xochitli,
tomac mani.
Ma on te ya aquiloto
xochicozquitl.
In toquiappancaxochiuh,
tla celia xochitli,
cueponia xochitli.
Oncan nemi tototl,
chachalaca, tlatohua,
hual on quimati teotl ichan.
Zaniyo in toxochiuh
ica tonahuiyacan.
Zaniyo in cuicatl
ica on pupulihui in amotlaocol.
In tepilhuan ica yehua,
amelel on quiza.
Quiyocoya in Ipalnemohua,
qui ya hual temohuiya
moyocoyatzin,
in ayahauilo xochitli,
ica yehua amelel on quiza.²⁹

²⁹ *Ibidem*, f. 19r.

ALEGRAOS

Alegraos con las flores que embriagan,
las que están en nuestras manos.
Que sean puestos ya
los collares de flores.
Nuestras flores del tiempo de lluvia,
fragantes flores,
abren ya sus corolas.
Por allí anda el ave,
parlotea y canta,
viene a conocer la casa del dios.
Sólo con nuestras flores
nos alegramos.
Sólo con nuestros cantos
perece vuestra tristeza.
Oh señores, con esto
vuestro disgusto se disipa.
Las inventa el Dador de la vida,
las ha hecho descender
el inventor de sí mismo,
flores placenteras,
con esto vuestro disgusto se disipa.

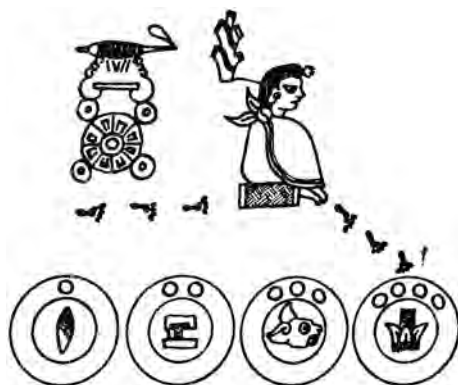
CUACUAUHTZIN DE TEPECHPAN CANTOR DE LA AMISTAD TRAICIONADA*

Hacia 1431, después de haber vencido para siempre a los tecpanecas de Azcapotzalco, el rey Itzcóatl en México-Tenochtitlan y el sabio Nezahualcóyotl en Tezcoco, dedicaban su atención a reorganizar la vida de sus correspondientes estados. Entre los señoríos tributarios del reino de Aculhuacan-Tezcoco, ocupaba lugar prominente el de Tepechpan, situado al suroeste de la antigua ciudad de los dioses, Teotihuacán. Por este tiempo y por disposición de Nezahualcóyotl, se estableció como gobernante de Tepechpan el noble Tencoyotzin. Tanto él como los gobernantes de otros trece señoríos, entre ellos los de Alcoman, Coatlinchan, Huexotla y Otumba, adquirieron entonces, al decir del historiador Ixtlilxóchitl, el rango de grandes y consejeros en la corte de Tezcoco.¹ Confirmación de esto nos la ofrece el códice de origen tezcocano conocido como *Mapa Quinatzin*, en el que se representan los palacios de Nezahualcóyotl con una gran sala en la que aparecen estos consejeros con los glifos que indican sus nombres, entre ellos el de Tencoyotzin de Tepechpan.

Otro importante manuscrito indígena proveniente de la misma región, el llamado *Mapa de Tepechpan*, deja ver por sus figuras y anotaciones lo que llegó a ser este señorío sobre todo a partir de los días de florecimiento logrado gracias a Nezahualcóyotl. Por la información que allí se ofrece sabemos que Tepechpan contaba entre los más prósperos dominios de Tezcoco.

* Vivió a mediados del siglo xv.

¹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 167, 176-178.



Cuacuauhtzin, señor de Tepechpan hacia el año 4-Caña (1431), *Mapa de Tepechpan*

Aunque hay discrepancia entre las fechas dadas por los códices *Quinatzin* y de *Tepechpan*, sabemos de cierto que el señor Tencoyotzin murió bien pronto y fue sucedido en el gobierno por su hijo Cuacuauhtzin. Según el ya citado Ixtlilxóchitl, Cuacuauhtzin había participado como capitán en varias guerras contra los enemigos de Tezcoco y México. En una de sus victorias había obtenido como botín gran cantidad de oro, piedras preciosas, mantas, plumajes y esclavos.² Si una parte de ese tesoro la destinó a los gastos de palacio y al creciente esplendor que daba a su corte de Tepechpan, otra la empleó Cuacuauhtzin como regio presente enviado al noble azteca Temictzin con cuya hija, Azcalxochitzin, deseaba contraer matrimonio. Según el *Códice de Tepechpan*, en un año 13-Pedernal (1440), Cuacuauhtzin alcanzó lo que pretendía y al fin vio llegar a su palacio a la joven princesa, de quien se dice que era “muy hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza”. Por ser aún Azcalxochitzin en extremo joven, Cuacuauhtzin decidió esperar algún tiempo antes de celebrar nupcias con ella. En esa unión que tanto deseaba, ponía él el principio de su felicidad. Lo que poco después sucedió vino a demostrar que Azcalxochitzin, más que motivo de alegría, iba a ser ocasión de su infortunio y de su misma muerte.

² *Ibidem*, v. II, p. 214. Acerca de la vida y obra de Cuacuauhtzin, véase el interesante trabajo de Ángel M. Garibay, “Romántico náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. v, 1965, p. 9-14.

Pero si la joven princesa iba a ser motivo de desgracia, el verdadero causante de ella fue el, por otras razones, sabio y justo Nezahualcóyotl. Tratando de la historia que aquí vamos a referir, admite Ixtlilxóchitl la culpabilidad de Nezahualcóyotl y añade sólo, en descargo del rey poeta, que “aunque los autores que alcanzaron este secreto, y fueron su hijo y nietos, le condenan por esto, la cosa más mal hecha que hizo en toda su vida, no le hallan otra más de ésta digna de ser tenida por mala y abominada, aunque el celo y amor le cegó”.³ Y prueba que Nezahualcóyotl se sintió culpable y llegó a dolerse de su actuación con Cuacuauhtzin, él mismo nos la ofrece cuando en uno de sus cantares lo recuerda:

Siento tristeza, me aflijo,
 yo el príncipe Nezahualcóyotl:
 con flores y con cantos
 recuerdo a los príncipes,
 a los que se fueron,
 a Tezozomocztin y a aquel Cuacuauhtzin.⁴

La condenación de Ixtlilxóchitl y el dolor de Nezahualcóyotl tienen su explicación en lo que sucedió cuando el rey de Tezcoco conoció a la princesa que había escogido Cuacuauhtzin para contraer con ella matrimonio. Como atenuante en favor de Nezahualcóyotl, recuerda la *Historia chichimeca* que “habiendo sido tan venturoso en todas sus cosas [...], no se había casado el señor de Tezcoco conforme a la costumbre de sus pasados que es tener una mujer legítima de donde naciese el sucesor del reino”; y esto le causaba “muy grande tristeza y melancolía”.⁵

Con estos sentimientos salió un día Nezahualcóyotl y se fue caminando sin acompañante alguno, por los bosques que tenía en la orilla del lago, hasta que llegó al señorío de Tepechpan. Por coincidencia Cuacuauhtzin lo vio y lo invitó a pasar a su palacio y a comer con él:

³ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 217.

⁴ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 25r.

⁵ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 213-214.



Cuacuauhtzin con la joven Azcalxochitzin, año 13-Pedernal (1440). El texto en náhuatl dice: “A la hija de Temictzin de México la hace su mujer Cuacuauhtzin”,
Mapa de Tepechpan

Para más regalarlo quiso que en la mesa le sirviese Azcalxochitzin [...], que esta señora la criaba para tomar estado con ella y ser su mujer legítima y hasta entonces no la había gozado por no tener edad para el efecto [...]. El rey Nezahualcóyotl cuando vio aquella señora [...] tan hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza, dejó todas las melancolías y tristezas que traía consigo y se le robó el corazón. Y disimulando lo mejor que pudo su pasión, se despidió de este señor y se fue a su corte, en donde dio orden con todo el secreto del mundo de mandar quitar la vida a Cuacuauhtzin por parecer mejor su hecho.⁶

Lo que poco después sucedió hace de esta historia narración paralela a la que relata la Biblia acerca de David y Urías. Cuacuauhtzin recibió la orden de ir a combatir a Tlaxcala. Dos capitanes tezcocanos tenían ya instrucción de ponerlo en el lugar más peligroso para que allí muriera. Pronto llegó al señor de Tepechpan la orden de salir a la gue-

⁶ *Ibidem*, p. 214-215.

rra con rumbo a Tlaxcala. Inquiriendo un poco, Cuacuauhtzin se apercibió de los ocultos motivos que tenía Nezahualcóyotl. Fiel a su señor, obedeció y se dispuso a marchar a la guerra, lo que para él era tanto como encaminarse a la muerte.

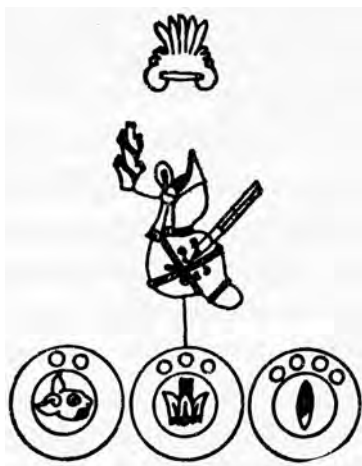
Cuacuauhtzin, como veremos, además de gobernante de Tepechpan, era también forjador de cantos. Por ello pudo dejarnos en su poesía el testimonio de su tristeza. Ixtlilxóchitl, relator fiel de esta historia, nos da el siguiente comentario: “Así sospechó su daño y compuso unos cantos lastimosos que cantó en un despedimiento y convite que hizo de todos sus deudos y amigos”.⁷ Huelga entrar en detalles acerca del desenlace. Cuacuauhtzin pereció en la guerra. Su muerte, según el *Códice de Tepechpan*, fue en un año 3-Caña (1443). Nezahualcóyotl pudo realizar entonces sus deseos e hizo suya a la princesa Azcalxochitzin, de quien habría de nacer el más famoso de sus hijos, Nezahualpilli.

De todo este episodio, además de dos relaciones que de él hizo Ixtlilxóchitl y de los comentarios de otros cronistas, como Torquemada, tenemos asimismo la transcripción de los cantos lastimosos que compuso y cantó Cuacuauhtzin en el convite que dio a sus deudos y amigos. Sus cantos fueron incluidos no una sino tres veces en las colecciones de origen prehispánico, prueba de que fueron famosos. Dos veces aparecen en el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de México y una más en el que se halla en la Colección de la Universidad de Texas.

Cuacuauhtzin, en compañía de parientes y amigos a los cuales ve por última vez, da a entender en forma velada el motivo de su dolor. Recuerda que en su vida ha cultivado las flores y los cantos: “Mi corazón con ansia los desea”, pero al ver que para siempre habrá de marcharse, repite una y otra vez que aquello mismo que antes era motivo de alegría, lo es ahora de tristeza: “Ahora sólo sufro con los cantos [...] anhelo las flores, quisiera hacerlas permanecer en mis manos [...] soy un desdichado.”

Sabe que es enviado a la guerra para encontrar en ella la muerte. Quisiera evadirse y por ello pregunta a sus amigos: “¿Adónde iremos

⁷ *Loc. cit.*

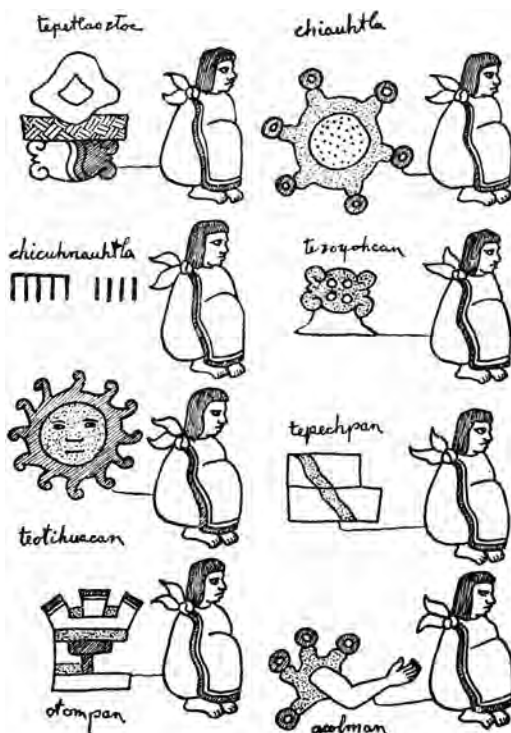


Cuacuauhtzin muere en batalla, año 3-Caña (1433), *Mapa de Tepechpan*

que nunca muramos?” Pero más que la muerte misma y más quizás que la pérdida de la princesa Azcalxochitzin, atormenta a Cuacuauhtzin la malévolas intención de Nezahualcóyotl a quien tenía por su amigo. En su canto alude al señor de Tezcoco: “Tú tañes, dice él, tu atabal de jades, haces resonar tu caracol azul y rojo.”

Nezahualcóyotl es forjador de cantos, pero sabio y poeta, tiene ahora un propósito desleal. Por obra de él, “los amigos tienen doliente el corazón”. A su pesar, Cuacuauhtzin hace una última alusión. Dirigiéndose al hostil y ausente Nezahualcóyotl, a quien designa con su sobrenombre de Yoyontzin, le pide que su corazón, en vez de dar entrada a la perfidia, “se abra como las flores y aprenda a caminar por las alturas”. “Tú me aborreces, le dice, tú me destinas a la muerte, yo ya me voy, voy a destruirme.” Y consciente de que su destino es irremediable, añade, prediciendo lo que habría de suceder: “Acaso por mí tú tengas que llorar [...], oh, amigo mío, pero yo ya me voy, ya me voy.”

El final del poema de Cuacuauhtzin se dirige a sus amigos invitados al banquete, es su legado y su mensaje: “Todo es trabajo en vano [...], gozad, gozad aquí en la tierra, amigos míos [...]. Yo sólo soy



Tributarios de Tezcoco entre los que figura el señor de Tepechpan,
Códice Xólotl, VIII

menesteroso, yo Cuacuauhtzin [...] me llevaré las bellas flores, los bellos cantos”.

En la más grande de las desgracias, en vísperas de la muerte concebida y planeada por el amigo poeta, la flor y el canto, la poesía, símbolo y arte, sigue siendo valor y motivo que sólo a medias reconforta el corazón. Al menos por obra de estas flores y cantos lastimosos del convite, la memoria de Cuacuauhtzin conserva para nosotros su valor y sentido de verdad humanos, como el que han tenido las grandes tragedias de otros tiempos y latitudes.

CUACUAUHTZIN ICNOCUICATL

Quinenequi xochitli zan noyollo,
zan nomac on mania.
Zan nicuicamentlamati,
zan nicuicayeyecohua in tlalticpac.
Ni Cuacuauhtzin,
ninonconequi xochitl,
zan nomac on mani,
in ninentlamati.

¿Can nelpa tonyazque
in aic timiquizque?
Ma zan ni chalchihuitl,
ni teocui tlal,
zan ye on nipitzaloz,
on nimamalihuaz in tlatillan.
Zan noyoliyo,
ni, Cuacuauhtzin, zan ninentlamati.

Mochalchiuhteponaz,
in moxiuhquecholquiquiz, yuh tocon ya pitza,
zan ye ti Y oyontzin.
In o ya hual acic,
on ya moquetza in cuicanitl.
Cuel zan xon ahuiyacan,
ma ya hual moquetza
a inyollo in cocohua.
In o ya hual acic,
on ya moquetza in cuicanitl.

In ma moyollo motoma,
in ma ya moyollo acotinemi.
Ti nech cocolia,
ti nech miquitlani.

CANTO TRISTE DE CUACUAUHTZIN

Flores con ansia mi corazón desea.
Que estén en mis manos.
Con cantos me aflijo,
sólo ensayo cantos en la tierra.
Yo, Cuacuauhtzin,
con ansia deseo las flores,
que estén en mis manos,
yo soy desdichado.

¿Adónde en verdad iremos
que nunca tengamos que morir?
Aunque fuera yo piedra preciosa,
aunque fuera oro,
seré yo fundido,
allá en el crisol seré perforado.
Sólo tengo mi vida,
yo, Cuacuauhtzin, soy desdichado.

Tu atabal de jades,
Tu caracol rojo y azul, así los haces ya resonar
tú, Yoyontzin.
Ya ha llegado,
ya se yergue el cantor.
Por poco tiempo alegraos,
vengan a presentarse aquí
los que tienen triste el corazón.
Ya ha llegado,
Ya se yergue el cantor.

Deja abrir la corola a tu corazón,
deja que ande por las alturas.
Tú me aborreces,
Tú me destinas a la muerte.

In nonoya ye ichan,
ninopolihui.
Ac azo yo oc ic noca xi hual choca,
noca xi hual icnotlamati,
zan ti nocniuh,
zan ye niyauh,
zan ye niyauh ye ichan.
Zan quitohua noyollo,
ayoc ceppa ye nihuitz,
ayoc ceppa niquizaquiuh in yece in tlalticpac,
zan ye niyauh, zan ye niyauh ye ichan.

Zan nen tequitl,
Xon ahuiyacan xon ahuiyacan, tocnihuan.
¿Ha tamonahuizque,
ha tahuellamatizque, tocnihuan?
Ca niccuiz in yectli xochitli,
in yectli yan cuicatl.
O aic in xopan niquichihua,
nican zan ninotolinia,
zan ye ni Cuacuauhtzin,
¿Ha tamonahuiyazque,
ha tahuellamatizque, tocnihuan?
Ca niccuiz in yectla xochitli,
in yectli yan cuicatl.⁸

⁸ *Romances de los Señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 26r-27v.

Ya me voy a su casa,
pereceré.
Acaso por mí tú tengas que llorar,
por mí tengas que afligirte,
tú, amigo mío,
pero yo ya me voy,
yo ya me voy a su casa.
Sólo esto dice mi corazón,
no volveré una vez más,
jamás volveré a salir sobre la tierra,
yo ya me voy, ya me voy a su casa.

Sólo trabajo en vano,
gozad, gozad, amigos nuestros.
¿No hemos de tener alegría,
no hemos de conocer el placer, amigos nuestros?
Llevaré conmigo las bellas flores,
los bellos cantos.
Jamás lo hago en el tiempo del verdor,
sólo soy menesteroso aquí,
sólo yo, Cuacuauhtzin.
¿No habremos de gozar,
no habremos de conocer el placer, amigos nuestros?
Llevaré conmigo las bellas flores,
los bellos cantos.

NEZAHUALPILLI

SABIO Y POETA, SUCESOR DE NEZAHUALCÓYOTL*

No fue, dice Torquemada en su historia, nuestro tezcocano Nezahualpilli de los que pudieron quejarse de la naturaleza en haber sido con él escasa, en darle mucha y muy buena razón en gallardía de entendimiento, con el cual supo regirse y gobernarse todos los años que reinó. Y con él se hizo Señor, no sólo de los corazones de sus vasallos, sino también de todos los reyes y señores que lo trataban y gozaban de sus sentencias y doctrina.¹

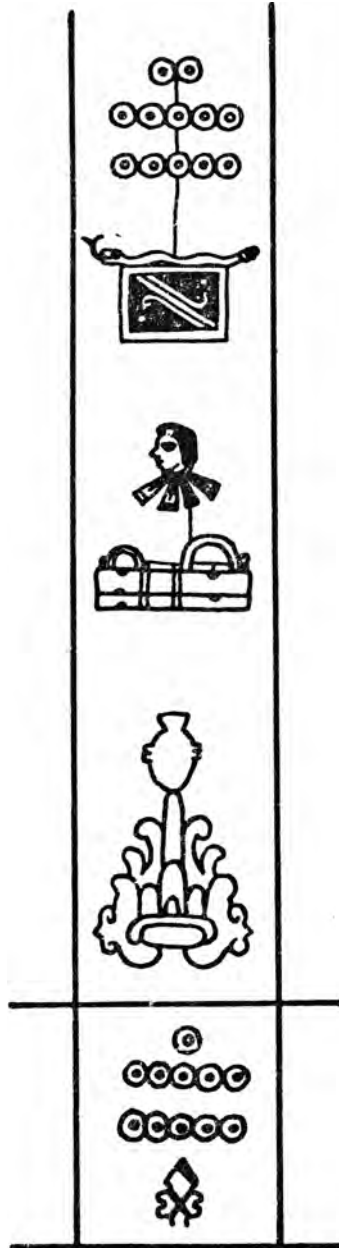
Concordes en todo con el juicio de Torquemada aparecen los demás testimonios que se conservan acerca de Nezahualpilli. Entre los gobernantes de Tezcoco, la metrópoli que en el siglo XV vio renacer la antigua cultura, sólo Nezahualcóyotl, su padre, alcanzó mayor gloria y renombre.

Abundante es la información que se conserva sobre la vida de Nezahualpilli. Como acerca de otros personajes famosos, se recuerdan de él además de hechos ciertos, innumerables anécdotas que, si tienen aires de mito, dejan entrever al menos la imagen que acerca del sabio señor llegó a forjarse su pueblo. Tanto el nacimiento como la muerte de Nezahualpilli fueron tema de leyendas. El mismo Torquemada refiere que “sus gentes lo tenían por hombre encantado [...]”. De su niñez se dice que, criándolo, sus amas le venían en la cuna en diferentes figuras de animales; unas veces les parecía león, otras tigre y otras águila que volaba”.²

* Vivió del año 11-Pedernal (1464) al 10-Caña (1515).

¹ Fray Juan de Torquemada, *Los 21 libros rituales y Monarquía indiana*, 3v., fotocopia de la segunda edición, Madrid, 1723, v. I, p. 188.

² *Loc. cit.*



Nacimiento de Nezahualpilli. Parte superior: día 12-Serpiente; parte inferior en Tezcoco, año 11-Pedernal (1464), *Códice en Cruz*, lám. II

Y su descendiente, el historiador Ixtlilxóchitl, al tratar de su muerte, refiere que “se recogió en lo más interior de sus palacios, donde triste, pensativo y con harta pena acabó la vida”.³ Muerto en su palacio de Tecpilpan, el hecho se mantuvo en secreto y sus vasallos por algún tiempo tuvieron la opinión “de que su rey Nezahualpilli no había muerto, sino que había ido a reinar a los reinos septentrionales y decían que éste era el tiempo que había dicho que había de ir a gobernarlos”.⁴

Envuelto en la leyenda y el mito, quedó así el recuerdo del nacimiento y la muerte de Nezahualpilli. Pero en el campo más verdadero de la historia, fueron consignados su actuación como gobernante y los hechos principales de su vida como sabio, poeta, orador, arquitecto y astrónomo. Nezahualpilli comenzó a gobernar a Tezcoco siendo todavía niño. Dice Ixtlilxóchitl que

estando cercano a la muerte, Nezahualcóyotl, una mañana mandó traer al príncipe Nezahualpilli, que era de la edad de siete años, poco más, y tomándolo en sus brazos lo cubrió con la vestimenta real que tenía puesta y mandó entrar a los embajadores de los reyes de México y Tlacopan [...], y luego les dijo: veis aquí a vuestro príncipe, señor natural, aunque niño, sabio y prudente, el cual os mantendrá en paz y justicia, conservándoos en vuestras dignidades y señoríos, a quien obedeceréis como leales vasallos.⁵

Comenzó así a gobernar Nezahualpilli con auxilio del noble Acapioltzin, quien lo guio y aconsejó en sus años de juventud. De menor interés sería recordar aquí la participación que tuvo Nezahualpilli en las guerras y conquistas emprendidas con sus aliados, los aztecas. Baste decir que aun como capitán se distinguió en diversas acciones, luchando contra los totonacas, en la región de Oaxaca y con los señoríos más cercanos de Huexotzinco, Atlixco y Tlaxcala.

Pero no fue en guerras y conquistas donde alcanzaron su principal renombre el rostro y el corazón de Nezahualpilli. Hombre justiciero,

³ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 328.

⁴ Torquemada, *Monarquía indiana...*, v. I, p. 216.

⁵ Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 241-242.

no sólo promulgó leyes como lo había hecho su padre, sino que también él mismo se sometió a ellas aun a costa de seres allegados a él por la sangre o por el afecto y el amor. Doloroso fue el desengaño que hubo de sufrir Nezahualpilli en su primera búsqueda de quien había de ser su mujer legítima y señora de Tezcoco. El mismo Ixtlilxóchitl refiere el episodio, ejemplo de intriga palaciega, de tanto sabor e interés humano que más de un autor moderno lo ha vuelto a relatar, como es el caso de Salvador de Madariaga en su *Corazón de piedra verde*.

Deseoso Nezahualpilli de encontrar mujer y reina, hizo venir de diversos lugares a princesas e hijas de nobles, entre ellas a la doncella azteca Chalchiuhnenetzin que tenía por padre al señor Axayácatl de México. Tan agraciada era Chalchiuhnenetzin que pronto llegó a ser la preferida del joven Nezahualpilli. Pero en la misma medida que la princesa abundaba en gracia y hermosura, su corazón era también amante de liviandades y de placeres prohibidos. Comenzó así

a dar en mil flaquezas y fue a dar que cualquier mancebo galán y gentil-hombre acomodado a su gusto y afición daba orden en secreto de aprovecharse de ella, y habiendo cumplido su deseo, lo hacía matar. Luego mandaba hacer una estatua de su figura o retrato y después de muy bien adornado de ricas vestimentas, de joyas de oro y pedrería, lo ponía en la sala en donde ella asistía. Y fueron tantas las estatuas de los que así mató, que casi cogió toda la sala a la redonda. Y al rey cuando la iba a visitar y le preguntaba por aquellas estatuas, le respondía que eran sus dioses.⁶

Las ligerezas de Chalchiuhnenetzin, transformadas ya en crímenes, se descubrieron al fin. Hechas las diligencias del caso, Nezahualpilli, perturbado y adolorido, hubo de aplicar justicia. Chalchiuhnenetzin, a pesar de ser hija de Axayácatl, monarca de México, pagó con la vida su infidelidad y sus crímenes.

Años más tarde, habiendo contraído ya nupcias, no por ello escapó Nezahualpilli a otras formas de complicación, en las que aparece curiosamente relacionado el celo por la justicia con su afán por las mujeres y su interés por la poesía.

⁶ *Ibidem*, p. 285-286.



Nezahualpilli, de ocho años de edad comienza su reinado, en 6-Pedernal (1472), *Códice en Cruz*, lám. II

Entre las varias concubinas que tuvo el señor de Tezcoco había una, conocida por sobrenombre como “la señora de Tula”, que le había robado el corazón. De ella nos dice Ixtlilxóchitl que la llamaban así “no por linaje, porque era hija de un mercader, sino porque era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada. Que con estas gracias y dones naturales tenía al rey muy sujeto a su voluntad de tal manera que lo que quería, alcanzaba de él”.⁷

Pues bien, precisamente el primogénito de Nezahualpilli, de nombre Huexotzincatzin, de quien también se dice que era buen poeta, puso los ojos en esta concubina de su padre “y así compuso una sátira a la señora de Tula. Y como ella era asimismo del arte de la poesía, se dieron sus toques y respuestas, por donde se vino a presumir que la reques-
taba [*sic*] y se vino a poner el negocio en la tela de juicio, por donde según las leyes era traición al rey y el que tal hacían, tenía pena de muerte”.⁸

⁷ *Ibidem*, p. 268.

⁸ *Ibidem*, p. 294.

Fue así éste conflicto entre allegados, todos ellos amantes de la poesía. A Nezahualpilli pareció necesario, aunque en extremo doloroso, aplicar la ley y ejecutó en su propio hijo la sentencia de muerte.

Otro caso consigna Ixtlilxóchitl en que también justicia y poesía desempeñaron papel importante. Se hallaba Nezahualpilli en una fiesta que se celebraba en uno de sus palacios. Entre los invitados estaba la mujer de un principal llamado Teanatzin. Para su desgracia, esta señora, que por lo visto tenía oculta afición por Nezahualpilli, le dio entonces a conocer sus sentimientos. El señor de Tezcoco gustoso se solazó con ella. El problema surgió más tarde. Nezahualpilli llegó a enterarse de que aquella mujer era casada. La señora de Teanatzin había cometido un adulterio y había incitado al rey a hacer otro tanto. Aplicada la justicia del caso que consistió en dar muerte a la mujer, esta historia tiene su segunda parte en la cual, una vez más, entró en juego la poesía.

Teanatzin, que amaba a su mujer no obstante la ofensa recibida, cuando se enteró del desenlace, llegó a decir que “ya que el rey se había aprovechado de ella, ¿por qué la había muerto? Que más razón era que se la dejara con vida y no perder, como perdía, una mujer que tanto amaba”.⁹

Nezahualpilli, ofendido al conocer esta respuesta por parecerle que provenía de “poca estimación de la honra del rey”, puso a Teanatzin en prisión. El episodio, por obra de la poesía, tuvo al fin mejor remate:

Viéndose Teanatzin en tal larga y oscura prisión compuso un elegantísimo canto en que representaba toda su tragedia y trabajos. Y por favor y negociación que tuvo con los músicos del rey que eran sus amigos y conocidos, tuvieron modo y traza para cantarlo en unas fiestas y saraos que el rey tenía. El cual canto estaba con tan vivas y sentidas palabras que movió el ánimo del rey a gran compasión y así lo mandó soltar luego de la prisión.¹⁰

Otras anécdotas como ésta se conservan en las que destaca el carácter de Nezahualpilli, respetuoso de la justicia y amante de las artes y los cantos. Pero, inevitablemente, en la historia de su vida no todo

⁹ *Ibidem*, p. 299.

¹⁰ *Ibidem*, p. 299-300.

estuvo ligado a la poesía. Hay también episodios que recuerdan la actuación del señor de Tezcoco que no pudo menos que atender a guerras y conquistas impelido principalmente por sus aliados, los poderosos aztecas. Vida compleja le tocó vivir, en la cual, como aconteció a su padre Nezahualcóyotl, las circunstancias lo obligaron también a asumir con frecuencia posturas que parecen opuestas.

Sabemos que en tanto le correspondió consagrar el templo que, a instigación de los aztecas, se había comenzado a erigir en Tezcoco en honor de Huitzilopochtli, en lo más profundo de su espíritu cultivaba Nezahualpilli las tradiciones religiosas de origen tolteca. Torquemada escribe a este propósito que al menos en público este sabio rey “hubo de seguir la opinión de sus mayores, especialmente la de los reyes de México que eran sus deudos y parientes [...], y aunque tenía la incitación de estos dichos mexicanos, con todo no seguía mucho su opinión, ni se mostraba muy religioso”.¹¹

Por encima de todo, como lo atestiguan sus discursos y lo que conocemos de su poesía, cultivaba en su corazón la antigua fe en *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto. En cuanto podía escaparse de otros menesteres, Nezahualpilli atendía aquello que de verdad le importaba; como arquitecto diseñó palacios y jardines, como astrónomo “se preciaba mucho de entender los movimientos de los astros celestes [...], hacía inquisición por todas las partes de sus reinos de todos los que sabían algo de esto [...] y comunicaba con ellos todo lo que sabía. De noche se subía a las azoteas de su palacio y desde allí consideraba las estrellas y argüía con todos lo que de ellas dificultaban”.¹²

Como su padre, aconsejaba también a otros señores vecinos, en especial a los aztecas, en lo tocante al buen gobierno y en materias que hoy llamaríamos de carácter técnico. Mucho se recordaban, para mencionar un solo caso, sus atinados consejos con motivo de la gran inundación que hubo en la ciudad de México en tiempos del rey Ahuízotl al traer éste a la ciudad el agua procedente del manantial llamado Acuecuéxatl en las cercanías de Coyoacán. Construida con argamasa y piedra

¹¹ Torquemada, *Monarquía indiana...*, v. I, p. 189.

¹² *Ibidem*, p. 188.

una gran caja de agua, según diseño de Nezahualpilli, se logró controlar debidamente el suministro sin más daños para la capital azteca.

El prestigio de Nezahualpilli fue siempre en aumento a lo largo de su vida. Respetado por los aztecas, tuvo sin embargo fricciones con ellos en más de una ocasión. Particularmente desde que Motecuhzoma Xocoyotzin asumió el mando, el señor de Tezcoco tuvo que adoptar una actitud defensiva frente a ataques e intrigas procedentes de Tenochtitlan. Doloroso debió de ser ello para Nezahualpilli que había influido en la elección de Motecuhzoma y voluntariamente había actuado como orador principal para describir sus méritos cuando este tomó el mando. Las palabras que en esa ocasión pronunció Nezahualpilli son un testimonio más de sus capacidades literarias. Torquemada dice que se conservó “la memoria de su oración por cierto muy elocuente”.¹³ A pesar de que no se conoce ésta en su original en náhuatl, la versión más o menos parafraseada que ofrece el cronista deja ver la hondura de pensamiento y la peculiar religiosidad del sabio Nezahualpilli. Hablando él entre los principales de México y ante el mismo Motecuhzoma, se expresó así:

La gran ventura que ha alcanzado todo este reino, nobilísimo señor, en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él, bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección y por la alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen, cierto, muy gran razón, porque está ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado, que para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso, no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya.

Claramente veo yo que el omnipotente Dios (*Tloque Nahuaque*) ama esta ciudad, pues la ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque, ¿quién duda que un príncipe que antes de reinar había investigado los nueve dobleces del cielo, ahora obligándole al cargo del reino con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que has siempre valerosamente mostrado en casos de importancia, no te haya de sobrar ahora donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano y a

¹³ *Ibidem*, p. 194.

la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo creado (*Tloque Nahuaque*) tanta, que en sólo verte, la pones a quien te mira?

Alégrate, oh tierra dichosa, que te ha dado el Creador un príncipe que te será la columna firme en que estribes. Será padre y amparo de que te socorras, será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño, le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida, no sentirá, suspenso en imaginar en tu bien. ¿Dime, pues, reino dichoso, si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey?

Y tú, oh generosísimo mancebo y muy poderoso señor, ten confianza y buen ánimo que pues el señor de todo lo creado (*Tloque Nahuaque*) te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle. Y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones pues te ha puesto en mayor estado, del cual goces por muchos años y buenos.¹⁴

Imposible sería aquí hacer mención de otros muchos hechos y anécdotas acerca de la vida de Nezahualpilli. Que sepamos no existe hasta ahora una buena biografía de él. La información es abundante. Bastará con acudir a fuentes indígenas como los *Anales de Cuauhtitlan* y al testimonio de cronistas como su pariente Ixtlilxóchitl, fray Juan de Torquemada, fray Diego de Durán o, el escritor tezcocano, Juan Bautista Pomar. Lo que aquí se ha recordado acerca del célebre hijo de Nezahualcóyotl, deja entrever algo de lo que fue su rostro y su corazón como sabio, gobernante y poeta. Los antiguos cantares mexicanos aluden a él muchas veces y ponderan sus dotes de *cuicapicqui*, forjador de poesía. Desgraciadamente, no es mucho lo que de su obra sobrevivió a la destrucción general. Si de su padre conocemos cerca de treinta composiciones, a Nezahualpilli sólo podemos atribuir con fundamento una elegía en que alude a un hecho histórico bien conocido: la muerte de los príncipes Macuilmalinatzin y Tlacahuepan en Atlixco durante la guerra con Huexotzinco. De este canto, reflejo del ingenio del sabio

¹⁴ *Ibidem*, p. 194-195.

señor que contemplaba los astros y adoraba a *Tloque Nahuaque*, nos habla Ixtlilxóchitl y nos da también el título con que era conocido, *Nenahualizcuícatl*, que es lo mismo que decir “canto que declara traiciones y engaños”,¹⁵ sobre todo el engaño alucinante de una guerra que trajo consigo la muerte de dos príncipes aztecas, amigos muy hondamente queridos por Nezahualpilli.

La tristeza del canto se hace presente con la visión deslumbrante de la guerra, el agua y el fuego, el florido licor que embriaga en la región del humo, allí donde el águila grita y el tigre incita a la lucha. Pintor extraordinario de la guerra es aquí Nezahualpilli, pero no con intención de hacer apología ni explicación de esta lucha emprendida por sus aliados aztecas. Para él, la guerra es embriaguez. Los guerreros exclaman: “Una y otra vez bebo el licor floreciente [...] ¡Sea distribuida entre ellos la flor del néctar precioso!”

A lo largo del poema, los que combaten reciben con insistencia el nombre de *cuextecas*; alusión al mito de la embriaguez casi crónica de ese pueblo por otros motivos extraordinario. La embriaguez desfigura los rostros, la guerra acaba con todo. Es destrucción irremediable de jades y plumas de quetzal, símbolo de lo bello. “Embriagados por la muerte están los guerreros”, son como *cuextecas*, cegados por el florido licor, su oficio es matar y morir.

En la guerra el hombre se cubre de gloria, pero también en ella mueren los amigos. Los que eran dueños de las flores tienen entonces que marcharse a la región del misterio. Ensangrentados, sus rostros se tornan amarillos y antes de ser llevados a la pira, se les baña con el licor florido de guerra. Estaban embriagados y se les embriaga una vez más. El águila grita y el tigre gime. En medio de esa danza de muerte, los amigos se van yendo a la región del misterio.

Al recordarlo Nezahualpilli se aflige, repite que por esto llora. Con la imagen del agua y el fuego que es la guerra en su corazón, él también se siente embriagado, invadido por el licor que engendra la muerte. Si en su evocación de la guerra y del final de sus amigos, Tlacahuepan y Macuilmalinalli, el señor de Tezcoco trazó un cuadro extraordinario de lo que fue destino impostergable de los antiguos mexicanos, también

¹⁵ Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. II, p. 310.

nos dejó su condenación más o menos velada de esas luchas que son destrucción de jades y plumajes de quetzal y de rostros humanos. Por eso tal vez no venga forzado añadir que Nezahualpilli, el inventor de cantos, el asiduo contemplador de las estrellas —donde impera la paz y vive *Tloque Nahuaque*—, con este poema suyo nos ha hecho llegar un mensaje, doliente rechazo de la violencia que, por provenir de un mundo en el cual la guerra fue misión y destino, adquiere hoy nuevo sentido al ser pensado y vivido por nosotros que aún no aprendemos a suprimir esa embriaguez concebida por el hombre para acabar con el hombre.

La figura y la obra de Nezahualpilli sigue pidiendo un estudio. Lo aquí expuesto es sólo deficiente introducción. Breve relativamente fue su vida, pero no su actuación como señor de Tezcoco:

Gobernó cuarenta y cuatro años —nos dice Ixtlilxóchitl—, al cabo de ellos murió de pena por ciertas pesadumbres que tuvo, especialmente por la gran soberbia de Motecuhzoma, que había usado con él ciertas traiciones, siendo de edad de cincuenta y un años, muy poco en comparación con la que habían tenido sus pasados. Y así, muchos naturales que no se hallaron en sus honras y entierro, lo tuvieron por vivo y que se había encantado en cierta cueva. Y aun hasta hoy, algunos viejos de poco entendimiento tienen esta opinión.¹⁶

¹⁶ Ixtlilxóchitl, *Obras históricas...*, v. I, p. 331.

ICUIC NEZAHUALPILLI
YC TLAMATO HUEXOTZINCO

Nihuintia ya,
yhuintia noyollo:
Tlahuizcalla moquetza ya,
o tlahtohua ya zaquanquechol
chimaltenanticpac,
tlacochtenanticpac.

Ximocuiltano, ti Tlakahuepan,
tinohueyo, quaxomotl,
quaxomocuxtecatl.
Zan teoaxochioctla yc yhuintic,
ye oncan totoatenpan,
aya quaxomotl.

Yn chalchiuhtli tete yca,
quetzalli popoztequi,
a nohueyotepilhuanytzin,
miquiztlahuanque,
yc oncan amillan ypan,
atempan
mexica y mehetla.

Yn quauhtli ya pipitzcan,
ocelotl chocatica,
tinopiltzin, Macuilmalinalli,
zan ye oncan poctlan,
tlapallan,
yecoyaochihua
o yn mexica.

In ye o nihuintic, ye nicuextecatl,
ye nixochiquaxoxo,
nictotoyahua ye xochiaoctli.
In ma temacon quetzalocoxochitl,

CANTO DE NEZAHUALPILLI
(ASÍ VINO A PERECER HUEXOTZINCO)

Estoy embriagado,
está embriagado mi corazón:
Se yergue la aurora,
ya canta el ave zacuán
sobre el vallado de escudos,
sobre el vallado de dardos.

Alégrate, tú, Tlacahuepan,
tú, nuestro vecino, cabeza rapada,
como cuexteca de cabeza rapada.
Embriagado con licor de aguas floridas,
allá en la orilla del agua de los pájaros,
cabeza rapada.

Los jades y las plumas de quetzal
con piedras han sido destruidos,
mis grandes señores,
los embriagados por la muerte,
allá en las sementeras acuáticas,
en la orilla del agua,
los mexicanos en la región de los magueyes.

El águila grita,
el jaguar da gemidos,
oh tú, mi príncipe, Macuilmalinalli,
allí, en la región del humo,
en la tierra del color rojo
rectamente los mexicanos
hacen la guerra.

Yo estoy embriagado, yo cuexteca,
yo de florida cabellera rapada,
una y otra vez bebo el licor floreciente.
Que se distribuya el florido néctar precioso,

nopiltzin,
titlahpaliuhquetl,
yn ye nixoxoya.

In teotl y mancan,
yahue ompozontimani,
teoaxochioctica ya
ihuinti in mexicame.
Chichimecatl aya noconilnamiqui,
zan nichoca.
Ic aya onnichoca ya ni Nezahualpilli,
noconilnamiqui.
Zan iya mani,
ompa ye cueponi a yaxochitl,
y ya noconilnamiqui a can nichoca.

Ciliquipan Chailtzin,
aytzin, mahuia.
Ixtlilcuechahuac yca ye onmahuiztia,
quinamoya in quetzalli,
patzaconxiuhquiyamoya cuextecatl.
Atl ia yxtla,
yhtec tlachinolacueyotl,
topan yc pozonipilia Ixtlilotoncochotzin,
ycan ye mahuiztia,
quinamoya y quetzal,
y patzaconxiuhquiyamoya.

Y n quetzalaxomotzin ompapatlantia,
noxochihueyotzin, yn Tlakahuepantzin,
zan quitocan tochin teuctlapaliuhquetl,
yn cuexteca meyetla.

A ytec o cuica ya,
a ontlahtoa y teoaxochitl.
Yn zan quitlahuana, chachalaca,
in quechol pohuan in tecpilli,
ya yn cuexteca meetla.

oh, hijo mío,
tú, hombre joven y fuerte,
yo palidezco.

Por donde se extienden las aguas divinas,
allí están enardecidos,
embriagados los mexicanos
con el florido licor de los dioses.
Al chichimeca yo ahora recuerdo,
por esto sólo me aflijo.
Por esto yo gimo, yo Nezahualpilli,
yo ahora lo recuerdo.
Sólo allá está,
donde abren sus corolas las flores de guerra,
yo lo recuerdo y por eso ahora lloro.

Sobre los cascabeles Chailtzin,
en el interior de las aguas se espanta.
Ixtililcuecháhuac con esto muestra arrogancia,
se adueña de las plumas de quetzal,
de las frías turquesas se adueña el cuextécatl.
Ante el rostro del agua, dentro de la guerra,
en el ardor del agua y el fuego,
sobre nosotros con furia se yergue Ixtlilontoncohotzin,
por esto se muestra arrogante,
se apodera de los plumajes de quetzal,
de las frías turquesas se adueña.

Anda volando el ave de plumas finas,
Tlacahuepatzin, mi poseedor de las flores,
como si fueran conejos los persigue el joven fuerte,
el cuexteca en la región de los magueyes.

En el interior del agua cantan,
dan voces las flores divinas.
Se embriagan, dan gritos,
los príncipes que parecen aves preciosas, los cuextecas en la región
de los magueyes.

Oyatihuintique notatahuan,
tlapalyhuintitly.
¡Ma nemaytitotilo ya!
Zan ca ye ichan huehuexochihuaque,
za quetzalchimaleque,
ye tlatileque ya,
yolimale ya,
anca quimittotia.
Ini huatzalhuan huehuexochihuaque,
o za quetzalchimaleque.

Yezo yahqui nopillotzin,
cozahuic cuexteca totec,
tzapocueye,
Tatlacahuepan motimalohua,
ya quenonamican.

Yaoxochioctica,
yhuintitiaquia nopillotzin,
cozahuic cuexteca totec.
Ye onmahpantia yn teaxochiaoctli yn Matlaccuiatzin.
O cen yahque Quenonamican.

Zannoconyapitza ya
yn oceloacaquiquiz,
za onquauhtzatziticac
in notemalacac,
ipan tecpilli.
Y ahqui ya y huehuehtzin,
y chimalli xochioctla yca
yhuintihua ye oncan cuexteca,
netotilo ya yn Atlixco

Moteoxiuhhuehueuh xictzotzona ya,
xochiahacuinta y metl,
y moxochicozqui,
mahci aztatzonyhua,
timotlac ya y ticuilo.

Nuestros padres se han embriagado,
embriaguez de la fuerza.
¡Comience la danza!
A su casa se han ido los dueños de las flores ajadas,
los poseedores de los escudos de plumas,
los que guardan las alturas,
los que hacen prisioneros vivientes,
ya danzan.
Arruinados se van los dueños de las flores ajadas,
los poseedores de los escudos de plumas.

Ensangrentado va mi príncipe,
amarillo señor nuestro de los cuextecas,
el ataviado con faldellín color de zapote,
Tlacahuepan se cubre de gloria,
en la región misteriosa donde de algún modo se existe.

Con la flor del licor de la guerra
se ha embriagado mi príncipe,
amarillo señor nuestro de los cuextecas.
Matlaccuiatzin se baña con el licor florido de guerra.
Juntos se van a donde de algún modo se existe.

Haz ya resonar
la trompeta de los tigres,
el águila está dando gritos
sobre mi piedra donde se hace el combate,
por encima de los señores.
Ya se van los ancianos,
Los cuextecas están embriagados
con el licor florido de los escudos,
se hace el baile en Atlixco.

Haz resonar tu tambor de turquesas,
maguey embriagado con agua florida,
tu collar de flores,
tu penacho de plumas de garza,
tú el del cuerpo pintado.

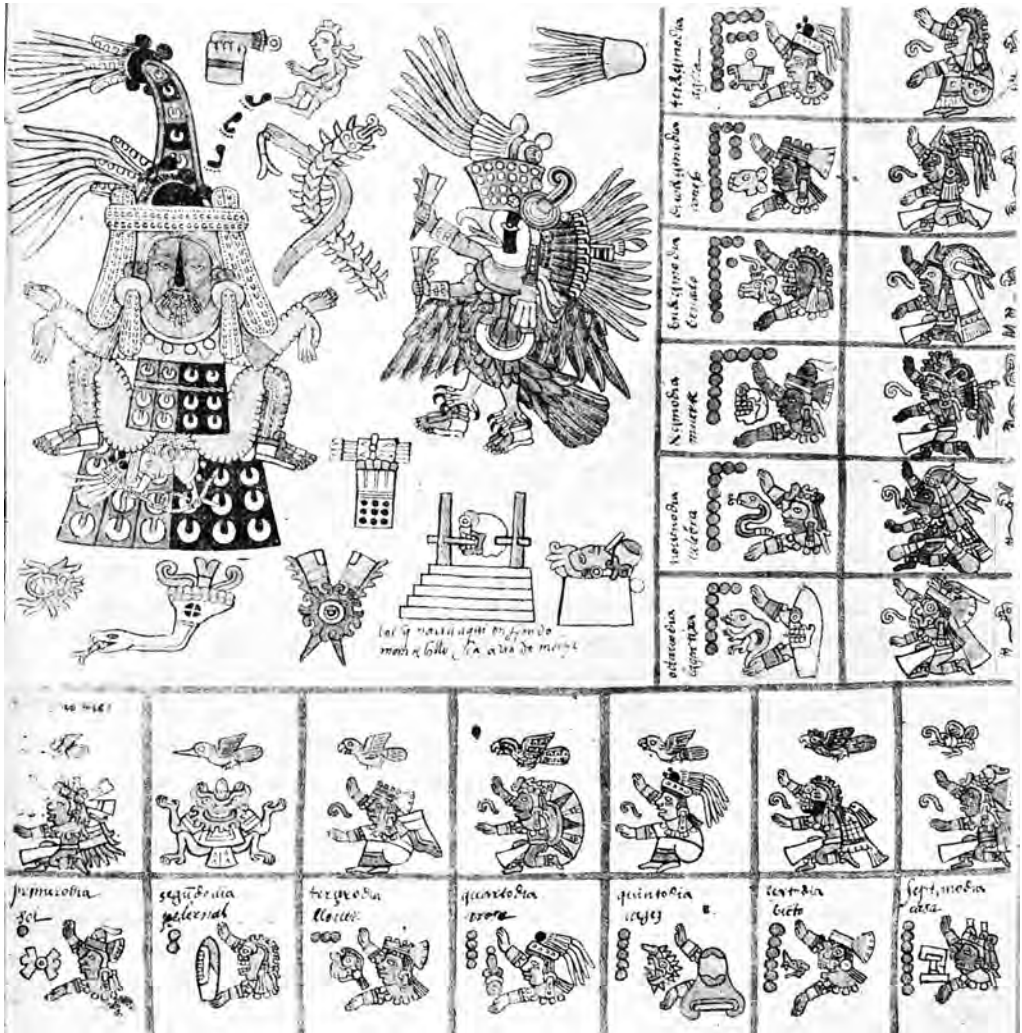
Yayocaque, ye onnemi,
xochiquaxoxome,
Yn tlahpaliuhquetl,
ocelochimaleque mocuenpani.

Zan ye onnentlamati y noyolio,
nitlahpaliuhiquetl ni Nezahualpil.
Zan niqintemoa nachihua,
o yahquin teuctli,
xochiquetzal,
yahqui tlapaliuhquetl,
ylhuicaxoxohuic ichan.
¿Tlatohuatzin y Nacapipiyol mach
ocquihualya xochiaoctli y ya
ye ni can nichoca?¹⁷

¹⁷ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 55v y 56r.

Ya lo oyen, ya acompañan
las aves de cabeza florida,
al joven fuerte,
al dueño de los escudos de tigre que ha regresado.

Mi corazón está triste,
soy el joven Nezahualpilli.
Busco a mis capitanes,
se ha ido el señor,
quetzal floreciente,
se ha ido el joven y fuerte guerrero,
el azul del cielo es su casa.
¿Acaso vienen Tlatohuetzin y Acapipíyol
a beber el florido licor
aquí donde lloro?



Grupo de trece días bajo la influencia de la diosa Tlazoltéotl, recubierta al modo del dios Xipe con la piel de un desollado, *Códice borbónico*, manuscrito azteca calendárico-astroológico (*tonalámatl*), p. 13

CACAMATZIN DE TEZCOCO

GOBERNANTE Y POETA DE VIDA BREVE Y TRÁGICA*

Cacamatzin fue vástago de la más ilustre de las familias de Tezcoco, bien conocida por haber dado gobernantes sabios y poetas famosos. Hijo de Nezahualpilli y nieto de Nezahualcóyotl, no es exageración pensar que el recuerdo de su abuelo y las enseñanzas de su padre debieron haber normado desde su infancia la educación de Cacamatzin y de sus muchos hermanos.

Según parece, Cacamatzin nació hacia 1494. Su padre Nezahualpilli, por muchas razones célebre en los anales, lo fue también por el gran número de mujeres que le plugo tener y por el más grande aún de hijos que trajo al mundo. A pesar de que Cacamatzin, según la mayoría de los cronistas, no cuenta entre los descendientes legítimos de Nezahualpilli, tuvo éste la fortuna, que más tarde sería desgracia, de ser fruto de los amores del señor de Tezcoco con una hermana de Moteczoma Xocoyotzin, la señora de Xilomenco. Como sobrino directo del gran señor de los aztecas, Cacamatzin llegó a ser su protegido y al fin, por obra de él, habría de suceder a su padre, Nezahualpilli, como gobernante de Tezcoco.

Corroborando la idea de que parece haber sido destino de los forjadores de cantos en el mundo náhuatl vivir una doble existencia, también Cacamatzin pasó su breve vida en un ambiente en que florecían el cultivo de las artes y la gloria del poder, al igual que la traición y la tragedia. Siendo todavía pequeño supo cómo su hermano mayor, el príncipe y poeta Huexotzincatzin, había sido condenado a muerte por tener relaciones con una de las concubinas de su padre, la apodada “Señora de Tula” por sus gracias y habilidades en el arte de los cantos.

* Nació hacia el año 2-Conejo (1494) y murió en el año 2-Pedernal (1520).

Cacamatzin admiraba las grandes dotes intelectuales de su padre, a quien veía con frecuencia dialogando con los sabios, consagrado a la poesía, actuando como arquitecto y dedicado también a la observación de los astros. Pero al conocer las diferencias ya bien manifiestas entre Nezahualpilli y su tío Motecuhzoma de México, no pudo menos que sentir honda tristeza. Especialmente doloroso le fue conocer la muerte del príncipe azteca Macuilmalinatzin, hijo de su tío y esposo de una de sus hermanas, la segunda hija de Nezahualpilli, de nombre Tiacapantzin. En la versión del propio, Nezahualpilli supo cómo Macuilmalinatzin había sido víctima de una perfidia inconcebible atribuida por los tezcocanos a Motecuhzoma.

Al igual que otros jóvenes miembros de la nobleza, Cacamatzin asistió al *calmecac* de Tezcoco y se adiestró después en el arte de la guerra. Al lado de su padre y de otros capitanes llegó a participar en varias campañas en las cuales supo distinguirse. En medio del esplendor de Tezcoco y del extraordinario poderío de los aztecas, viviendo en un ambiente en que se dejaban sentir ocultas hostilidades, Cacamatzin se percató de la actitud de su padre, poseído de extraña inclinación que lo llevaba a apartarse de todos. En una fecha 10-Caña (1515), cuando tenía él solamente 21 años, tuvo noticia de que su padre se había retirado y aislado en uno de sus palacios. Muy poco después se enteraba de su muerte.

Al año siguiente, 11-Pedernal (1516), el pueblo y la nobleza de Tezcoco, y particularmente Cacamatzin y sus hermanos Ixtlilxóchitl y Coanacochtzin, vivieron días de grande agitación ante el problema de quien habría de suceder en el gobierno al difunto Nezahualpilli. Pronto abortó la discordia y se dejó sentir en Tezcoco la mano fuerte de Motecuhzoma. Refiere la *Historia chichimeca* que en ese momento el señor de los aztecas

despachó sus embajadores para que junto con los electores y grandes del reino diesen los votos a su sobrino Cacamatzin, pues dicen que le quería infinito, tenía edad suficiente para poder gobernar, y que en las guerras pasadas había probado muy bien su valor y era muy valeroso capitán. Y que habiéndose determinado el reino, todos los grandes señores de él se



Cacamatzin, hijo de Nezahualpilli y desafortunado señor de Tezcoco. Gobernó a partir del año 10-Caña (1515), *Códice florentino*, VIII

fuesen con su sobrino a la ciudad de México, en donde quería fuese jurado como lo había sido su padre y su abuelo.¹

A pesar de la manifiesta intervención de Motecuhzoma no se aquietaron los ánimos de los rivales de Cacamatzin. En un principio había sonado en Tezcoco el nombre del príncipe Tetlahuehuetzquitzin, pero respecto de él se llegó a la conclusión de que no era “apto para poder regir y gobernar un reino tan grande como era el de Tezcoco”.²

Así, la contienda se estableció finalmente entre el príncipe Ixtlilxóchitl, de quien se dice que era “mancebo de poca edad y hombre belicosísimo”, y Cacamatzin que contaba con el apoyo de su hermano Coanacochtzin y sobre todo con la voluntad decidida de su tío Motecuhzoma.

En medio de la discordia Cacamatzin se trasladó a México. Allí fue coronado poco tiempo después. Frente a los hechos consumados, una doble reacción se dejó sentir enseguida. Por una parte Coanacochtzin y otros varios nobles de Tezcoco reconocieron como soberano a Cacamatzin. Por otra, el príncipe Ixtlilxóchitl que tuvo por injusta y por fruto de la tiranía de Motecuhzoma la elección de su hermano, abandonó

¹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Historia chichimeca*, en *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 330.

² *Ibidem*, p. 329.

Tezcoco y se retiró al norte por el rumbo de la sierra de Metztlitlan. Se ganó allí el apoyo de varios de los señores tributarios y reunió un poderoso ejército para atacar con él a Cacamatzin. Sólo gracias a la rápida intervención de Motecuhzoma, el cual acudió también a la fuerza de las armas, pudo regresar Cacamatzin a la capital tezcocana y repeler desde allí la amenaza que significaba Ixtlilxóchitl.

La antigua prosperidad de Tezcoco empezó a menguar. Como consecuencia de las discordias entre los hijos de Nezahualpilli el reino lamentablemente había quedado dividido. Cacamatzin retuvo la capital y las provincias meridionales; Ixtlilxóchitl, que siguió considerándose soberano legítimo, mantuvo su poder sobre los señoríos del norte, haciendo imposible cualquier forma pacífica de entendimiento.

Subsistían estas contiendas y perturbaciones cuando empezaron a llegar noticias, traídas por mensajeros provenientes de las costas del Golfo, acerca de la llegada de barcas tan grandes que parecían montañas, en que venían hombres de rostro y lengua desconocidos. Más que nadie se inquietó esta vez Motecuhzoma al conocer las informaciones que sus mensajeros le traían. Los textos en los cuales se conserva la “visión de los vencidos” describen en detalle la creciente preocupación del señor de los aztecas.³

Era ya el año 1-Caña (1519). Las noticias acerca de los extraños forasteros que traían consigo armas que escupían fuego y bestias tan grandes que sobrepasaban a los venados, llegaron a inquietar a Motecuhzoma mucho más que las discordias en el reino de Tezcoco. Motecuhzoma hizo venir a numerosos sacerdotes y sabios para inquirir con ellos acerca de lo que podría significar la presencia de los misteriosos forasteros. Las opiniones se dividieron. Pensaban unos que se trataba del retorno de Quetzalcóatl; señalaban otros la posible llegada de enemigos capaces de quebrantar el poderío de los aztecas. En esta coyuntura, recordando tal vez Motecuhzoma que en tiempos antiguos y en ocasión de grandes calamidades, se había consultado siempre el

³ *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, 3a. ed., introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos nahuas Ángel M. Garibay K. y Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1963 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81), p. 15-38.

sabio parecer de los tezcocanos, sobre todo el de Nezahualcóyotl y de Nezahualpilli, hizo venir ahora a su corte a Cacamatzin y a otros consejeros suyos, entre ellos a su propio hermano, Cuitláhuac.

Por su misma juventud y por ser señor de un reino dividido, Cacamatzin no tenía ciertamente el prestigio de su padre o su abuelo. No obstante, Motecuhzoma quiso oír su parecer. Reunidos en México-Tenochtitlan, Cacamatzin, Cuitláhuac, Motecuhzoma y otros varios señores y consejeros, escucharon primero las noticias y descripciones sobre los hombres recién llegados por las costas del oriente. Consultados luego por Motecuhzoma sobre lo que convenía hacer, la opinión de Cuitláhuac fue que sería mejor oponérseles desde un principio y no permitir que se acercaran a la metrópoli azteca. Distinto fue el parecer de Cacamatzin. Por pensar tal vez que pudiera tratarse del retorno de Quetzalcóatl y confiando una vez más en el poderío azteca y en la sagacidad de su tío Motecuhzoma, manifestó que sería flaqueza cerrarse al contacto con esos forasteros cuyas intenciones aún no se conocían. Más valía recibirlos como a posibles embajadores de un gran rey hasta cerciorarse de cuáles eran sus verdaderos propósitos, ya que de ser éstos hostiles, fuerzas había más que suficientes para expulsarlos de los dominios aztecas.

Aunque a algunos pareció acertado el consejo de Cacamatzin, en realidad Motecuhzoma no siguió ni la opinión de Cuitláhuac ni la del señor de Tezcoco. De hecho no envió a su ejército para estorbar o impedir la venida de los forasteros, pero tampoco optó por darles la bienvenida y acogerlos desde luego en su propia corte de Tenochtitlan. Motecuhzoma, embargado por la duda, pretendió con dones y mensajes disuadir pacíficamente a los forasteros de su intento de acercarse a la capital azteca.

Conocida es la historia que relata las consecuencias de la actitud dubitante de Motecuhzoma frente a los propósitos bien definidos de Hernán Cortés, empeñado en llegar hasta el corazón de los dominios aztecas. Por las crónicas y relaciones conocemos las varias actuaciones de Cacamatzin en estas circunstancias.

Había llegado la noticia de que los forasteros se habían ganado el apoyo de Tlaxcala. Era ya inminente su entrada al Valle de México. Por encargo de Motecuhzoma, y en calidad de mensajero real, Cacamatzin

marchó a encontrarlos. Por el rumbo de Ayotzinco, casi en las faldas de los volcanes, Cacamatzin habló por vez primera con Cortés. Como testigo que fue, describe Bernal Díaz este encuentro ponderando la riqueza y porte de quien decían era “gran señor de Tezcoco, sobrino del gran Montezuma”.⁴

Al parecer la misión de Cacamatzin fue un último intento de disuadir a Cortés de su propósito de entrar a Tenochtitlan. El príncipe tezcocano por complacer a su tío actuó así, aunque sin éxito, en contra de lo que había sido su opinión y consejo de abrir las puertas a los recién llegados extranjeros.

Pocos días más tarde, el 8 de noviembre de 1519, tendría lugar el encuentro con “los hombres de Castilla”, recibidos a más no poder por el gran Motecuhzoma quien se hizo acompañar, entre otros príncipes por el mismo Cacamatzin y el señor de Tlacopan, Tettlepanquetzaltzin, o sea por los representantes de la llamada “triple alianza”.

Motecuhzoma hizo huéspedes de Tenochtitlan a Cortés y sus hombres. Cacamatzin regresó entonces a Tezcoco. Las contiendas con Ixtlilxóchitl estaban lejos de apaciguarse. De hecho muy pronto y con grande astucia Ixtlilxóchitl habría de aliarse con los forasteros en busca de nuevo apoyo en contra de su hermano y del mismo Motecuhzoma. Éste, casi sin darse cuenta, había llegado entre tanto a convertirse en prisionero de Cortés.

Cacamatzin, acosado por su hermano y temiendo ya por la suerte de Motecuhzoma, regresó a Tenochtitlan. Según algunos cronistas lo hizo respondiendo a un llamado de su tío; según otros, cuando se aprestaba a la lucha, cayó prisionero de la gente de Cortés. El hecho es que ya en el año 2-Pedernal (1520), lo encontramos cautivo en Tenochtitlan en compañía de Motecuhzoma y del señor de Tlacopan.

De grande aflicción fueron los últimos días de Cacamatzin. Él, que había contemplado la grandeza y el poder de Motecuhzoma, veía ahora los vejámenes de que era objeto y la triste condición en que había caído. Supo de las exacciones de oro y objetos preciosos. Finalmente, como algo que pudo parecerle un respiro, vio marcharse a Cortés que

⁴ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 t., introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1955, t. I, p. 259.

partía a hacer frente a otro grupo de forasteros (la gente de Narváez) que, según se decía, habían llegado para quitarle el mando.

Ignoraba tal vez Cacamatzin que la salida de Cortés, en vez de alivio, iba a ser ocasión de males todavía más grandes. Pedro de Alvarado se quedaba de jefe en Tenochtitlan. Triste cosa es hacer recordación de crímenes pero, hablando de Alvarado, evitarlo es imposible. No son sólo los cronistas indígenas de lengua náhuatl y más tarde también los quichés y cackchiqueles quienes lo acusan y recriminan; fueron también compañeros suyos los que en su contra depusieron cuando se le hizo juicio de residencia.⁵ En relación precisamente con esta su primera entrada a Tenochtitlan se le acusó en el mencionado juicio de haber atado por pies y manos a Cacamatzin y haber ordenado que le echaran astillas encendidas y resina de pino derretida hasta que hiciera entrega del oro y los tesoros que tenía, con lo cual, según los mismos declarantes, el príncipe tezcocano estuvo a punto de morir.

El tormento sufrido por Cacamatzin fue sólo preámbulo de su postrer desgracia. Sea cual haya sido la forma como pereció Motecuhzoma, de ella tuvo conocimiento el tezcocano que en ésta debió ver un prenuncio de lo que a él le esperaba. El desenlace no se hizo esperar. Como lo refieren los informantes de Sahagún, Alvarado, aprovechando la ausencia de Cortés, quiso adueñarse por sorpresa de Tenochtitlan. Durante la fiesta de Tóxcatl, en mayo de 1520, tuvo lugar el ataque que todos conocen como “la matanza de templo mayor”.

Se ignora a punto fijo si fue entonces o pocos días después cuando murió asesinado Cacamatzin. En tanto que los cronistas hispanos sostienen que pereció en la huida que antecedió a la Noche triste, los indígenas, entre ellos Tezozómoc, Ixtlilxóchitl y Chimalpain, afirman que murió ahorcado o víctima de 47 puñaladas poco antes de que los hombres de Castilla abandonaran la ciudad. Triste fin de la también desafortunada y breve vida de Cacamatzin, la cual aquí hemos recordado con el propósito de comprender siquiera en parte el sentido más hondo de lo que ha llegado hasta nosotros de su obra poética.

⁵ Véase *Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado, ilustrado con estampas sacadas de los antiguos códices mexicanos y notas y noticias biográficas, críticas y arqueológicas, por D. José Fernando Ramírez. Lo publica paleografiado del manuscrito original el Lic. Ignacio L. Rayón, México, Valdés y Redondas, 1847.*

No es una hipótesis afirmar que Cacamatzin, como su padre y su abuelo, fue también forjador de cantos. Ignoramos ciertamente en qué momento de su rápida vida comenzó el joven tezcocano a aficionarse por la poesía y, sobre todo, a componer cantos. Cabe pensar que desde su misma niñez debió de sentirse atraído al conocer las composiciones de Nezahualcóyotl y las de otros muchos poetas, entre ellas las de su propio padre. Por desgracia, de los muchos o pocos cantares que pudo haber concebido Cacamatzin, conocemos sólo una breve serie que data de los últimos tiempos de su vida.

En el folio 5v del manuscrito náhuatl que se conserva en la Colección Latino Americana, de la Universidad de Texas, hay una anotación acerca de los cantos que enseguida allí se transcriben y que dice lo siguiente: “De Cacamatzin, último rey de Tezcoco, cuando se vido en grandes trabajos acordándose del poder de sus mayores, de su padre y agüelo.”

Cabe preguntarse, ¿a qué “grandes trabajos” o desgracias en las que se vio Cacamatzin se refiere la citada anotación? A nuestro parecer dos son las posibles respuestas: se alude allí a las contiendas con su hermano Ixtlilxóchitl con motivo de la sucesión al trono o quizás a los postreros y más “grandes trabajos” en que se vio Cacamatzin desde el momento en que con Motecuhzoma fue prisionero de los conquistadores. Un rápido análisis de los cantos del tezcocano mostrará por qué preferimos la segunda de las hipótesis propuestas.

Cacamatzin, que tanto padeció al ser electo señor de Tezcoco, da principio a sus cantos expresando muy hondo desengaño: “Que nadie viva con presunción de realeza, el furor, las disputas sean olvidadas, desaparezcan en buena hora sobre la tierra”.

Si a quien combatió con furor por obtener la suprema realeza, ésta ya no le importa, una probable explicación podría encontrarse en la pérdida del reino y en hallarse ya él y Motecuhzoma, su tío, como cautivos de los forasteros poderosos.

En los días de su lucha contra su hermano Ixtlilxóchitl se fiaba Cacamatzin del apoyo de Motecuhzoma. Ahora ya nada puede esperar. Por esto quizás hace extraña y bella alusión a lo que algunos pocos antes le dijeron en el lugar del juego de pelota: “Decían, murmuraban, ¿es posible obrar humanamente, es posible actuar con discreción?”

Y añade el tezcocano: “Yo sólo me conozco a mí mismo. Todos dicen eso, pero nadie dice la verdad en la tierra.” El poema continúa y en él se hace la descripción de una fiesta. En medio de ella irrumpe la lucha. ¿Es alusión a la fiesta de Tóxcatl, cuando Alvarado atacó a los aztecas, lo último que contempló Cacamatzin algunos días antes de su muerte? Comparemos el poema del tezcocano con la relación que de esta fiesta nos dejaron los autores indígenas a quienes hemos atribuido la “visión de los vencidos”. Dicen éstos: “Se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se ensalza un canto con otro y los cantos son como un estrépito de olas”.⁶

Escuchemos ahora las palabras de Cacamatzin: “Resuenan los caracoles [...], llueven las flores, se entrelazan, hacen giros [...] en el lugar donde suenan los tambores preciosos, donde se hacen oír las bellas flautas del dios precioso, del dueño del cielo”.

Los historiadores indígenas recuerdan luego lo que entonces sucedió: “Los hombres de Castilla vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra [...], cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales [...], alancean a las gentes, les dan tajos, con las espadas los hieren [...], la batalla empieza, dardean con venablos, con saetas”.

Y enseguida se deja sentir la reacción de los aztecas: “Cual si fuera capa amarilla las cañas de los dardos sobre ellos tienden”.

Cacamatzin por su parte nos da la que bien puede ser imagen de los mismos hechos: “Envuelve la niebla los cantos del escudo, sobre la tierra cae lluvia de dardos, con ellos se oscurece el color de todas las flores, con escudos de oro allá se hace la danza”.

Y tal vez porque supo ya de la muerte de Motecuhzoma y sintió que la suya estaba cercana, Cacamatzin hace un último recuerdo de su padre y de su abuelo, Nezahualpilli y Nezahualcóyotl. Con la conciencia de quien presiente un fin inescapable y próximo, Cacamatzin termina así la tristeza de su canto: “¿Soy acaso escudo de turquesas, una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado [...]? ¿Con mantas finas seré amortajado? Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales, de ellos yo aquí me acuerdo.”

⁶ *Visión de los vencidos...*, p. 81.



“Con ellos se obscurece el color de las flores, hay truenos en el cielo [...]”, *Códice de Durán*, lám. 29, tomado de *Visión de los Vencidos*. Dibujo de Alberto Beltrán

Si el poema de Cacamatzin fue concebido, según nuestra hipótesis, en los más que grandes trabajos en que se vio poco antes de morir, habrá que añadir que no es inverosímil que alguno de los muchos acompañantes que tuvo hasta el fin a su lado, haya conocido y memorizado este texto, rescatándolo así del olvido y haciendo posible que llegara hasta nosotros. Sea de esto lo que fuere, los cantos tristes de Cacamatzin son postrer reflejo de su alma de poeta y de la trágica desgracia que fue la agonía de una cultura que estaba ya condenada a muerte.

CACAMATZIN ICUIC

In antocnihuané,
tla oc xoconcaquican:
ma ac azo ayac in tecunenemi.
Cualanyotl, cocolotl,
ma zo ilcahui,
ma zo pupulihui,
yeccan tlalticpac.

No zan noma nehuatl,
nech on itohua in yalhua,
tlachco on catca,
conitohua, conilhuiya:
¿Ach quen tlatlaca?
¿Ach quen tlatlamati?
Ac zan ninomati.
Mochi conitohua,
am in anel in tlatohua tlalticpac.

Ayahuiztli moteca,
ma quiquiztla in ihcahuaca,
nopan pani tlalticpac.
Tzetzelihui, mimilihui, yahualihui xochitli,
ahuiyaztihuizt in tlalticpac.

O ach, yuhqui nel ye ichan,
totatzin ai,
ach in yuhqui xoxopan in quetzalli,
ya xochitica on tlacuilohua,
tlalticpac ye nican ipalnemohuani.
Chalchiuh teponaztli mimilintocan,
on chalchiuhtlacapitzohuayan,
in itlazo teotl, a in ilhuicahua,
ihui quecholicozcatl
huihuitolihui in tlalticpac.

CANTOS DE CACAMATZIN

Amigos nuestros,
escuchadlo:
que nadie viva con presunción de realeza.
El furor, las disputas
sean olvidadas,
desaparezcan
en buena hora sobre la tierra.

También a mí solo,
hace poco me decían,
los que estaban en el juego de pelota,
decían, murmuraban:
¿Es posible obrar humanamente?
¿Es posible actuar con discreción?
Yo sólo me conozco a mí mismo.
Todos decían eso,
pero nadie dice verdad en la tierra.

Se extiende la niebla,
resuenan los caracoles,
por encima de mí y de la tierra entera.
Llueven las flores, se entrelazan, hacen giros,
vienen a dar alegría sobre la tierra.

Es en verdad, tal vez como en su casa,
obra nuestro padre,
tal vez como plumajes de quetzal en tiempo de verdor,
con flores se matiza,
aquí sobre la tierra está el Dador de la vida.
En el lugar donde suenan los tambores preciosos,
donde se hacen oír las bellas flautas,
del dios precioso, del dueño del cielo,
collares de plumas rojas
sobre la tierra se estremecen.

Cuicachimal ayahui,
tlacoch quiyahui tlalticpac,
in nepapan xochitli on yohuala ica,
ya tetecuica in ilhuicatl.
Teocuitla chimaltica
ye on netotilo.

Zan niquitohua,
zan ni Cacamatzin,
zan niquilnamiqui
in tlatohuani Nezahualpilla.
¿Cuix on motta,
cuix om monotza
in Nezahualcoyotl
huehuetitlan?
Ni quim ilnamiqui.

¿Ac nel ah yaz?
¿In chalchihuitl, teocuitlatl,
mach ah ca on yaz?
¿Cuix nixiuhchimalli,
oc ceppa nozaloloz?
¿In niquizaz?
¿In ayatica niquimilolo?
Tlalticpac, huehuetitlan,
¡niquim ilnamiqui!⁷

⁷ *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 5v-6r.

Envuelve la niebla los cantos del escudo,
sobre la tierra cae lluvia de dardos,
con ellos se oscurece el color de todas las flores,
hay truenos en el cielo.
Con escudos de oro
allá se hace la danza.

Yo sólo digo,
yo, Cacamatzin,
ahora sólo me acuerdo
del señor Nezahualpilli.
¿Acaso allá se ven,
acaso allá dialogan
él y Nezahualcóyotl
en el lugar de los atabales?
Yo de ellos ahora me acuerdo.

¿Quién en verdad no tendrá que ir allá?
¿Si es jade, si es oro,
acaso no tendrá que ir allá?
¿Soy yo acaso escudo de turquesas,
una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado?
¿Volveré a salir sobre la tierra?
¿Con mantas finas seré amortajado?
Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales,
de ellos yo me acuerdo.

POETAS DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

*En el lugar de los dardos de colores,
de los escudos pintados,
es Tenochtitlan [...].
Abren aquí sus corolas
las flores del Dador de la vida.*

Cantares mexicanos, f. 18r.



Glifo de Tenochtitlan

TOCHIHUITZIN COYOLCHIUHQUI

POETA, HIJO DE ITZCÓATL Y SEÑOR DE TEOTLALTZINCO*

Es cierto que fue sobre todo en Tezcoco donde más vigorosamente floreció el pensamiento de los sabios y poetas seguidores de la doctrina de la flor y el canto. Bastaría con recordar los bien conocidos nombres de Nezahualcóyotl, Cuacuauhtzin, Nezahualpilli y Cacamatzin, cuyas creaciones poéticas permiten ya entrever la hondura y el verdadero sentido humano de su pensamiento. En contraposición con la más frecuente actitud espiritualista y de reflexión muchas veces filosófica, tan frecuente entre los sabios y poetas de Tezcoco, parece obvio suponer que en la capital azteca, en México-Tenochtitlan, el pensamiento y la poesía giraron siempre alrededor de los temas bélicos tan preferidos por quienes se tenían a sí mismos como el pueblo escogido del sol. Esto es verdad pero sólo a medias, como lo veremos al tratar de Tochiuhuitzin Coyolchihuiqui, el sabio azteca que supo dejarnos la versión náhuatl de ese tema universal que es concebir la vida como un sueño.

Tochiuhuitzin fue contemporáneo de Nezahualcóyotl. Gracias a los *Anales de Cuauhtitlan* sabemos que fue uno de los varios hijos de Itzcóatl, supremo gobernante azteca a quien tocó hacer frente a la agresión de los tecpanecas de Azcapotzalco hasta cimentar, no sólo la plena independencia de su pueblo, sino también la raíz de su grandeza.¹ El historiador de origen azteca Fernando de Alvarado Tezozómoc refiere en su *Crónica mexicáyotl* un episodio en el que aparece actuando Tochiuhuitzin precisamente en los días de la lucha contra los tecpanecas. En el año 5-Caña que correspondió al de 1419, Tochiuhuitzin con varios hermanos suyos ayudó a salvar a Nezahualcóyotl que estaba a punto de

* Nació a fines del siglo XIV y falleció a mediados del XV.

¹ *Anales de Cuauhtitlan*, en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, f. 36.

caer en manos de sus enemigos, los de Azcapotzalco. En ese año había sido asesinado Ixtlilxóchitl, el padre de Nezahualcóyotl y la vida del príncipe tezcocano se encontraba también en peligro. Gracias a la intervención de su fiel servidor Coyohua de Teopiazco y de Tochiuhuitzin y sus hermanos, Nezahualcóyotl recibió asilo al lado de los aztecas.

Aunque no puede precisarse la edad que tenía Tochiuhuitzin al tomar parte en este episodio, hay otro hecho consignado en la *Crónica mexicáyotl* que ayudará a esclarecer este punto. Refiere allí Tezozómoc que Tochiuhuitzin contrajo matrimonio con una de las hijas del célebre consejero Tlacaélel, de nombre Achihuapoltzin.² Si esto ocurrió probablemente poco después de la participación de Tochiuhuitzin en el rescate de Nezahualcóyotl, bien puede concluirse que hacia 1419 no debía tener más de 25 años. La fecha de su nacimiento debe pues situarse a fines del siglo XIV.

Nada tiene de inverosímil pensar que, así como Tochiuhuitzin tuvo parte en el rescate de Nezahualcóyotl, también debió actuar en otras ocasiones durante la guerra contra Azcapotzalco. Al lado de su padre Itzcóatl y de su suegro, el sagaz y poderoso Tlacaélel, y colaborando también probablemente con su tío, el joven Motecuhzoma Ilhuicamina, Tochiuhuitzin contribuyó como guerrero a la victoria que había de llegar a ser principio de la grandeza de la nación azteca. Muy probablemente como recompensa a su valor lo encontramos años más tarde, según otro testimonio de la misma *Crónica mexicáyotl*, como señor de Teotlaltzinco, pueblo vecino de la región de Huexotzinco, en las estribaciones orientales del Iztaccíhuatl.³ Allí vivió Tochiuhuitzin en compañía de su esposa, la hija de Tlacaélel y allí fue también probablemente donde pudo consagrar algún tiempo a sus meditaciones y creaciones poéticas.

Desgraciadamente no sabemos más acerca de la vida de Tochiuhuitzin. Ignoramos cuáles fueron sus actuaciones como gobernante y desconocemos también la forma y la fecha de su muerte, la cual verosímilmente tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XV. El sobrenombre de Coyolchiuhqui que recibió, y que significa “hacedor de

² Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia/Instituto de Antropología e Historia, 1949, p. 127.

³ *Loc. cit.*

“cascabeles”, puede aludir o a que haya practicado este oficio en su juventud, o de manera metafórica, a sus dotes de forjador de cantos. Por lo menos en una ocasión se le recuerda, junto con otros poetas famosos de la región de Huexotzinco, en uno de los cantares anónimos de la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.

En ese mismo manuscrito se incluyen dos breves composiciones que se atribuyen a Tochiuitzin. En ellas, “el hacedor de cascabeles” se nos muestra como un genuino *tamatini*, sabio preocupado por dar un sentido más hondo a la existencia. El primero de estos poemas es original apuntamiento al tema de la vida concebida como un sueño. Tochiuitzin logra un feliz paralelo: en la tierra sólo hemos venido a soñar y este sueño bien pronto se acaba; nuestro ser es como la yerba, nuestro corazón da flores, pero también muy pronto éstas se secan. Conjugando concisión con hondura de pensamiento, Tochiuitzin alude en el segundo de sus poemas a la metáfora de flor y canto. Los sabios y los príncipes viven el canto y entreabren el misterio de la flor. Tochiuitzin sólo entreteje la grama; los sartaes de flores, a cuyo lado viven los sabios, caen muy lejos de él.

Estos dos únicos ejemplos que tenemos de lo que debió haber sido la obra de Tochiuitzin, “el hacedor de cascabeles”, justifican ya la inclusión de su nombre entre los de los más célebres *cuicapicque*, forjadores de cantos, del mundo náhuatl prehispánico.

ZAN TONTEMIQUICO

In ic conitotehuac in Tochiuitzin;
in ic conitotehuac in Coyolchiuhqui:
 Zan tocochtlehuaco,
 zan tontemiquico,
 ah nelli, ah nelli
 tinemico in tlalticpac.
 Xoxopan xihuitl ipan
 tochihuaca.
 Hual cecelia, hual itzmolini in toyollo
 xochitl in tonacayo.
 Cequi cueponi,
 on cuetlahuia.
In conitotehuac in Tochiuitzin.⁴

CUICATL ANYOLQUE

Cuicatl anyolque,
xochitl ancueponque,
antepilhuan,
ni zacatimaltzin, in Tochiuitzin,
ompa ye huitze
xochimecatl.⁵

⁴ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 15r.

⁵ *Cantares mexicanos...*, f. 15r.

VINIMOS A SOÑAR

Así lo dejó dicho Tochiuitzin,
así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:
De pronto salimos del sueño,
sólo vinimos a soñar,
no es cierto, no es cierto,
que vinimos a vivir sobre la tierra.
Como yerba en primavera
es nuestro ser.
Nuestro corazón hace nacer, germinan
flores de nuestra carne.
Algunas abren sus corolas,
luego se secan.
Así lo dejó dicho Tochiuitzin.

VIVISTEIS EL CANTO

Vivisteis el canto,
abristeis la flor,
vosotros, oh príncipes,
yo, Tochiuitzin, soy tejedor de grama,
el sartal de flores
por allá cae.

AXAYÁCATL

POETA Y SEÑOR DE TENOCHTITLAN*

No sólo Tezcoco tuvo algunos de sus mejores poetas entre sus reyes y gobernantes. También Tenochtitlan conoció la inclinación a la poesía como atributo de más de un *tlatoani* o supremo señor. Es cierto que la gran mayoría de los cantares netamente aztecas que se conservan han de atribuirse a autores para nosotros anónimos. Pero también es verdad que conocemos los nombres y algunos rasgos de las vidas de los más famosos forjadores de cantos del Pueblo del sol. Gracias a ello hemos tratado ya de la obra poética del sabio Tochiuhitzin Coyolchiuhqui, “el hacedor de cascabeles”, descendiente de Itzcóatl y más adelante hablaremos también de Macuilxochitzin, la poetisa, hija del gran consejero Tlacaélel, así como del “cantor de la amistad”, el famoso guerrero Temilotzin. Y no son éstos los únicos. Se conservan los nombres de otros cuantos poetas, asimismo de Tenochtitlan, como Teoxímac y Nohnohuiatzin.

Volviendo a quienes alcanzaron el rango de supremo señor o *tlatoani*, se dice en las fuentes que fueron forjadores de cantos: Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayácatl, Ahuízotl, así como el desafortunado Motecuhzoma II, Xocoyotzin. De entre ellos nos ocuparemos aquí de Axayácatl, de quien se conservan dos poemas particularmente bellos, el primero, recordación de los ancestros, y canto triste el segundo, tras la única derrota que conocieron los aztecas en los días de su esplendor.

Nos dice el historiador Chimalpain que Axayácatl fue hijo del príncipe azteca Tezozomoczin y de una señora de Tlacopan llamada Huitzilxochitzin.¹ Sus padres, conviene subrayarlo, no fueron reyes de

* Nació hacia el año 9-Casa (1449) y murió en el 2-Casa (1481).

¹ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Anales. Sixième et septième relations (1258-1612)*, publicación y traducción de Rémi Siméon, París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889, p. 108.

Tenochtitlan. Tezozomoc, que era descendiente de Itzcóatl, aunque no fue *tlatoani*, tuvo en cambio tres hijos que sí llegaron a serlo, Axayácatl, Tízoc y Ahuízotl. Y curiosamente, como lo nota el cronista azteca Alvarado Tezozómoc, siendo Axayácatl el más joven, fue el primero en alcanzar la suprema dignidad, gracias a la insistencia del poderoso y ya anciano consejero Tlacaélel.²

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de Axayácatl, aunque podemos conjeturarla si recordamos que a lo largo de su vida se repite siempre, aún pocos años antes de su muerte, como en el caso de la guerra contra los matlatzincas en 1474, que era “mozo y de poca edad”.³ Si pudo tener entonces escasos 25 años, cabe decir que debió haber nacido hacia el año 9-Casa, o sea hacia el de 1449.

La elección de Axayácatl como *tlatoani* de los aztecas tuvo lugar en 1468. A juicio de Tlacaélel, y contándose con el parecer de Nezahualcóyotl, se confiaba así el mando supremo a un “mancebo valeroso”,⁴ de quien podía esperarse lo mejor. No pensaron esto mismo sus hermanos mayores, Tízoc y Ahuízotl, los que bien pronto hicieron público su descontento, según lo consigna Alvarado Tezozómoc: “Ellos, los hermanos mayores, en nada estimaban a Axayácatl, el menor, y hacían menosprecio de las conquistas de los mexicas en cualquier sitio, cuando Axayácatl las acometía y cautivaba en ellas prisioneros [...]. Y decían, ¿acaso es verdaderamente un hombre Axayácatl? ¿Acaso sabe hacer cautivos en la guerra?”⁵

Pero, como el mismo cronista azteca lo afirma a continuación, “aunque Axayácatl era el menor, fue sin embargo un gran guerrero que había vencido a los huexotzincas. Por eso a él se le eligió para gobernar primero [...] aquí en Tenochtitlan”.⁶

A lo largo de los trece años de su reinado pudo Axayácatl desvanecer con hechos las intrigas de sus hermanos y confirmar la opinión de “mancebo valeroso” que de él habían tenido Tlacaélel y Nezahualcóyotl. En

² Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed. de José María Vigil, México, Leyenda, 1944, p. 174-175.

³ Fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme*, 2 v. y un atlas, México, José F. Ramírez, 1867-1880, v. I, p. 275.

⁴ *Ibidem*, p. 255.

⁵ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana...*, p. 115-116.

⁶ *Ibidem*, p. 116-117.



Axayácatl frente a la representación simbólica de algunas de sus conquistas: Témalacan (?), Tlatelolco con la fecha 5-Lluvia, Ocuillan, *Códice Azcotitlan*, lám. XIX

tres guerras verdaderamente importantes para la nación azteca había de participar Axayácatl, la primera contra sus vecinos de Tlatelolco, la segunda con los matlatzincas de la región de Toluca y la última contra los purépechas de Michoacán. Y si bien es cierto que en la última Axayácatl hubo de conocer la derrota, en todas actuó siempre con inteligencia de esforzado capitán. Una breve recordación de estas tres campañas emprendidas por Axayácatl, así como de otros hechos que hablan de su sentido religioso y de su afición por las artes, ayudará a conocer un poco más la fisonomía espiritual de este *tlatoani* azteca que también llegó a situarse entre los poetas más distinguidos del Pueblo del sol.

Vieja era la rivalidad que existía entre Tenochtitlan y la que llamaremos “ciudad gemela” del vecino islote de Tlatelolco. Al tiempo de la elección de Axayácatl, gobernaba Tlatelolco Moquihuixtli, el cual, entre otras cosas, era cuñado del nuevo señor de los aztecas. Pero si en algunos casos la relación de parentesco puede tener sus ventajas, en éste vino a ser principio de nuevas dificultades y finalmente ocasión de una guerra declarada.

Abundante información encontramos en las historias indígenas acerca de los motivos que hicieron abortar las antiguas rencillas de los

pueblos hermanos de Tenochtitlan y Tlatelolco. A Moquihuitli se le había hecho imposible la vida en compañía de Chalchiuhnenetzin, su esposa, hermana de Axayácatl. Tenía ésta a sus ojos no pocos defectos, entre otros, un tan mal aliento que volvía insoportable cualquier contacto con ella. Consecuencia de esto fue que el señor tlatelolca afrentara de continuo a la reina y buscara sin recato solaz con sus numerosas concubinas. Ofendida Chalchiuhnenetzin, cada vez hacía llegar con más frecuencia sus quejas a su hermano Axayácatl. Motivo agravante fue también por ese tiempo, como lo refiere Durán, que “unos mancebos traviosos”, hijos de principales aztecas, después de trabar amistad en el mercado de México con doncellas de Tlatelolco, al acompañarlas de regreso a su casa, “las trataron con mucha deshonestidad, violándolas la puridad y entereza de sus personas”.⁷

En el año 7-Casa (1473), la guerra contra Tlatelolco fue un hecho. Siguiendo el consejo de Tlacaélel y asistido por otros capitanes, Axayácatl se puso al frente de las huestes aztecas. La lucha se decidió bien pronto. Huyeron los tlatelolcas y Moquihuitli con su lugarteniente Tecónal se refugió subiendo a lo más alto del templo de su ciudad. Hasta allí les dio alcance Axayácatl y “entrando osadamente [...] los mató y sacó arrastrando y echó por las escaleras abajo del templo”.⁸ La victoria de Axayácatl trajo consigo la incorporación total de Tlatelolco, que se convirtió en una porción más de México-Tenochtitlan.

Poco tiempo después, hacia 1476, se le presentó a Axayácatl nueva ocasión de demostrar su valor. Cierto es que para ello hubo de interrumpir otras formas de actividad que mucho le interesaban. Las antiguas doctrinas religiosas, la poesía y la ciencia del calendario, que le eran ya familiares desde sus días de estudiante en el *calmecac*, seguían cautivando su atención. El mismo Durán nos dice que, poco antes de la guerra contra los matlatzincas, Axayácatl “estaba ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de meses y años, días y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver”.⁹ Y además de seguir así muy de cerca el trabajo de los canteros que estaban por terminar la que hoy conocemos como “piedra

⁷ Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. 1, p. 256.

⁸ *Ibidem*, p. 269.

⁹ *Ibidem*, p. 272.

de sol”, no es inverosímil suponer que, escapándose de otras tareas inherentes a su cargo, consagrara algunas horas a su afición por la poesía. Es posible que al menos uno de los poemas que de él se conservan, aquel en el que hace recordación de su padre y de otros antepasados ilustres, fuera compuesto por Axayácatl durante este tiempo.

Pero la obligación de la guerra, misión del Pueblo del sol que tenía por destino ensanchar los dominios de Huitzilopochtli y mantener con el líquido precioso de la vida del astro de quien dependía la existencia de la edad presente, movió una vez más a Axayácatl a ponerse al frente de sus ejércitos. Sin detenernos aquí en los pormenores de la guerra contra los matlatzincas, diremos únicamente que en ella quedaron de nuevo victoriosos los aztecas guiados por Axayácatl. Sólo que esta vez, al conquistar el triunfo, Axayácatl recibió grave herida en un muslo. Este episodio, en cierto modo trivial, dio sin embargo tema a la poetisa azteca Macuilxochitzin que, al recordarlo, supo destacar asimismo el valor de Axayácatl de quien afirma que “las flores del águila quedaron en sus manos”, ya que él “por todas partes hizo conquistas”.

Se conserva también otra anécdota de esta guerra que ofrece buen testimonio, tanto de la modestia de Axayácatl como de su hondo aprecio por el arte del bien decir. Estando ya para comenzar la batalla contra los matlatzincas, pidieron varios capitanes aztecas a Axayácatl que les hiciese una plática y arengase a las tropas. El joven señor, perdida tal vez la paz interior ante la lucha inminente y con conciencia clara del valor de la palabra en momento tan decisivo, encargó a varios ancianos que en su nombre hicieran llegar su pensamiento a los guerreros. He aquí el testimonio del cronista que refiere a este episodio: “Los más principales generales de los ejércitos pidieron al rey Axayácatl que hiciese una plática a todo el ejército, el cual, como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacella, e encomendó a los viejos ancianos que de su parte lo hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacía la plática, por dar autoridad a su palabra les dijo [...]”.¹⁰

En el recuerdo del pueblo quedó así aunada la modestia de Axayácatl con su triunfo sobre las fuerzas matlatzincas. Las celebraciones de

¹⁰ *Ibidem*, p. 275.



Axayácatl durante la guerra contra Tlatelolco, en la que mejor que nunca tuvo ocasión de mostrar su valor, *Atlas de Durán*, lám. X

la victoria habrían de regocijar todavía más a Tenochtitlan. Con renovado entusiasmo el ya muy viejo consejero Tlacaélel concibió entonces la idea de emprender otra conquista que tenía él por de suma importancia. Era necesario someter a las gentes de Michoacán y, con los cautivos que de allí habían de traerse, podría inaugurarse al fin el recinto donde debía colocarse la piedra del sol, obra en la que tanto empeño había puesto Axayácatl.

Hacia 1478, Axayácatl y sus aliados con un ejército que, según las crónicas, estaba formado por 24 000 hombres, marcharon con rumbo al occidente, hacia la región poblada por los renombrados purépechas. Según el historiador Chimalpain, quien dicho sea de paso sitúa esta guerra como anterior a la emprendida contra los matlatzincas, Axayácatl, al frente de sus hombres, hizo esta vez uso de la palabra y les dijo:

Ahora nos acercamos a Michoacán,
sobre ellos han caído,
habrán de caer los viejos guerreros aztecas,
allá vendrán a exponerse al peligro,
vendrán a terminar la obra los viejos águilas,

el guerrero,
 el águila experimentada,
 el Huitznáhuatl,
 la antigua nobleza.¹¹

Situados ya los aztecas en territorio enemigo, descubrieron por sus espías que el ejército de Michoacán era en realidad más poderoso puesto que tenía cerca de 40 000 hombres. Lo imprevisto, pero también ya inevitable, sucedió entonces. Los aztecas “acometieron a los tarascos, y fue tan sin provecho la remetida, que como moscas, dice la historia, que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada”.¹²

Triste fue esta vez el regreso a Tenochtitlan. La descripción que dejaron los cronistas indígenas, tanto de la llegada de los sobrevivientes derrotados, como de las exequias y otras ceremonias religiosas que tuvieron entonces lugar, es ciertamente dramática: “Los viejos comenzaron a cantar, y todos atados y trenzados los cabellos, con cueros colorados, señal de tener tristeza por su capitán, y como buenos soldados y amigos, hacían aquel sentimiento, ayudando con lágrimas a las mujeres, hijos y parientes”.¹³

Cierto es que Axayácatl fue confortado y consolado por los sacerdotes, los nobles y los ancianos y muy en especial por Tlacaélel. Mas no por esto se apaciguó su dolor que bien hondo se muestra en el otro poema que de él conocemos, compuesto, a lo que parece, poco tiempo después de su regreso a Tenochtitlan. En el manuscrito de *Cantares* en el cual se incluye, aparece esta anotación por demás clara: “Lo hizo cantar el señor Axayácatl cuando no pudo conquistar a los de Michoacán, sino

¹¹ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Cuarta relación, en Diferentes historias originales de los reynos de Culhuacan, y México, y de otras provincias*, traducción y explicación de Ernst Mengin, Hamburgo, 1950 (Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, XII), f. 101r.

¹² Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. I, p. 291.

¹³ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana...*, p. 233.

que se regresó de Tlaximaloyan, porque no sólo murieron muchos capitanes y guerreros, sino que muchos se fueron huyendo”.¹⁴

Con la modestia que ya conocemos y en medio de su abatimiento al componer este cantar, pidió Axayácatl a un anciano le ayudara a hacerlo puesto que él desconfiaba de su propia capacidad como poeta. *Huehucuícatl*, “Canto de ancianos”, se tituló su obra. En ella, si bien se eleva el llanto por la derrota, se hace también exhortación a los guerreros valientes para que recobren el ánimo y recuerden que, quienes son conquistadores de tiempos antiguos, deben ya volver a la vida y al triunfo.

Algunos años sobrevivió Axayácatl a este infausto suceso. En ellos tuvo ocasión de alcanzar triunfos menores como el que logró contra las gentes de la región poblana de Tliluhquitepec. De gran satisfacción debió serle también contemplar la solemne ceremonia que se hizo al inaugurar al fin la piedra del sol. Pero, la tragedia de esa derrota, la única conocida por el pueblo de Huitzilopochtli así como las murmuraciones e intrigas que ésta volvió a despertar, habían afligido en tal forma a Axayácatl, que nunca pudo ya recuperarse del todo. Poco después, hacia el año de 1480, Axayácatl cayó gravemente enfermo.

Sintiendo cercana su muerte, ordenó entonces se esculpiesen en las peñas de Chapultepec, tanto la efigie de Motecuhzoma Ilhuicamina como la suya propia. Y refiere Durán que, concluidas éstas el año siguiente, 2-Caña (1481): “Se hizo llevar a ver su estatua y a la vista de los señores se despidió de todos sintiéndose muy al cabo. Y dice la historia que no pudo tornar a México vivo y que murió en el camino en las mismas andas que le traían. Murió mozo y de muy poca edad. Reinó trece años, y antes que muriese, murió Nezahualcóyotl, señor y rey de Tezcucó”.¹⁵

Quizás como único consuelo en sus últimos días pudo tener Axayácatl alguna vaga presunción de que entre sus varios hijos, al menos alguno habría de llegar al rango supremo de *tlatoani*. Sabemos que inmediatos sucesores suyos fueron sus hermanos mayores Tízoc y Ahuizotl, los que tanto habían murmurado de él. Pero, al fin, no uno sino

¹⁴ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 73v.

¹⁵ Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. I, p. 302.

dos de sus hijos llegarían a sucederle y por cierto en circunstancias más dramáticas aún que las que trajo consigo la derrota en Michoacán. A Motecuhzoma II y a Cuitláhuac, hijos de Axayácatl, tocaría contemplar los últimos días de grandeza de la nación azteca.

Ya hemos mencionado cuáles fueron las probables circunstancias en las que compuso Axayácatl los dos poemas que se le atribuyen en las fuentes indígenas. Cantos de recordación son ambos. A través de ellos puede vislumbrarse algo del alma de Axayácatl, el joven *tlatoani* que no alcanzó a cumplir 40 años. Quizás ante los ataques de sus hermanos mayores que lo increpaban por ser joven, quiso él ahondar en el pasado, vinculándose con plena conciencia al tronco de sus ancestros.

“Quienes antes estuvieron con nosotros”, nos dice, en el primero de sus poemas, “viven ahora en la región del color rojo”, en donde existe el saber. Grande fue Itzcóatl, el vencedor de las gentes de Azcapotzalco. “Eras festejado, divinas palabras hiciste”, exclama Axayácatl, pero “a pesar de ello, has muerto”. Ancianos y jóvenes, todos marchan “a la región donde de algún modo se existe”. El Dador de la vida “a nadie hace resistente sobre la tierra”. También Motecuhzoma, el abuelo de Axayácatl, al igual que el sabio Nezahualcóyotl y Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, “nos dejaron huérfanos”. Y aludiendo más tarde a su propio padre, el príncipe Tezozomocli, y como dirigiendo esto a sus propios hermanos, Tízoc y Ahuízotl, repite Axayácatl que también él “nos abandonó” y que por ello “a solas da salida a su pena”.

Si nada hay estable en la tierra, si los señores y los príncipes, quienes en verdad fueron grandes y fuertes, “han dejado huérfanos a la gente del pueblo, a las ciudades”, ya no parece tan extraña la inquietud y el temor. ¡Si al menos los nuevos gobernantes pudieran consultar a quienes ya se han marchado! Frente al misterio de la desaparición de los hombres, lo único que queda es esforzarse y volver sobre sí mismo para encontrar el camino aquí sobre la tierra.

Las preguntas finales de este primer poema de Axayácatl, que sin duda recuerdan las de otros muchos forjadores de cantos del mundo náhuatl, si son testimonio de tristeza, son también prueba del hondo sentido de reflexión alcanzado por algunos de los sabios del México antiguo: “¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber? Por esto yo a solas doy salida a mi pena”.

“Canto de los ancianos” se titula la segunda composición que nos dejó Axayácatl. Ya vimos antes que, tras la derrota sufrida por los aztecas en su intento de someter a los señores de Michoacán, Axayácatl compuso un cantar ayudado por un anciano poeta. Con el propósito de hacer confesión del fracaso y recordación triste de los capitanes y guerreros que allí perecieron, se une la exhortación a recobrar el ánimo y la palabra dirigida a “los conquistadores de tiempos antiguos que deben volver a vivir”.

Valiéndose de la misma metáfora que usó Nezahualpilli en su poema acerca de la guerra, también Axayácatl compara a ésta con la embriaguez: “Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyáhuac [...]. ¡Vinimos a quedar embriagados!”

Dramática es la imagen de la derrota, más que hondamente sentida por los aztecas ya que fue la única que conocieron en los tiempos prehispánicos: “Cuando vieron que sus guerreros ante ellos huían, iba reverberando el oro y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban, ¡que no os hagan prisioneros! ¡Que no sea a vosotros, daos prisa!”

Pero volviendo sobre sí mismo, el gran señor de Tenochtitlan exclama entonces: “Yo el esforzado en la guerra, yo Axayácatl, ¿caso cuando sea viejo, se dirán estas palabras de mis príncipes águilas [...]? Estoy abatido, soy despreciado, estoy avergonzado”.

Axayácatl fue hombre de rostro y corazón doblemente atormentado. En el primero de sus poemas confesó incertidumbre y angustia frente al enigma de la región de los muertos. Ahora aparece afligido por el desastre de la batalla que habrá de dar mucho que decir a sus antiguos rivales, sus propios hermanos. Pero si Axayácatl conoció la amargura de la angustia, en el recuerdo de sus antepasados encontró siempre nuevo ánimo. Así exclama: “Sobre la estera de las águilas, sobre la estera de los tigres, es exaltado vuestro abuelo Axayácatl [...]. Aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos, con ellos dimos gloria a nuestras gentes”.

Y finalmente, como si se recomiera en su interior y encontrara la solución a sus preocupaciones en una cierta manera de escepticismo burlón, concluye el poema con estas palabras: “Por esto yo me río, yo, vuestro abuelo Axayácatl, de vuestras armas de mujer, de vuestros escudos de mujer [...]. ¡Conquistadores de tiempos antiguos, volved a vivir!”

El rápido análisis de los dos poemas de Axayácatl permitirá quizás apreciar algo de lo que fue la trama interior de la vida del joven *tlatoani*, que encontró en el mundo de la flor y el canto atinada forma de expresión a sus dudas, a sus angustias y ambiciones. Si como gobernante de la nación azteca pasó por propio derecho a la historia, como poeta ha de incluirse también en la serie de los grandes maestros de la palabra nacidos en México-Tenochtitlan.

YCUIC AXAYACATZIN, MEXICO TLATOHUANI

Zan nican temoc y xochimiquiztli tlaplan,
aci yehua ye nican,
in tlapalla quichihuan,
tonahuac onoque.
Choquiztlehuatiuh,
yece ye oncan nepan netlazalo,
ylhuicatl ytic cuicachocoa,
ica huiloan quenonamican.

Zan tonilhuizolon,
teotlatollin ticchiuh,
zan can timomiquili in itech.
In coloztetlayocotli, teicnotlamachti.
Ticchiuh.
¿O ach anca oquitto in tlacatl?
Aya in mahmana, tlatzihui.
Ayac quiyocoyan Ipalnemoa.
¿Choquizilhuitl, in yehua ya yxayoilhuitl!
Huallaocoya moyollo.
¿Zan nel ocpa huitze teteuctin?
Zan niquimonilnamiqui in Itzcoatl,
notlayocol itech aci a noyol.
¿O ach anca ciahui,
ontlatzihui in yehuan chane,
in Ipalnemoa?
O ayac tlaquahuac quichihuan talticpac.
¿Zan nelpan tonyazque?
Notlayocol itech aci a noyol.

Y e onetocoto,
ohuiloa ca.
In tepilhuan, in tlatoanime, teteuctin,
tehyaicnoocauhtehuaque.
¡Mayan tlayocoxti, o antepilhuan!

CANTO DE AXAYÁCATL, SEÑOR DE MÉXICO

Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,
se acerca ya aquí,
en la Región del color rojo la inventaron
quienes antes estuvieron con nosotros.
Va elevándose el llanto,
hacia allá son impelidas las gentes,
en el interior del cielo hay cantos tristes,
con ellos va uno a la región donde de algún modo se existe.

Eras festejado,
divinas palabras hiciste,
a pesar de ello has muerto.
El que tiene compasión de los hombres, hace torcida invención.
Tú así lo hiciste.
¿Acaso no habló así un hombre?
El que persiste, llega a cansarse.
A nadie más forjará el Dador de la vida.
¡Día de llanto, día de lágrimas!
Tu corazón está triste.
¿Por segunda vez habrán de venir los señores?
Sólo recuerdo a Itzcóatl,
por ello la tristeza invade mi corazón.
¿Es que ya estaba cansado,
venció acaso la fatiga al Dueño de la casa,
al Dador de la vida?
A nadie hace él resistente sobre la tierra.
¿Adónde tendremos que ir?
Por ello la tristeza invade mi corazón.

Continúa la partida de gentes,
todos se van.
Los príncipes, los señores, los nobles
nos dejaron huérfanos.
¡Sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Mach oc hualquinehua,
mach oc hualilotihua
can ompa ximoa?
¿In cuix oc techmatiquih
in Moteuczomatzin, in Nezahualcoyotzin, Totoquihuatzí?
Techyiaicncauhtehuazque,
jtlayocoxti, o antepilhuan!

¿Zan on in nemia noyollo?
In ni Axayaca za niquiyatemoa,
in techcahuaco in Tezozomocitli,
notlayocol a noconayaihtoá yan zayio.
O anca in mahcehual, atloyantepetl,
huiya a inoquitquico in teteuctin,
in concauhtehuaque.
¿O ach acoc necehuiz?
¿Ach acoc huitz?
¿nechonmatiquih?
Notlayocol a noconayaihtoá yan zayio.¹⁶

¹⁶ *Cantares mexicanos...*, f. 29v-30r.

¿Acaso vuelve alguien,
acaso alguien regresa
de la región de los descarnados?
¿Vendrán a hacernos saber algo
Motecuhzoma, Nezahualcóyotl, Totoquiuhatzin?
Nos dejaron huérfanos,
¡sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Por dónde anda mi corazón?
Yo, Axayácatl, los busco,
nos abandonó Tezozomocli,
por eso yo a solas doy salida a mi pena.
A la gente del pueblo, a las ciudades,
que vinieron a gobernar los señores,
las han dejado huérfanas.
¿Habrás acaso calma?
¿Acaso habrán de volver?
¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber?
Por eso yo a solas doy salida a mi pena.

HUEHUE CUICATL

Techtlahuancanotzque in Michhuacan, in Zamacoyahuac,
tihuitzmanato ye timexica:

¡Tihihuintique!

¿Quen man inticauhque in quauhuehuetzin, yaotzin?

¿Quen mach in mochiuhque in mexica,
in huehuetque xoxocomique?

¡Aocac quittoa in ye tiquinquequeza ilamatzitzin!

¡Chimalpopoca! ¡ni Axayaca!

Ye ticauhque in amocolton Cacamaton

Tlahuanoyan nontlacactica in amocolton.

Mononotztoque quauhuehuetque,

in Tlacaelel, Cahualtzin,

quilmach acanihque iachcahua,

cancauhtiquizque teuhthli Michhuacan.

¿Anozo oncan temactlanque cuecuexteca, in tlatilolca?

In Zacuatzin, in ye Tepantzin, Cihuacuecueltzin,

in tzontecan ica, yn elelhiquiuh ica,

on teachtitoa:

¡xicaquican!, ¿tlein yequichihua in tequihuaque?,

¿aocmo mictlani?,

¿aoc tlamannequi?

In oquimittaque in yaohua

imixpan hualehua,

teocuitlatl pepetzcatihuitz,

in zan quetzalpanitl ytlaxopalehua,

jamech ana!,

¡ma amotzin, y a xontlazacan!

In ma yehuantin telpopotzitzintin

yehua tlamacaznequi,

intla ca ye, huan yancazaoquic tiquauhchocazque,

ancazaiquic tocelochocazque,

CANTOS DE LOS ANCIANOS

Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyahuac,
fuimos a buscar ofrendas, nosotros mexicas:

¡Vinimos a quedar embriagados!

¿En qué momento dejamos a los águilas viejos, a los guerreros?

¿Cómo obrarán los mexicanos,

los viejos casi muertos por la embriaguez?

¡Nadie dice que nuestra lucha fue con ancianas!

¡Chimalpopoca! ¡Yo Axayácatl!

Allá dejamos a vuestro abuelito Cacamatón.

En el lugar de la embriaguez estuve oyendo a vuestro abuelo.

Vinieron a convocarse los viejos águilas,

Tlacaélel, Cahualtzin,

dizque subieron a dar de beber a sus capitanes,

a los que saldrían contra el señor de Michoacán.

¿Tal vez allí se entregaron los cuextecas, los tlátelolcas?

Zacuatzin, Tepantzin, Cihuacuecueltzin,

con cabeza y corazón esforzado,

exclaman:

¡Escuchad! ¿Qué hacen los valerosos?

¿Ya no están dispuestos a morir?

¿Ya no quieren ofrecer sacrificios?

Cuando vieron que sus guerreros

ante ellos huían,

iba reverberando el oro

y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban,

¡que no os hagan prisioneros!

¡Que no sea a vosotros, daos prisa!

A estos jóvenes guerreros

se les quiere sacrificar,

si así fuere, nosotros graznaremos como águilas,

nosotros entretanto rugiremos como tigres,

in tiquahuehuetque.
jamechana!
Ma amotzin ya xon tlaccacan.

Yaonotlahueliltic,
in Axayacatl,
¿cuix ye no huehueyo
inin netlatoliz in noquapilhua?
Ayn maca yehuatl, in noxhuiuh,
can namechcahuazquiz.
Xochitl mantiuh,
ica momaquixtia in Huitznahuatl Yaotl.

Onontotolcatoc, nontlatlatlaztoc,
nochichichatoc, in nomocolton, in Axayaca.
Maximotlalican, in antequihuahque, amiyahque,
maytlecax ypan anhualcholotin, anmotlatizque,
ica ahuetzi y chiquacol
yn amocolton in Axayaca.

Ceceppa tetlaocolhuetequiti,
in yequichihua in yemexica.
Noxhuihua, in omoxcuinque,
in nahuistica yniman ic on huehueti,
chimalli xochitl tomac onmania.
Auh in nelli mexica, in noxhuihuan,
cecentecpantica, ontecpanica,
in huehuehti,
chimalli xochitl tomac onmania.

Quauhpetlapan,
ocelopetlapan,
onehuatica in amocol, in Axayaca.
Contlachinol pipitztica in Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.
Aiccehui in chimaltica,
conehca pehuistica tlacochtica,
in quixelotica yn Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.

nosotros viejos guerreros águilas.
¡Que no os hagan prisioneros!
Vosotros, daos prisa.

Yo el esforzado en la guerra,
yo Axayácatl,
¿acaso en mi vejez
se dirán estas palabras de mis príncipes águilas?
Que no sea así, nietos míos,
yo habré de dejaros.
Se hará ofrenda de flores,
con ellas se ataviará, el Guerrero del sur.

Estoy abatido, soy despreciado,
estoy avergonzado, yo, vuestro abuelo Axayácatl.
No descanséis, esforzados y bisoños,
no sea que si huís, seáis consumidos,
con esto caiga el cetro
de vuestro abuelo Axayácatl.

Una y otra vez heridos por las piedras,
los mexicas se esfuerzan.
Mis nietos, los del rostro pintado,
por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.
Los verdaderos mexicas, mis nietos,
permanecen en fila, se mantienen firmes,
hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.

Sobre la estera de las águilas,
sobre la estera de los tigres,
es exaltado vuestro abuelo, Axayácatl.
Itlecatzin hace resonar los caracoles en el combate,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.
No descansa él con su escudo,
allí comienza él con los dardos,
con ellos hiere Itlecatzin,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.

In oc tonnemi tamocolhua,
y patlahuac in tatlahuh, in totlacoeh,
ic tiquimahuiltique in tonahuac.
Tlacazo ayaxcan in huehuetihua,
tlacazo ayaxca in huehueyotl.
Can yenica ninochoquilia, namócol, yn ni Axayaca,
niquilnamiqui nohuehueicnihuan,
in Cuepanahuaz, in Tecale, in Xochitlahuan, in Yehuaticac.
Ma cerne nican hualquizazcan
cecenteutli,
pan momaticotinican Chalco.
Cuecizque inquincuitihuetzi oyohualli,
yequecizqui yn camilacatzoa teuhtli.

Zanamoca nihuehuetzca,
namocol,
anmocihuatlahuizan,
mocihuachimal.
¡Tequihuaque huecayuh,
xinencan!¹⁷

¹⁷ *Cantares mexicanos...*, f. 73v-74v.

Todavía vivimos vuestros abuelos,
aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos,
con ellos dimos gloria a nuestras gentes.
Ciertamente ahora hay cansancio,
ahora ciertamente hay vejez.
Por esto me aflijo, yo vuestro abuelo Axayácatl,
me acuerdo de mis viejos amigos,
de Cuepanáhuaz, de Tecale, Xochitlahua, Yehuaticac.
Ojalá vinieran aquí
cada uno de aquellos señores
que se dieron a conocer allá en Chalco.
Los esforzados vendrían a tomar los cascabeles,
los esforzados harían giros alrededor de los príncipes.

Por esto yo me río,
yo vuestro abuelo,
de vuestras armas de mujer,
de vuestros escudos de mujer.
¡Conquistadores de tiempos antiguos,
volved a vivir!

MACUILXOCHITZIN

POETISA, HIJA DE TLACAÉLEL*

Bien sabido es por el testimonio de varios cronistas que entre los nahuas hubo también mujeres que cultivaron el arte de la poesía. Ixtlilxóchitl alude a varias de ellas y justamente, al tratar de la figura del rey Nezahualpilli, hemos aducido sus palabras acerca de aquella célebre y real concubina conocida con el sobrenombre de la “Señora de Tula”, la cual, como dice el cronista de Tezcoco, “era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada”.¹ Por otros rumbos, Chimalpain en sus *Relaciones* y los *Anales de Cuauhtitlan* mencionan también la existencia de poetisas y aun llegan a transcribir algunos fragmentos de sus composiciones.²

Magnífica muestra de la ternura y del ingenio de la mujer náhuatl como poeta nos la ofrece un largo canto incluido en los folios 39v-40v del tantas veces citado manuscrito *Cantares mexicanos* que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. Es la transcripción de un *cozolcuícatl*, que tanto vale como “canción de cuna”, dirigida al pequeño Ahuízotl

* Vivió a mediados del siglo xv.

¹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 268.

² También en los mitos hay deidades femeninas a las que se atribuyen expresiones que son a la vez revelación y poesía. Así, en los *Anales de Cuauhtitlan* (en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, f. 3), aparece Itzpapálotl anunciando a los chichimecas su destino por los distintos rumbos del mundo:

Marcharéis hacia el oriente,
hacia allá lanzareis vuestras flechas.
También al rumbo de los muertos (el norte),
al interior de las grandes llanuras,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas.
Y asimismo a donde están las sementeras acuáticas,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas [...].

que más tarde sería señor de los aztecas. Sabemos que ese canto fue obra de una mujer porque quien lo compuso alude en él muchas veces a sí misma: “Yo soy doncella mexicana [...], yo doncellita he concebido mi canto en el interior de la casa de las flores.”

Mas si hemos de atribuir este poema, uno de los más bellos, a una joven de Anáhuac que supo forjarlo, desgraciadamente ignoramos su nombre y nada podemos decir de ella. Para fortuna nuestra hemos encontrado en cambio otro en la misma colección de *Cantares*, el cual, según parece, fue también fruto de la inventiva de una mujer, cuyo nombre esta vez sí conocemos. Extraño hubiera sido hacer mención del rostro y el corazón de trece poetas nahuas, sin incluir entre ellos los de alguna dama forjadora de cantos. A ignorancia nuestra o a grande malevolencia de los cronistas habría que atribuir tan lamentable omisión, sobre todo si se toma en cuenta la existencia de numerosos textos y cantares anónimos que deben recibirse como obra que fueron de mujeres prehispánicas. Los consejos llenos de poesía que da la madre a su hija pequeña, las palabras de la partera a la que va a dar a luz, los discursos de las ancianas pronunciados en distintas ocasiones, son patente confirmación de lo dicho.

Fue la señora Macuixochitzin, a quien, según parece, hay que atribuir el poema que aquí vamos a ofrecer y comentar, oriunda de México-Tenochtitlan, donde nació hacia 1435 y donde vivió probablemente buena parte de los años restantes del siglo XV. Su padre fue el celeberrimo consejero de los reyes aztecas, Tlacaélel. El historiador Tezozómoc da la siguiente noticia al tratar de la descendencia del mencionado Tlacaélel: “Los otros doce hijos del viejo Tlacaélel Cihuacóatl, cada uno tuvo distinta madre, fueron engendrados en sitios diferentes. He aquí sus nombres [...]. Estos dos fueron mujeres, el séptimo la llamada Tollintzin, el octavo la llamada Macuixochitzin. De ella nació el príncipe Cuauhtlapaltzin”.³

La princesa Macuixochitzin se llamó así, bien sea porque nació en un día del calendario que llevaba precisamente esta fecha, la de 5-Flor, que esto significa su nombre, o tal vez porque lo recibió a manera de

³ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia/Instituto de Antropología e Historia, 1949, p. 128.

apodo al ser conocida su afición por la poesía. Sabido es que Macuilxóchtli era también uno de los títulos con que se invocaba al dios de las artes, del canto y la danza. Por su parte, los antiguos textos nahuas en que se describe el carácter propicio o nefasto de cada uno de los días, al tratar de la fecha 5-Flor y de las fiestas en honor de Macuilxóchtli, repiten con insistencia que quienes nacían en ese día, tenían por destino llegar a ser forjadores de cantos.

La hija del poderoso Tlacaélel, Macuilxochitzin, que parecía tener tal destino, recibió sin duda esmerada educación desde pequeña. Ella debió haber escuchado de labios de su madre antiguos consejos en los cuales se hablaba a la “niñita que es como un jade, como un plumaje de quetzal, como lo más precioso que brota en la tierra”. Conoció entonces algo de lo que podía llegar a ser su destino en el mundo, cómo tenía que obrar y cuál era el camino para acercarse a los dioses y alcanzar así la precaria felicidad concedida a los mortales.

A Macuilxochitzin tocó vivir los días del máximo esplendor de los aztecas. Pocos años antes de la fecha probable de su nacimiento, sus tíos, el rey Itzcóatl y el entonces capitán Motecuhzoma Ilhuicamina, con el consejo de Tlacaélel, su padre, habían abatido a los antiguos dominadores de Azcapotzalco. Cuando Macuilxochitzin fue ya joven doncella, Tenochtitlan, donde había nacido, comenzó a ser metrópoli importante a la que afluían todo género de tributos y mercaderías traídas por los pochtecas, los comerciantes que marchaban a remotos lugares. Bien probable es que recibiera entonces de su padre variadas y preciosas joyas, finas telas y otros muchos dones más. Como las mujeres de su estirpe, también ella conocía el arte del telar y del bordado, así como el de preparar comidas y bebidas con que en más de ocasión debió de haber halagado a Tlacaélel.

Y si el pueblo todo y especialmente los nobles respetaban y admiraban al gran consejero, a quien el historiador Tezozómoc llegó a llamar “conquistador del mundo”,⁴ Macuilxochitzin que en él veía a su padre, no sólo debió demostrarle respeto y amor, sino que, como veremos por el poema que de ella se conserva, aprendió a interesarse por su actuación, sus triunfos y conquistas y aun por los consejos que daba

⁴ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl...*, p. 121.

en favor de Tenochtitlan. Si se tiene esto presente no parecerá extraño que precisamente el único poema que verosíblemente puede atribuirse a Macuilxochitzin trate de una de las más importantes conquistas, instigada por su padre y llevada a buen término por el señor Axayacatzin.

Los aztecas, a partir de su triunfo sobre los tecpanecas de Azcapotzalco y guiados primero por Itzcóatl y más tarde por Motecuhzoma Ilhuicamina, siempre con el consejo de Tlacaélel, habían comenzado su larga serie de conquistas. Así quedaron sometidos los señoríos de Cuitláhuac, Mízquic, Xochimilco, Culhuacan, Chalco, Tepeaca, Tecamachalco y aun otros más apartados en la Huasteca y en el país de los totonacas. Y por fin, en tiempos ya del señor Axayácatl, que como hemos visto había sido coronado en un año 3-Casa (1469), las antiguas rencillas con los vecinos de Tlatelolco, gente de la misma estirpe, tuvieron por consecuencia su incorporación violenta bajo el mando del gobierno de Tenochtitlan.

De todas estas conquistas debió de tener noticia la princesa Macuilxochitzin, tanto por la intervención que tuvo en ellas su padre como por las frecuentes salidas de los guerreros que regresaban victoriosos, acompañados de gran número de prisioneros y con las riquezas, botín de sus triunfos. En el año 10-Pedernal (1476), los aztecas se aprestaron una vez más a la guerra. Ésta se dirigía ahora contra los varios estados matlatzincas y otomíes del rumbo del Valle de Toluca. Es posible que Macuilxochitzin haya tenido conocimiento de las palabras que en esa ocasión dirigió Tlacaélel a Axayácatl. Deseoso de llevar a cabo esta conquista, el gran consejero, como lo recuerda el historiador Tezozómoc, dio a conocer así su parecer al supremo gobernante azteca: “Ahora, hijo mío, ya estoy muy viejo, después de muerto yo, no sé lo que sucedería en este caso, y pues está en vuestra mano el mando, que vayan luego sobre ellos y los destruyan, para que vengan a nuestra obediencia y tributo, sin remisión alguna”.⁵

El mismo Tezozómoc y otros cronistas recuerdan con detalle esta campaña de conquista, la cual, si bien terminó con la victoria aplastante de los ejércitos aztecas, fue también desafortunada para el rey Axa-

⁵ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed. de José María Vigil, México, Leyenda, 1944, p. 205.

yácatl que fue gravemente herido en una pierna por un capitán otomí, principal entre su gente, de nombre Tlílatl:

Los soldados varoniles, escribe el cronista, iban dando alcance a los toluqueños, diciéndoles: volved, volved, que a vuestro pesar nos habéis de tributar y ser nuestros vasallos. Llegados a Tlacotepec, estaba allá mucha gente de refresco de parte de los toluqueños aguardando a los mexicanos para darles por la espalda al tiempo que llegó Axayácatl con su poder, y luego que los vio comenzó a tocar un tamboril que llaman *yopihuéhuatl*, de alegría, y puesto con su plumaje iba con tanta prisa, y corría con tanto ardimiento, que hacía estremecer a sus enemigos. A esta sazón está soterrado junto a un maguey un principal, toluqueño valiente, llamado Cuéztzal (por otro nombre Tlílatl), y de un imprevisto, al pasar Axayácatl, salió y le hirió en un muslo, que le hizo doblar la rodilla.⁶

Sólo la oportuna llegada de refuerzos aztecas salvó a Axayácatl de la muerte y aseguró en breve tiempo la derrota del enemigo. Como era costumbre, lo primero que entonces se hizo fue enviar un mensajero que diera al ya anciano Tlacaélel la buena nueva de la victoria y asimismo “le avisase y diese cuenta de cómo venía Axayácatl herido en una pierna, que le hirió un capitán toluqueño”.⁷

Grande fue el recibimiento que se hizo a Axayácatl y a sus hombres en México-Tenochtitlan. Sin duda, mucho debió de hablarse de los sinsabores de esta guerra y en particular de la desgracia que aconteció en ella al señor de los aztecas. Natural cosa es que entre los allegados a Tlacaélel se conocieran no sólo los hechos culminantes de la lucha, sino también otros que casi parecen detalles secundarios y que sólo de paso son mencionados por los cronistas. Macuilxochitzin que tuvo noticia de ellos, al concebir un canto, recordación de la que parece haber sido una de las últimas conquistas instigadas por su padre, quiso evocar en él la actuación decisiva de un grupo de mujeres otomíes que con súplicas a Axayácatl salvaron la vida del capitán que lo había herido.

⁶ *Ibidem*, p. 208.

⁷ *Ibidem*, p. 210.

Este canto de Macuilxochitzin es precisamente el que se incluye en la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.⁸ Con claridad indica en él la hija de Tlacaélel cuál es su intención; quiere dar gracias al supremo dios de los aztecas y desea preservar el recuerdo de la victoria de su pueblo: “Elevo mis cantos, exclama, yo Macuilxochitzin, con ellos alegre al Dador de vida.” Confiesa ignorar si es que sus cantos volarán hasta la morada del dios, pero se consuela pensando que al menos aquí en la tierra habrán de ser conocidos. Recuerda luego al señor Axayácatl, el cual sólo por breve tiempo sobrevivió a la conquista de los matlatzincas y como si hablara con él le dice: “Axayacatzin, tú conquistaste la ciudad de Tlacotépec! Allá fueron a hacer giros tus flores, tus mariposas [...] con esto has hecho ofrenda de flores y plumas al Dador de la vida!”

Como si ella misma lo hubiera contemplado, describe luego Macuilxochitzin los aprestos de la guerra: “Axayácatl pone los escudos de las águilas en los brazos de los hombres allá donde arde la guerra, en el interior de la llanura [...]. Las flores del águila quedan en tus manos, señor Axayácatl [...], por todas partes Axayácatl hizo conquistas, en Matlatzinco, en Malinalco, en Ocuilan.”

Evocada así la actuación de Axayácatl y recordada la victoria que puso en manos aztecas “las flores divinas del águila”, Macuilxochitzin dedica al fin buena parte de su canto a narrar la intervención femenina, cuando el gran jefe azteca fue gravemente herido: “Allá en Xiquipilco

⁸ El poema en cuestión está incluido en *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 53v. Las razones por las cuales lo atribuimos a Macuilxochitzin son las siguientes: primero, en la segunda línea del poema, quien dice haberlo concebido ofrece su nombre: Macuilxochitzin; segundo, es cierto que este nombre fue frecuente entre los nahuas, aplicado indistintamente a hombres y mujeres, pero la búsqueda en las principales fuentes históricas (Chimalpain, Ixtlilxóchitl, Tezozómoc, *Anales de Cuauhtitlan*, *Anales de Tlatelolco*, informantes de Sahagún, *Cantares mexicanos*, etc.), que nos ha permitido identificar a varios personajes con igual nombre, nos ha llevado también a la conclusión de que, si quien compuso el poema ha de ser de estirpe azteca y contemporáneo de Axayácatl, como se desprende del texto mismo, no hay mención de alguien más, que sepamos, en quien se reúnan estas condiciones fuera de la princesa Macuilxochitzin, hija de Tlacaélel; tercero, el hecho mismo de ofrecerse en el poema noticias detalladas acerca de la acción guerrera planeada por Tlacaélel y acerca de la cual, como dice Tezozómoc, “le enviaron un mensajero para que le avisase y diese cuenta”, está mostrando que el cantar muy probablemente fue concebido por alguien bien allegado al gran consejero de los reyes aztecas; y, finalmente, el papel que se concede en el poema a la intervención valiente de las mujeres otomíes que imploran por la vida del caudillo matlatzinca, parece indicar que es también una mujer la que se empeña en destacar la importancia que puede tener en las más graves circunstancias la participación femenina.

a Axayácatl lo hirió en la pierna un otomí. Su nombre era Tlílatl.” Por las crónicas se sabe que, gracias a la rápida llegada de refuerzos, Tlílatl cayó prisionero. Macuilxochitzin nos lo pinta acudiendo a sus mujeres y ordenándoles que atiendan al herido Axayácatl: “Preparadle, les dice, un braguero y una capa; se los daréis vosotras que sois valientes.”

Cuando Axayácatl se repone, hace venir ante él al capitán Tlílatl. Exclama: “¡Que venga el otomí, que me ha herido en la pierna!” El poema recuerda entonces el justificado temor del otomí y pone en sus labios palabras que expresan su honda perturbación: “¡En verdad me matarán!” Confuso aparece Tlílatl ante Axayácatl a quien hace reverencia, ofreciéndole torpemente una piel de venado y un grueso madero, símbolo quizás de lo que en realidad eran las riquezas y tesoros de los pobres otomíes.⁹ Fruto de compasión son en este contexto las últimas frases del canto de Macuilxochitzin: “Estaba lleno de miedo el otomí, nos dice, pero entonces sus mujeres por él hicieron súplica a Axayácatl.” Al parecer su intervención llegó al corazón del señor Axayácatl y al menos por el momento la vida de Tlílatl quedó a salvo.

Éste es el tema del cantar que con verosimilitud puede atribuirse a la princesa Macuilxochitzin, hija de Tlacaélel. Desgraciadamente no conocemos otras composiciones suyas y tampoco sabemos más acerca de su vida. El único dato que cabe recordar es el que nos conserva el historiador Tezozómoc en el párrafo que hemos citado: “De ella, nos dice, nació el príncipe Cuauhtlapaltzin.”¹⁰ Escasa como es la información acerca de esta noble mujer, lo poco que sabemos es nuevo ejemplo y confirmación de lo que ya conocíamos por el testimonio de otros cronistas: en el mundo náhuatl prehispánico hubo también rostros y corazones femeninos que, como la célebre señora de Tula, supieron distinguirse en el arte de la poesía.

⁹ Como en confirmación de lo dicho acerca de los muy escasos bienes y recursos de los otomíes, citaremos las palabras del señor matlatzincá Chimalteuctli, dichas a Axayácatl después de la victoria azteca. Axayácatl había marchado a Toluca para reponerse un poco y fue entonces cuando “sobrevino Chimalteuctli, señor de los matlatzincas, y díjoles: señores mexicanos, cese ya vuestro orgullo y braveza, que ya os somos vuestros vasallos y tributarios, mirad, señores, que en esta tierra y pueblo no hay otra cosa sino maíz, frijol, huauhtli, chian y tea para alumbrar de noche, que es candela, y esteras, *pélatl*. Esto es, señor, lo que en este pueblo vuestro se da y cría, y no otra cosa”.

¹⁰ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl...*, p. 128.

MACUILXOCHITZIN ICUIC

A nonpehua noncuica,
ni Macuilxochitl,
zan noconahuiltia in ipalnemoa,
jyn maconnetotilo!

¿Quenonamican,
can o ye ichan
im a itquihua in cuicatl?
¿Ic zanio nican
y izca anmoxochiuh?
¡In ma onnetotilo!

Temomacehual matlatzincatl,
Itzcohuatzin:
¡In Axayacatzin ticmomoyahuaco
in altepetl in Tlacotepec!
O ylacotziuh ya ommoxochiuh,
mopapaloouh.
Ic toconahuiltia.
In matlatzincatl
in Toluca, in Tlacotepec.

Ayaxca ocontemaca
in xochitl ihuitl
ypalnemoa.
In quauhichimalli in temac,
ye quimana,
yan tlachinolli itic,
yxtlahuatl itic.
In neneuhqui in tocuic,
neneuhqui in toxochiuh,
can tiquaoxpan,
in toconahuiltia ypalnemoa.

CANTO DE MACUILXOCHITZIN

Elevo mis cantos,
Yo, Macuilxóchitl,
Con ellos alegre al Dador de la vida,
¡comience la danza!

¿Adonde de algún modo se existe,
a la casa de Él
se llevan los cantos?
¿O sólo aquí
están vuestras flores?,
¡comience la danza!

El matlatzinca
es tu merecimiento de gentes, señor Itzcóatl:
¡Axayacatzin, tú conquistaste
la ciudad de Tlacotépec!
Allá fueron a hacer giros tus flores,
tus mariposas.
Con esto has causado alegría.
El matlatzinca
está en Toluca, en Tlacotépec.

Lentamente hace ofrenda
de flores y plumas
al Dador de la vida.
Pone los escudos de las águilas
en los brazos de los hombres,
allá donde arde la guerra,
en el interior de la llanura.
Como nuestros cantos,
como nuestras flores,
así, tú, el guerrero de cabeza rapada,
das alegría al Dador de la vida.

In quauhxochitl
in momac ommani,
taxayacatzin.
In teoaxochitl,
in tlachinolxochitl ic
yzhuayotimani,
yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Topan cueponi
yaoxochitl,
in Ehcatepec, in Mexico,
ye yehuilo ya yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Za ye netlapalolo
in tehpilhuan,
in acolihuaque,
an antepaneca.
In otepeuh Axayaca
nohuian,
Matlatzinco, Malinalco,
Ocuillan, Tequaloya, Xohcotitlan.
Nican ohualquizaco.
Xiquipilco oncan
oquimetzhuitec ce otomitl,
ytoca Tlilatl.

Auh yn o ahcico,
quimilhui ycihuahuan:
-“Xitlacencahuacan in maxtlatl, in timatli,
anquimacazque amoquichui.”
Oquinenotzallan:
-“¡Ma huallauh yn otomitl,
yn onechmetzhuitec!”
Momauhtihica yn otomitl,
quittoa:
-“¡Anca ye nechmictizque!”

Las flores del águila
quedan en tus manos,
señor Axayácatl.
Con flores divinas,
con flores de guerra
queda cubierto,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.

Sobre nosotros se abren
las flores de guerra,
en Ehcatépec, en México,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.

Se han mostrado atrevidos
los príncipes,
los de Acolhuacan,
vosotros los Tecpanecas.
Por todas partes Axayácatl
hizo conquistas,
en Matlatzinco, en Malinalco,
en Ocuillan, en Tequaloya, en Xohcotitlan.
Por aquí vino a salir.
Allá en Xiquipilco a Axayácatl
lo hirió en la pierna un otomí,
su nombre era TlílAtl.

Se fue éste a buscar a sus mujeres,
les dijo:
“Preparadle un braguero, una capa,
se los daréis, vosotras que sois valientes.”
Axayácatl exclamó:
—“¡Que venga el otomí
que me ha herido la pierna!”
El otomí tuvo miedo,
dijo:
—“¡En verdad me matarán!”

Quihualhuica in huepantli,
in tlaxipehualli in mazatl,
ic quitlapaloco in Axaya.
Momauhtitihuitz.
Auh zan oquitlauhtique
yn ichuahuan Axayaca.¹¹

¹¹ *Cantares mexicanos...*, f. 53v.

Trajo entonces un grueso madero
y la piel de un venado,
con esto hizo reverencia a Axayácatl.
Estaba lleno de miedo el otomí.
Pero entonces sus mujeres
por él hicieron súplica a Axayácatl.



Mujeres nahuas, forjadoras de cantos, *Códice florentino*, x



Mujer *tlahcuilo*, pintora y artista de los códices, *Códice Telleriano-Remensis*, 30

TEMILOTZIN DE TLATELOLCO

DEFENSOR DE TENOCHTITLAN Y CANTOR DE LA AMISTAD*

Capitán famoso fue Temilotzin. Contemporáneo de Cuauhtémoc, sobre todo, amigo y compañero suyo, habría de desempeñar a su lado brillante papel en los días de la conquista. Oriundo de Tlatelolco y más tarde señor de Tzilacatlan, como lo refieren los Informantes de Sahagún, Temilotzin se adiestró desde los primeros años de su juventud en el arte de la guerra, sin que esto amenguara la que parece haber sido espontánea afición suya por la poesía.

Probablemente su deseo de llegar a ser forjador de cantos nació en sus años de estudiante en el *calmecac* de Tlatelolco, cuando pudo adentrarse en el conocimiento de las tradiciones, de los himnos sagrados y del simbolismo del pensamiento preservado en los libros de pinturas. El hecho es que hoy podemos afirmar que Temilotzin fue guerrero extraordinario, que alcanzó el alto grado de *tlacatécatl*, “comandante de hombres”, y llegó a ser al mismo tiempo cantor de la amistad. Si como poeta afirma que su más hondo deseo es “hacer amistad con los humanos en la tierra”, como guerrero tiene que hacer frente a la más imprevista de las agresiones, la que provino de forasteros misteriosos llegados de más allá de las aguas inmensas.

El recuerdo de Temilotzin se conserva en las crónicas indígenas y también en las palabras que en más de una ocasión pronunciaron acerca de él otros poetas amigos suyos. Así, evocando su actuación, cuando defendió a la metrópoli azteca, exclama uno de los poetas sobrevivientes de la conquista: “¡Esfuérzate,/ entrégate a la guerra,/ tlacatécatl Temilotzin,/ han salido de sus barcas los hombres de Castilla!”¹

* Nació a fines del siglo XV y murió en el año 7-Casa (1525).

¹ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 54v.

Hasta donde sabemos por los testimonios históricos, la actuación de Temilotzin se dejó sentir principalmente durante los días del sitio de Tenochtitlan. Por su rango de “comandante de hombres”, ejerció entonces, en las más difíciles circunstancias, las funciones correspondientes a esta elevada dignidad. Atribuciones suyas fueron, según el texto en que se describe la figura ideal del *tlacatécatl*, actuar como:

Jefe de águilas [...]
cuyo oficio es la guerra que hace cautivos.
Gran águila y gran tigre,
águila de amarillas garras
y poderosas alas,
rapaz,
operario de la muerte [...].
Instruido, hábil,
de ojos vigilantes, dispone las cosas,
hace planes, ejecuta la guerra.
Distribuye las armas,
dispone y ordena las provisiones,
señala el camino,
inquiérese acerca de él.
sigue su paso al enemigo.
Dispone las chozas de guerra,
sus casas de madera, el mercado de guerra.
Busca a los que guardan los cautivos,
escoge a los mejores.
Ordena a los que aprisionan a los hombres,
disciplinado, consciente de sí mismo,
da órdenes a su gente,
les muestra por dónde saldrá el enemigo.²

² *Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII, f. 115v.



Temilotzin combate a los conquistadores durante el sitio de la capital azteca,
Códice florentino, XII

Por los mismos informantes que conservaron esta imagen del *tlacacatécatl*, conocemos la forma como hizo honor a su rango Temilotzin, luchando contra los hombres de Castilla. Cuando en los días del sitio, con sus bergantines y con frecuentes desembarcos los conquistadores hacen repetidos intentos de adueñarse de la capital azteca, Temilotzin al lado de Cuauhtémoc y de otros capitanes, intenta lo imposible por salvarla.

Al restringirse ya la defensa al antiguo islote de Tlatelolco vemos a Temilotzin que, en compañía de otros guerreros, sale al encuentro de los conquistadores para cortarles el paso. Escuchemos las palabras del testimonio indígena:

Entonces se pusieron en pie dos caballeros águilas y dos caballeros tigres [...], el primer tigre era Temilotzin y el segundo el mismo Coyohuehuetzin. En el momento para atacar a los hombres de Castilla se ponen en marcha (Con otros muchos entran en sus barcas). A todo remo remaban, casi volaba su barca [...]. Cuando todos hubieron partido,

entonces se tañen las flautas. Muchos pobres han sido robados. Los guerreros mexicanos salen al frente a los saqueadores. Cuando vieron esto, nuestros enemigos intentaron huir. Muchos murieron en el agua, se anegaron, se ahogaron [...]. En verdad muchos murieron allí [...]. Una vez más lo digo: allí murieron muchos de nuestros enemigos [...]. Al día siguiente todo estaba en calma.³

La imagen final de la conquista recuerda una vez más como un símbolo la resistencia del “comandante de hombres”: “El tlacatécatl Temilotzin aún en vano se puso en guardia contra el enemigo. Se resguardó en una muralla, estaba ataviado como águila y llevaba una macana en la mano con la cual intentaba cerrarles el paso. Pero al ver que no era posible, luego se echó en el agua, por ella se fue”.⁴

Como prenuncio de la rendición de Tenochtitlan precedieron momentos de calma oprobiosa. Los informantes testigos lo recuerdan: “De golpe acabó la batalla. Todo quedó en calma [...]. Nadie hablaba siquiera. Los nuestros estaban replegados. Nada hacían los hombres de Castilla. Sólo estaban en sus posiciones. Nos observaban constantemente.”⁵

Entonces Cuauhtémoc y Temilotzin con otros capitanes, viendo que todo estaba perdido tras ochenta días de sitio, se pusieron a deliberar “en qué forma habríamos de someternos a los hombres de Castilla, cómo se haría y qué tendríamos que dar como tributo”.⁶

Ni por un momento se pensó en huir. Acordes están en esto los testimonios netamente indígenas en que se conserva la “visión de los vencidos”. Temilotzin, junto con los otros jefes, estuvo al lado de Cuauhtémoc y compartió su decisión. Dos textos, hondamente dramáticos, preservan el recuerdo del postrer momento: “En una barca llevaron a Cuauhtémoc [...]. Entonces lloró la gente del pueblo, decían:

³ *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (textos nahuas de Sahagún), 12 v., publicados por Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe (Nuevo México), The School of American Research/University of Utah Press, 1950-1982 (Monographs of the School of American Research), libro XII, cap. XXXVIII.

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ *Ibidem*, cap. XXXIX.

ya se va el joven príncipe Cuauhtémoc, ya se va a entregar a los hombres de Castilla”.⁷

Y ya en la otra orilla: “Cuando salieron del agua, ya van Coyohuehuetzin, Tepantemotzin, Temilotzin y Cuauhtemotzin. Acompañaban a Cuauhtemotzin a donde estaba el capitán y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin”.⁸

Y si a Temilotzin le tocó compartir con Cuauhtémoc la suerte del vencido cuando sucumbió Tenochtitlan, igualmente habría de ser destino suyo acompañar hasta el fin al último señor de los aztecas. En 1525, camino de las Hibueras, Temilotzin se halló también en Hueymolan Acallan, cuando Cortés hizo ahorcar a Cuauhtémoc. Por los *Anales de Tlatelolco* sabemos que él y otro noble llamado Ecatzin fueron testigos de su muerte.

El antiguo “comandante de hombres” y sobre todo el cantor de la amistad que perdía así al más grande de sus amigos, no quiso soportar más su condición de prisionero. Si Cuauhtémoc había muerto, no le importaba ya continuar sobre la tierra.

Los mismos *Anales*, haciéndose eco de una versión tal vez en parte legendaria, refieren la desaparición de Temilotzin. Después de la muerte de Cuauhtémoc, tanto él como el noble Ecatzin que habían tratado de ocultarse, fueron llevados a la presencia de Cortés y de Malintzin que se encontraban a bordo de una embarcación. Malintzin aparece allí interrogándolos con dureza: “Tú, Temilotzin, pregunta Malintzin, confiesa con verdad, ¿a cuántos de los señores mataste al tiempo de la guerra?”

Temilotzin, que al parecer ya tenía decidido cómo habría de escapar, le responde sin conceder grande importancia a sus palabras: “Escucha, Malintzin, es lo mismo que Ecatzin te ha dicho: ¿cómo podía yo ocuparme en contarlos? He luchado, he herido, he acabado con no pocos sin tener cuidado de ello.” Malintzin, quizás con intención de amedrentar a los prisioneros, añade entonces: “Ahora visitaremos al gran soberano, al que vive en Castilla. Allá pereceréis, allá vais a morir.”

⁷ *Idem.*

⁸ *Anales de Tlatelolco*, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. facsimilar de Ernst Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munksgaard, 1945, v. II, f. 35.



Las insignias del Tlacatécatl, rango militar del poeta Temilotzin,
Códice Mendoza, LXVIII

Sin inmutarse Temilotzin cierra lacónicamente el diálogo: “Que así sea, vayamos allá, señora Malintzin”.⁹

Según los *Anales*, el barco en que estaban se dirigía supuestamente a Castilla. Se dice incluso que estaba ya en altamar. Temilotzin habló por última vez a Ecatzin, su compañero y amigo: “Oh Ecatzin, ¿adónde vamos? ¿Dónde estamos? ¡Vayamos a nuestra casa!”¹⁰

Perdida la antigua grandeza, Tenochtitlan destruida, muerto Cuauhtémoc, desaparecida la antigua hermandad, Temilotzin que había dicho como poeta que su más grande anhelo era “entrelazar con plumajes de quetzal la hermandad y rodear con cantos a la comunidad de los amigos [...], hasta que todos hayamos ido a la región de los muertos”, decidió entonces intentar la evasión. No sabía él hacia dónde habría de escapar, en todo caso llegaría a la región donde de algún modo se existe. El texto indígena nos da este cuadro de verdad extraordinario: “Temilotzin no quiso escuchar ni ser retenido [...], lo vieron

⁹ *Ibidem*, f. 10.

¹⁰ *Idem*.

cómo se arrojó al agua. Va nadando en el agua hacia el rumbo del sol. Malintzin le llama y le dice: ¿Adónde vas Temilotzin? ¡Regresa, ven! Él no escuchó, se fue, desapareció. Nadie sabe si pudo alcanzar la orilla del agua, si una serpiente lo devoró, si un lagarto se lo comió o si los grandes peces acabaron con Temilotzin [...]. En esta forma acabó consigo mismo, nadie le dio muerte”.¹¹

Esto es lo que sabemos acerca de la vida y desaparición del célebre comandante de hombres Temilotzin. Cantor de la amistad le hemos llamado porque se conserva de él un poema, bella afirmación de lo que significa en la tierra la hermandad, la comunidad y la entrega del propio corazón. Paradójica aparece así, como la de otros forjadores de cantos, la vida de Temilotzin. El hombre que tuvo por destino combatir a los forasteros de rostro desconocido y ver morir al último señor de los aztecas, nos dejó acerca de sí mismo el más humano de todos los testimonios: “Yo, Temilotzin, vine a la tierra para hacer amigos aquí.”

¹¹ *Idem.*

TEMILOTZIN ICUIC

Ye ni hualla, antocnihuan in:
noconcozcazoya,
nictzinitzcamana,
nictlahquecholiuimolohua,
nichteocuitla icuiya,
nicquetzalhuixtoilpiz
in icniuhyotli.
Nic cuicailacatzoa cohuayotli.
In tecpan nicquixtiz,
an ya tonmochin,
quin icuac tonmochin in otiyaque ye Mictlan.
In yuh ca zan tictlanehuico.

Ye on ya nihualla,
ye on ninoquetza,
cuica nonpictihuíz,
cuica nonquixtihuíz,
antocnihuan.
Nech hualihua teotl,
nehua ni xochhuatzin,
nehua ni Temilotzin,
nehua ye nonteicniuhtiacó nican.¹²

¹² *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 2r.

POEMA DE TEMILOTZIN

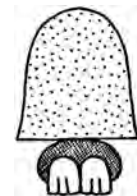
He venido, oh amigos nuestros:
con collares ciño,
con plumajes de tzinitzcan doy cimiento,
con plumas de guacamaya rodeo,
pinto con los colores del oro,
con trepidantes plumas de quetzal enlace
al conjunto de los amigos.
Con cantos circundo a la comunidad.
La haré entrar al palacio,
allí todos nosotros estaremos,
hasta que nos hayamos ido a la región de los muertos.
Así nos habremos dado en préstamo los unos a los otros.

Ya he venido,
me pongo de pie,
forjaré cantos,
haré que los cantos broten,
para vosotros, amigos nuestros.
Soy enviado de Dios,
soy poseedor de las flores,
yo soy Temilotzin,
he venido a hacer amigos aquí.

POETAS DE LA REGIÓN POBLANO-TLAXCALTECA

*¡Vosotros que de allá,
de Tlaxcala
habéis venido a cantar,
al son de brillantes timbales
en el lugar de los atabales!*

Cantares mexicanos, f. 10v.



Glifo de Tlaxcala

TECAYEHUATZIN DE HUEXOTZINCO
EL SABIO QUE AHONDÓ EN EL SENTIDO
DE “FLOR Y CANTO”*

Sobresale Tecayehuatzin entre los más célebres poetas, sabios o *tlamatinime* de la región poblano-tlaxcalteca. Sin embargo, su vida no fue en modo alguno la del hombre dedicado primordialmente a la poesía y a la elucubración. Por linaje y por la elección de su pueblo, Tecayehuatzin había llegado a ser señor de Huexotzinco. Actuando como tal lo encontramos, según el testimonio de varias fuentes, hacia principios del siglo XVI.

Para entrever lo que fue la vida de Tecayehuatzin, debe recordarse la situación de Huexotzinco en relación con los señoríos tlaxcaltecas, con Cholula y con México-Tenochtitlan. Huexotzinco disfrutaba de relativa independencia. Por su misma situación geográfica, inevitablemente se veía influido, unas veces por sus vecinos tlaxcaltecas y otras por los prepotentes aztecas. Nada de extraño que el vaivén y las intrigas implícitas en las relaciones de Huexotzinco con Tlaxcala y México se adueñaran muchas veces de la atención del príncipe Tecayehuatzin.

Pero, no obstante los desvelos anejos al gobierno del estado, Tecayehuatzin, como lo dejó dicho el poeta, Ayocuan Cuetzpaltzin, era amante de la música y con frecuencia “hacía resonar en su palacio los timbales, las flautas y las conchas de tortuga”.

Tecayehuatzin allí vigila,
allí tañe la flauta, canta
en su casa de Huexotzinco [...],
allí está su casa,

* Nació en la segunda mitad del siglo XV y falleció a principios del XVI.

donde se encuentra el tamboril de los tigres
 donde han quedado prendidos los cantos
 al son de los timbales.
 Como si fueran flores,
 allí se despliegan los tapices de quetzal
 en la casa de las pinturas [...].¹

Aparece así la figura de Tecayehuatzin como la de quien vive a la vez dos formas de vida. Como poeta y pensador destacó entre quienes se empeñaron por esclarecer el significado de flor y canto. Como estadista aprendió a practicar el dolo y la intriga. Apremiado, imploró el auxilio de Motecuhzoma para salvar a su pueblo de los tlaxcaltecas y años más tarde fraguó unirse a Tlaxcala para luchar contra los aztecas.

Tecayehuatzin tuvo varios amigos, a los que invitaba a dialogar con él en su palacio de Huexotzinco. Como gobernante se preocupó por su pueblo sobre todo en los días dificultosos, cuando había hambre o amenazaba guerra. Pero, contradiciendo las palabras de uno de sus poemas, donde dice que “son verdaderos los corazones de los amigos”, hubo de fingir y mentir a algunos de éstos, siguiendo los caminos que casi por fuerza ha de andar quien hace profesión de político.

Entre los autores que hablan de Tecayehuatzin está el cronista tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo, quien refiere cómo a principios del siglo XVI, en guerra con los huexotzincas, “los tlaxcaltecas les asolaron los panes y quemaron sus casas y palacios de Tecayehuatzin su señor”.²

Fray Diego de Durán en su *Historia*, Alvarado Tezozómoc en la *Crónica mexicana* y Torquemada en *Monarquía indiana* mencionan, asimismo, diversos episodios relacionados con la actuación de Tecayehuatzin como gobernante. Durán, al tratar del auxilio azteca recibido por los huexotzincas en su lucha contra Tlaxcala, habla luego del cambio de partido que se vio forzado a intentar Tecayehuatzin. Motecuhzoma pronto se enteró de las intenciones de su antiguo aliado. Por ello le envió mensajeros encargados de averiguar sus propósitos y también de

¹ Palabras de Ayocuan Cuetzpaltzin dirigidas a Tecayehuatzin en *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 11v.

² Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, 6a. ed., México, Talleres Gráficos Laguna, 1948, p. 127.

invitarlo, si es que mantenía la antigua amistad, a una fiesta en México-Tenochtitlan. La respuesta dada por Tecayehuatzin a los mensajeros, según la transcribe el mismo Durán, es testimonio de la doble vida de creador de poesía y forjador de intrigas que le tocó vivir a Tecayehuatzin. Según Durán, Tecayehuatzin “empezó a llorar” y respondió así a los mensajeros de Motecuhzoma:

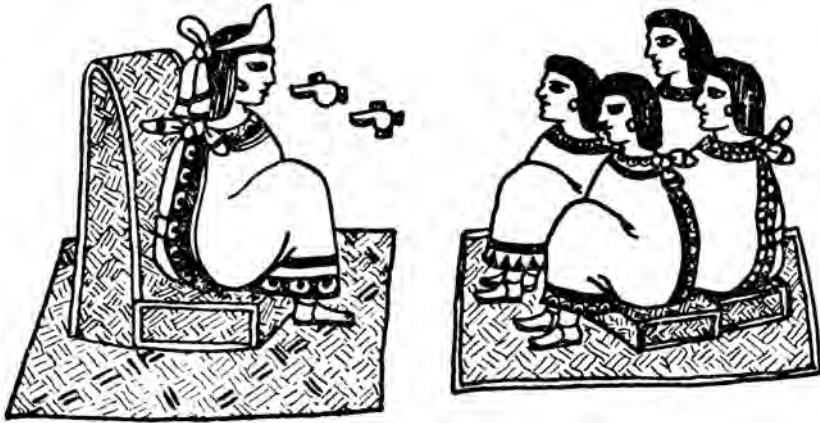
Decidle a vuestro señor que mi voluntad es serville toda mi vida por el buen tratamiento que a mí y a mi gente en su ciudad me hizo, pero que esta gente inconstante y novelesca se han hecho una con los de Cholula y me han pedido, so pena que me quitarán mi reino y destruirán mi generación toda, que no admita vuestra paz y amistad. Pero que con todo eso, yo enviaré mis principales a que asistan a la fiesta en mi lugar.³

Intrigas como ésta, necesarias quizás para poder existir, tuvo que practicar Tecayehuatzin. Pero probablemente le era mucho más placentero componer poemas y elucubrar acerca de la flor y el canto.

Por desgracia no es mucho lo que de su obra poética sobrevivió y llegó hasta nosotros. En cuatro folios del manuscrito de *Cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, se conserva un diálogo en el que desempeña papel importante Tecayehuatzin. Fue precisamente él quien convocó a otros sabios y poetas para dialogar acerca del sentido de la poesía y en forma más amplia del arte y del símbolo.

En ese diálogo habla en tres ocasiones Tecayehuatzin. Da al principio la bienvenida a los poetas que ha reunido en su casa. A continuación enuncia el tema que habrá de tratarse en el diálogo: “Flor y canto o sea el arte y la poesía, ¿es esto quizás lo único verdadero en la tierra?” En un segundo poema, especie de interludio a la mitad del diálogo, exhorta Tecayehuatzin a sus amigos, reunidos allí en la casa florida. Quiere él ver y oír “a quienes hacen reír a las flautas preciosas”. Por fin, cuando el diálogo está a punto de concluir, Tecayehuatzin toma una vez más la palabra. Su corazón sigue abierto a la duda. Su propósito continúa siendo saber si flor y canto es tal vez la única manera de decir palabras verdaderas en la tierra. Como han sido distintas

³ Fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme*, 2 v. y un atlas, México, José F. Ramírez, 1867-1880, v. I, p. 477.



Un *tlamatini*, maestro de la flor y el canto, expresando su pensamiento,
Códice florentino, IV

las respuestas ofrecidas, expresa en breve poema una última idea con la que todos estarán de acuerdo: “Flor y canto es lo que hace posible nuestra amistad. Este es el sueño de una palabra.” En la comunión del arte y del símbolo, “sabemos al menos que son verdaderos los corazones de nuestros amigos”.⁴

Los otros pocos poemas que de él se conservan guardan, tanto en su contextura como en su sentido y concepción, gran semejanza con las palabras pronunciadas por él en el “diálogo de flor y canto”. En ellos proclama Tecayehuatzin que su principal anhelo es forjar cantos, quiere encontrar los “floridos cantares aletargantes y embriagadores” tal vez capaces de acercar al hombre al misterioso *Tamoanchan* de las águilas y a la Casa de la Noche de los tigres.

Preocupado Tecayehuatzin por atinar con el más hondo sentido que lleva a la creación del arte y del símbolo, no sólo lucubró sino que también se dejó influir voluntariamente por cuanto le tocó experimentar y ver a lo largo de su vida. Se regocija hablando del calor y la florida luz del sol, recuerda el placer de estar con los amigos, la alegría de tener consigo las antiguas pinturas y escuchar la música de las flautas; evoca

⁴ El diálogo de la poesía, “flor y canto”, ha sido publicado íntegramente en Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 126-137.

los alaridos de la guerra, la sangre roja como las flores, los penachos de plumas de quetzal, la muerte de Tlacahuepan, el hijo de Motecuhzoma, y cuando las aguas caen para dar nueva vida a las flores y plantas, quiere sentir finalmente en sí mismo la verdad de los cantos y acercarse, si esto es posible, a aquel por quien todos viven.

Junto con su preocupación por esclarecer el sentido de flor y canto, éstos parecen ser los motivos que cautivaron la atención del preclaro poeta Tecayehuatzin, el estadista, el guerrero que para sobrevivir forjaba intrigas, y para existir sobre la tierra, enlazaba cantos.

¡TLA OC TONCUICACAN!

Tla oc toncuicacan,
tla oc toncuicatocan,
in xochitonalocalitec,
¡antocnihuan!
¿Catlique?
In nicquicnamiqui,
¿canin quintemohua?
quen on huehuetitlan,
ya nican ah.
Zan nixochitlatlaoncoya,
in namocniuhtzin,
in zan chichimecatecuitli,
Tecayehuatzin.
¿Ac in,
aoc timochin,
tic ahuiltizque,
tic huellamachtizque,
Moyocoyatzin?

Intla ca nipa, yeccan ten, Tlaxcalla,
noxoxochipoyoncuica.
Tla poyoncuica
in Xicontencatli, in Temilotzin,
zan Cuitlizcatl tecuitli.

Cuauhtamiyohuachan,
Oceloyohualichan,
Huexotzinco.
In oncan in itlamicohuacan
in maceuhcatzin, in Tlakahuepan.
Niman oncan on ahuiya
ixochicuapilhuan,
ixopancala itecuhhuan.

¡CANTEMOS YA!

Cantemos ya,
continuemos ahora los cantos
en medio de la florida luz y el calor,
¡oh amigos nuestros!
¿Quiénes son?
Yo salgo a su encuentro,
¿dónde los busco?
En el lugar de los atables,
aquí mismo.
Yo sólo concibo cantos floridos,
yo vuestro amigo,
soy sólo el señor chichimeca,
Tecayehuatzin.
¿Acaso alguien,
acaso no todos nosotros,
daremos alegría,
haremos feliz,
al Inventor de sí mismo?

Ojalá que allá, en buen tiempo, en Tlaxcala,
estén mis floridos cantos aletargantes.
Ojalá estén los cantos que embriagan
de Xicohtécatl, de Temilotzin,
del príncipe Cuitlízcatl.

El Tamoanchan de las águilas,
la Casa de la noche de los tigres
están en Huexotzinco.
Allá está el lugar de la muerte
de quien hizo merecimientos, Tlachahuepan.
Allá se alegran
las flores que son la comunidad de los príncipes,
los señores, en sus casas de primavera.

Zan cacahuaxochitica,
tlapapahuitihuitze,
ye oncan in xochiahahuiya
aitec.
Yehuantzin conitquitihuitze iteocui tlachimal.
Ma tla iecacehuaz,
teoxochicuauhcoltlica,
quetzalipantica
tonteahuiltico
xopancala itec.

Chalchiuhtetzilacatli ihcacahua,
xochiayauac quiyahuitl
on quiztoc in tlalticpac.
Zacuan cala imanca
in ixtilahuaqui tequi.
Ye temohua ipiltzin,
xoxopan in ompa temoya,
in Ipalnemohuani.
In mocuicaizhuayotia
moxochiapana huehuetitlan,
momalina.
Ye motech on quiza
a ihuintixochitli,
¡ma xon ahuiyacan!⁵

⁵ *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 1r-2r.

Con flores de cacao,
exclama y viene veloz,
allá con las flores se alegra
en el interior de las aguas.
Viene de prisa con su escudo de oro.
Que con abanicos
con el cayado de flores rojas,
con banderas de pluma de quetzal
vengamos a dar alegría
en el interior de las casas de la primavera.

Resuenan los timbales color de jade,
lluvia de florido rocío
ha caído sobre la tierra.
En la casa de plumas amarillas
está lloviendo con fuerza.
Su hijo ha bajado,
en la primavera desciende allí,
es el Dador de la Vida.
Sus cantos hacen crecer,
se adorna con flores en el lugar de los atabales,
se entrelaza.
De aquí ya salen,
las flores que embriagan,
¡alegraos!

TLATOLPEHUALIZTLI

¿Can tyanemi a, ticuicanitl?
Ma ya hualmoquetza xochihuehuetl
quetzaltica huiconticac,
teocuitlaxochinenepaniuhticac.
Tiquimonahuiltiz in tepilhuan,
teteucti in quauhtlo, ocelotl.

Yn tlachahce otemoc aya huehuetitlan,
ye nemi in cuicanitl
zan quiquetzalintoma ya,
quexexeloa aya ycuic Ipalnemoa.

Quiyananquilia in coyolyantototl.
Oncuicatinemi, xochimana.
Mana ya toxoch.
In canon in noconcaqui ytlatol,
tlacahzo yehuatl Ipalnemoa, quiyananquilia,
quiyananquilia in coyolyantototl,
oncuicatinemi, xochimana.

In chalchihuitl on quetzalpihpixauhtimani,
a ym motlatol huia,
No yuh ye quittoa y Ayoquan, yehua yan Cuetzpal
anqui nel in ye quimatin Ipalnemoa.
No iuh quichihuacon
teuctlon, timaloa
ye can quetzalmaquiztla matiloltica
ya conahuiltia ycel teotl.

¿Ach canon azo ceyan Ipalnemoa?
¿Ach canon azo tle nel in tlalticpac?
Macuelachic,
ma oc ixquich cahuitl,

PRINCIPIO DEL DIÁLOGO

¿Dónde andabas, oh poeta?
Apréstese ya el florido tambor,
ceñido con plumas de quetzal,
entrelazadas con flores doradas.
Tú darás deleite a los nobles,
a los caballeros águilas y tigres.

Bajó sin duda al lugar de los atabales,
allí anda el poeta,
despliega sus cantos preciosos,
uno a uno los entrega al Dador de la vida.

Le responde el pájaro cascabel.
Anda cantando, ofrece flores.
Nuestras flores ofrece.
Allá escucho sus voces,
en verdad al Dador de la vida responde,
responde el pájaro cascabel,
anda cantando, ofrece flores.

Como esmeraldas y plumas finas,
llueven tus palabras.
Así habla también Ayocuan Cuetzpaltzin,
que ciertamente conoce al Dador de la vida.
Así vino a hacerlo también
aquel famoso señor
que con ajorcas de quetzal y con perfumes,
deleitaba al único Dios.

¿Allá lo aprueba tal vez el Dador de la vida?
¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra?
Por un breve momento,
por el tiempo que sea,

niquinnotlanehui in chalchiuhtin,
in maquiztin, in tepilhuan.
Zan nicxochimalina in tecpillotl.
Zan can ica nocuic yca ya noconilacatzohua
a in huehuetitlan.
Oc noncohuati nican Huexotzinco.
y nitlahtohuani, ni Tecaehuatzin,
chalchiuhti zan quetzalitzin,
y niquincenquixtia in tepilhuan.
Zan nicxochimalina in tecpillotl.⁶

ITLATOL TEMICTLI

Auh tocnihuane,
tla xoconcaquican yn itlatol temictli:
xoxopantla technemitia,
in teocuitlaxilotl, techonythuitia
flauhquecholelotl, techoncozcatia.
¡In ticmati ye ontlaneltoaca
toyiollo, tocnihuan!⁷

⁶ *Cantares mexicanos...*, f. 9v.

⁷ *Cantares mexicanos...*, f. 12r.

he tomado en préstamo a los príncipes:
ajorcas, piedras preciosas.
Sólo con flores circundo a los nobles.
Con mis cantos los reúno
en el lugar de los atabales.
Aquí en Huexotzinco he convocado esta reunión.
Yo el señor Tecayehuatzin,
he reunido a los príncipes:
piedras preciosas, plumajes de quetzal.
Sólo con flores circundo a los nobles.

EL SUEÑO DE UNA PALABRA

Y ahora, oh amigos,
oíd el sueño de una palabra:
Cada primavera nos hace vivir,
la dorada mazorca nos refrigera,
la mazorca rojiza se nos torna un collar.
¡Sabemos que son verdaderos
los corazones de nuestros amigos!

AYOCUAN CUETZPALTZIN

EL SABIO, ÁGUILA BLANCA, DE TECAMACHALCO*

Poeta y sabio celebrado en no pocos cantares fue Ayocuan Cuetzpaltzin. Así, entre otros, un poeta de la región de Chalco dejó las siguientes palabras acerca de él:

Quedaron entrelazadas
las flores color de pájaro azul
con las matizadas como el ave roja:
son tu corazón, tu palabra,
oh príncipe, señor chichimeca, Ayocuan,
¡muéstrate en la tierra siquiera un momento!¹

Ayocuan fue oriundo de la región poblana. Gracias al testimonio en náhuatl de la *Historia tolteca-chichimeca*, sabemos que fue hijo del chichimeca Cuetzpaltzin, quien a principios del siglo XV, gobernaba en los pueblos Coahuayocan y Cuauhtepec.² Según otra fuente, el mismo Cuetzpaltzin, al parecer hombre poderoso por entonces, fue quien gobernó asimismo el señorío de Tecamachalco entre 1420 y 1441.³

* Nació durante la segunda mitad del siglo XV y murió a principios del XVI.

¹ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 35v.

² *Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. Ernst Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munksgaard, 1942, v. I, f. 32. De esta importante obra existen, además de la edición ya mencionada, las siguientes: en versión al alemán, Ernst Mengin y Konrad Preuss, *Die mexikanische Bilderhandschrift* Historia tolteca-chichimeca, *Baessler Archiv*, Baessler-Institut, Museum für Völkerkunde, Ethnologisches Museum Berlin, Berlín, parte 1 y 2, 1937-1938; y, en muy deficiente versión al español, *Historia tolteca-chichimeca, Anales de Quauhtinchan*, versión y notas de Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón, prólogo de Paul Kirchhoff, en *Fuentes para la historia de México*, México, Antigua Librería Robredo, 1947.

³ *Anales de Tecamachalco. Crónica local en idioma náhuatl*, ed. de Antonio Peñafiel, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903 (Colección de documentos para la historia mexicana, 5), p. 3.

Pero en este último año, Cuetzpaltzin fue atacado por gentes de Coatlínchan, Cholula, Huexotzinco y Tlaxcala hasta verse forzado a abandonar su señorío.⁴

La misma *Historia tolteca-chichimeca* consigna para el año de 1448, un dato interesante en relación con Ayocuan, el hijo de Cuetzpal que habría de destacar más tarde como poeta: “Cuetzpal llevó entonces a educar a sus hijos Xochicózcatl, Quetzalécatl y Ayocuan a Quimixtlan”.⁵ Este lugar, cuyo nombre significa “el sitio envuelto en nubes”, está al nordeste del Citlaltépetl, en región elevada donde son frecuentes las lluvias y las neblinas. En ese ambiente pasó los años de su juventud Ayocuan, en contacto directo con la naturaleza y recibiendo de su padre y de algunos maestros la educación que lo haría adentrarse en el conocimiento de las antiguas creencias y tradiciones.

De la vida de Ayocuan en sus años de madurez, sabemos que frecuentaba la región de Huexotzinco y Tlaxcala, adonde iba invitado por otros poetas amigos suyos, entre ellos Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco. Curiosamente se recuerda, como comentario a uno de sus poemas, que, yendo muchas veces por los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala, Ayocuan Cuetzpaltzin repetía en voz alta frases y poemas que parecen encerrar el meollo de su pensamiento: “¡Que permanezca la tierra!/ ¡Que estén en pie los montes!/ Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin,/ en Tlaxcala, en Huexotzinco”.⁶

Se ignora a punto fijo si Ayocuan, al igual que su padre, llegó a gobernar algún señorío dentro de la región poblano-tlaxcalteca. Al recordarse su figura en otro cantar anónimo, se dice de él que llegó a ser “señor chichimeca, Ayocuan, sacerdote, águila blanca”,⁷ pero sin precisar ni el tiempo ni el lugar donde Ayocuan pudo haber ejercido estas funciones.

Una vez más la *Historia tolteca-chichimeca* refiere un hecho que pone al descubrimiento otro rasgo del carácter y actitud de Ayocuan. Se dice allí que en el año 12-Pedernal, que corresponde al de 1502, Ayocuan en compañía de otro señor de nombre Ixcocatzin intervino ante el prín-

⁴ *Historia tolteca-chichimeca*..., f. 44.

⁵ *Idem*.

⁶ *Cantares mexicanos*..., f. 14v.

⁷ *Ibidem*, f. 34v.



Ayocuan de Tecamachalco, sabio que repetía por los caminos de Tlaxcala y Huexotzinco: “¡Que permanezca la tierra! ¡Que estén en pie los montes!”

cipe Totomochtli en busca de un acuerdo en problemas relacionados con la propiedad de la tierra: “Año 12-Pedernal, entonces Totomochtli tomó nuestras tierras allá en Tlaxcotenpan. Después de haberlas tomado, le rogaron y dijeron Ixcocatzin y Ayocuatzin: Escucha, oh príncipe, aunque la propiedad sea de tu hermano menor, Tezacohuatl Quaytzin, allá en Tlaxocopa Zoltepec, ¿acaso allá él sólo beberá, comerá? Haced pues un arreglo”.⁸

Así, al parecer pasó su vida Ayocuan Cuetzpaltzin frecuentando señores y príncipes, dialogando con poetas, actuando como mediador, repitiendo por los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala sus poemas y las palabras en las que resumía el fruto de sus meditaciones. Aunque no es mucho lo que se conserva de sus composiciones poéticas, lo que conocemos justifica los múltiples elogios de que fue objeto. Realmente, al leerlas, podemos hacer nuestro el deseo de aquel que exclamó: “¡Ojalá viniera siquiera un momento para darte alegría Ayocuan, coyote blanco!”

⁸ *Historia tolteca-chichimeca...*, f. 52.

A pesar de quedar pocas muestras de la poesía de Ayocuan, éstas permiten percibir algo de lo que fue el alma de su pensamiento. Hemos visto que en uno de los cantares compuestos en su honor se le llama *teohua*, que quiere decir sacerdote. Otro colega suyo, Tecayehuatzin de Huexotzinco, afirma a su vez que “Ayocuan Cuetzpaltzin ciertamente se ha acercado al Dador de la vida”. Efectivamente lo que conocemos de su obra poética vuelve patente su profundo sentido religioso.

Punto de partida en el pensamiento de Ayocuan parece haber sido la experiencia de la inestabilidad de cuanto existe. De esta experiencia derivó luego una especie de sentido que lo llevó a reconocer y proclamar la inanidad del hombre y de sus propias creaciones.

Afirma Ayocuan que “en vano hemos llegado, en vano hemos brotado en la tierra”. Cree en el arte y el símbolo, pero piensa también que, siendo vana la realidad del hombre, “nuestro anhelo afea las bellas flores y los bellos cantos y nuestra inventiva los echa a perder”.

Para él “la tierra es la región del momento fugaz”. Tal vez por ello reiteraba por los caminos de Tlaxcala y Huexotzinco como un estribillo: “¡Que permanezca la tierra, que estén en pie los montes!” Pero si en el mundo todo es vano, incluso las creaciones del hombre, ¿qué puede pensarse, se pregunta Ayocuan, acerca del lugar donde después de la muerte dicen que de algún modo se vive? Querría saber: “¿Allá se alegra uno? ¿Hay allá amistad, o sólo aquí en la tierra hemos venido a conocer nuestros rostros?”

En busca de algo que sobreviva más allá de esta “región del momento fugaz”, reconoce el valor de la amistad, “lluvia de flores preciosas”. Piensa también que “si, en vano hemos llegado, en vano hemos brotado en la tierra”, al menos quedará el recuerdo de los símbolos, las flores y los cantos, que logramos concebir y expresar. Finalmente, dando cauce a sus sentimientos religiosos, dice que el mejor de los destinos del hombre es “esforzarse y querer las flores del Dador de vida”.

Pregunta a los poetas, sus amigos, si acaso ellos “con el Dios han hablado”. Como su contemporáneo Nezahualcóyotl afirma que cuando los timbales, las conchas de tortuga, la música de las flautas y la poesía se dejan oír, “hacia acá baja nuestro padre Dios”. Desplegados los tapices de quetzal en la casa de las pinturas, “así se venera en la tierra y el monte, así se venera al único Dios”. Sus últimas palabras en

el diálogo de la flor y el canto son afirmación de su deseo más profundo: “¡Mi casa dorada de las pinturas es también tu casa, único Dios!”

Los poemas de Ayocuan dan testimonio de su preocupación y su anhelo por superar la inanidad de “la región del momento fugaz”. Revelan que el sabio andariego que recorría los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala, repitiendo lo que pensaba y creía, era por vocación, como de él quedó dicho, un *teohua*, poseedor de lo que concierne a los dioses. Ayocuan fue ciertamente águila blanca que buscaba siempre la altura como en los días de su juventud cuando meditaba en Quimixtlan, la elevada región donde el agua de lluvias se desprende de la tierra para subir como niebla y volver a existir como nube.

¡MA HUEL MANIN TLALLI!

¡Ma huel manin tlalli!

¡Ma huel ica tepetl!

Quihualitoa Ayoquan, zan yehuan Cuetzpaltzin.

Tlaxcallan, Huexotzinco.

In a izquixochitl, cacahuazochitl

ma onnemahmaco.

¡Ma huel mani tlalla!⁹

⁹ *Cantares mexicanos...*, f. 14v.

¡QUE PERMANEZCA LA TIERRA!

¡Que permanezca la tierra!
¡Que estén en pie los montes!
Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin.
En Tlaxcala, en Huexotzinco.
Que se repartan
flores de maíz tostado, flores de cacao.
¡Que permanezca la tierra!

IN XOCHITL, IN CUICATL

Ayn ilhuicac itic ompa ye ya huitz
in yectli yan xochitl, yectli yan cuicatl.
Conpoloan tellel,
conpoloan totlayocol,
y tlachahzo yehuatl in chichimecatl teuctli in Tecayehuatzin.
jyca xonahuiaacan!

Moquetzalizquixochintzetzelo a in icniuhyotl.
Aztacaxtlatlapantica,
ye on malinticac in quetzalxiloxochitl:
ymapan onnehnemi,
conchihchichintinemih
in teteuctin, in tepilhuan.

Zan teocuitlacoyoltototl:
o huel yectlin amocuc,
huel yectli in anquehua.
Anquin ye oncan y xochitl yiahualiuhcan.
Y xochitl ymapan amoncate, yn amontlahtlahtoa.
¿Oh ach anca tiquechol, in Ipalnemoa?
¿O ach anca titlatocauh yehuan teotl?
Achtotiamehuan anquitztoque tlahuizcalli,
amoncuicatinemi.

Maciuhtia o in quinequi noyollo
zan chimalli xochitl,
in ixochiuh Ipalnemoani.
¿Quen conchiuaz noyollo yehua?
Onen tacico,
tonquizaco in tlalticpac.
¿Zan ca iuhquin onyaz
in o ompopoliuhxochitla?
¿An tle notleyo yez in quenmanian?

LAS FLORES Y LOS CANTOS

Del interior del cielo vienen
las bellas flores, los bellos cantos.
Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder,
a no ser los del príncipe chichimeca Tecayehuatzin.
¡Con los de él, alegraos!

La amistad es lluvia de flores preciosas.
Blancas vedijas de plumas de garza,
se entrelazan con preciosas flores rojas,
en las ramas de los árboles,
bajo ellas andan y liban
los señores y los nobles.

Vuestro hermoso canto:
un dorado pájaro cascabel,
lo eleváis muy hermoso.
Estáis en un cercado de flores.
Sobre las ramas floridas cantáis.
¿Eres tú acaso, un ave preciosa del Dador de la vida?
¿Acaso tú al dios has hablado?
Tan pronto como visteis la aurora,
os habéis puesto a cantar.

Esfuércese, quiera mi corazón,
las flores del escudo,
las flores del Dador de la vida.
¿Qué podrá hacer mi corazón?
En vano hemos llegado,
hemos brotado en la tierra.
¿Sólo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?

¿An tle nitauhca yez in tlalticpac?
¡Manel xochitl, manel cuicatl!
¿Quen conchihuaz noyollo yehua?
Oontacico,
tonquizaco in tlalticpac.

Man tonahuiacan, antocnihuan,
ma onnequechnahualo nican.
Xochintlalticpac, ontianemi.
Ye nican ayac quitlamitehuaz
in xochitl, in cuicatl,
in mani a ychan Ipalnemohuani.

Yn zan cuel achitzincan tlalticpac,
¿Oc no iuhcan quenonamican?
¿Cuix oc pacohua?
¿Icniuhthua?
¿Auh yn amo zanio nican
tontiximatico in tlalticpac?¹⁰

¹⁰ *Ibidem*, f. 10r.

¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Qué podrá hacer mi corazón?
En vano hemos llegado,
hemos brotado en la tierra.

Gocemos, oh amigos,
haya abrazos aquí.
Ahora andamos sobre la tierra florida.
Nadie hará terminar aquí,
las flores y los cantos,
ellos perduran en la casa del Dador de la vida.

Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así en el lugar donde de algún modo se vive?
¿Allá se alegra uno?
¿Hay allá amistad?
¿O sólo aquí en la tierra
hemos venido a conocer nuestros rostros?

HUEXOTZINCO ICUIC

Hualixtococ, hualcocolilo
ya yn atl in tepetl, y Huexotzinco,
tzihuaactlan, tzaqualotoc,
in tlacochahuayotoc in Huexotzinco.

Tetzilacatl, ayotl
cahuantoc aya amocal,
in manica Huexotzinco.
Yn oncan ontlapia in Tecayehuatzin,
quecehuatl teuctli
ontlapitza, oncuica,
zan ca ye ichan ye Huexotzinco.
Xontlacaquican:
ye hualtemo ya in tota Teotl.
Can ca ye ichan,
ocelocacahuehuetl comontoc,
in tetzilacacuicatl,
oncahuantoc ye oncan.

Ach in iuh ca a xochitl,
can zanitli quetzalli ia quemitl huilantoc
amoxcalitec.
Ynic onpialo tlaloyan, tepetl,
ynic onpialo yn icel teotl.
Xochimitletlehuatoc
mochalchiuhcancacal.
Noteocuitlaamoxcacal,
janca ye mochan, yn icel teotl!¹¹

¹¹ *Ibidem*, f. 12r.

CANTO EN LOOR DE HUEXOTZINCO

Asediada, odiada
sería la ciudad de Huexotzinco,
si estuviera rodeada de dardos.
Huexotzinco circunda de espinosas flechas.

El timbal, la concha de tortuga
repercuten en vuestra casa,
permanecen en Huexotzinco.
Allí vigila Tecayehuatzin,
el señor Quecéhuatl,
allí tañe la flauta, canta,
en su casa de Huexotzinco.
Escuchad:
hacia acá baja nuestro padre el dios.
Aquí está su casa,
donde se encuentra el tamboril de los tigres,
donde han quedado prendidos los cantos
al son de los timbales.

Como si fueran flores,
allí se despliegan los mantos de quetzal
en la casa de las pinturas.
Así se venera en la tierra y el monte,
así se venera al único dios.
Como dardos floridos e ígneos
se levantan tus casas preciosas.
Mi casa dorada de las pinturas,
¡también es tu casa, único dios!

XICOHTÉNCATL EL VIEJO

SEÑOR DE TIZATLAN, CANTOR DE LA GUERRA FLORIDA*

La región poblano-tlaxcalteca fue fecunda en poetas y sabios. Ya nos es conocida la figura de Tecayehuatzin, el señor de Huexotzinco, empeñado en esclarecer el sentido más hondo del arte y el símbolo que son “flor y canto”. Hemos hablado también del sabio Ayocuan Cuetzpaltzin que sin cesar repetía por tierras de Tlaxcala y Huexotzinco aquellas palabras que parecen expresión del meollo de su pensamiento: “¡Que permanezca la tierra, que estén en pie los montes!”

Tecayehuatzin y Ayocuan, oriundos respectivamente de Huexotzinco y Tecamachalco, tuvieron colegas y amigos, también forjadores de cantos, entre los sacerdotes y nobles de la nación tlaxcalteca. Por encima de rivalidades políticas y de frecuentes contiendas, los sabios y poetas de Tlaxcala eran sus allegados y compañeros. Prueba de esto nos la da el famoso convite que tuvo lugar en la casa de Tecayehuatzin, al que acudieron poetas de Tlaxcala, recibidos alegremente con estas palabras: “Vosotros de allá, de Tlaxcala, habéis venido a cantar al son de brillantes timbales, en el lugar de los atabales”.

Particularmente existió esta relación de simpatía entre los amantes del canto que vivían en Huexotzinco y algunos poetas de Tizatlan, una de las cuatro cabeceras de la que bien puede llamarse “confederación tlaxcalteca”. En el diálogo al que se ha aludido se mencionan justamente los nombres del sabio Camaxochitzin, de Xicohténcatl el Viejo y de Motenehuatzin, todos ellos de Tizatlan. Interesante resulta destacar el hecho de la amistad entre quienes cultivaban la poesía, como herederos de una misma tradición cultural, que les

* Nació hacia el año 11-Casa (1425) y murió en el año 4-Conejo (1522).

permitía acercarse a pesar de las guerras y las frecuentes diferencias de partido.

Ya desde la primera mitad del siglo xv, los señoríos de Tlaxcala habían alcanzado considerable esplendor. Establecidas primeramente las cabeceras de Tepetícpac y Ocotelulco “con gentes de cuenta y principales”, como lo refiere Torquemada,¹ algún tiempo después vinieron a crearse las de Tizatlan y Quiahuiztlan. El más antiguo señor de Tizatlan, interesado ya por la poesía y el saber, se llamó Xayacamachan, conocido también como el príncipe Tepolóhuatl. A él habrá de aludir mucho tiempo después otro forjador tlaxcalteca de cantos, amigo de Tecayehuatzin. Haciendo recuerdo de este primer señor de Tizatlan, exclamará:

Oh Tepolóhuatl,
 oh príncipe Tepolóhuatl,
 todos vivimos,
 todos andamos en medio de la primavera,
 no son iguales las flores,
 no son iguales los cantos.²

Asentada así desde un principio la tradición de una nobleza amante del canto en Tizatlan, nada tiene de extraño que entre los sucesores de Xayacamachan hubiera también quienes cultivaran el mismo arte. Según el testimonio de Torquemada, tal sería precisamente el caso de Xicohténcatl el Viejo. Era éste hijo del príncipe Aztahua y nació, a lo que puede colegirse, hacia el año de 1425. A Xicohténcatl tocaría vivir cerca de un siglo de historia plena de acontecimientos tan importantes como el encumbramiento de los aztecas, y ya en su ancianidad, la destrucción de la antigua forma de vida con la llegada de los forasteros de más allá de las aguas inmensas.

Según el historiador tezcocano Ixtlilxóchitl, Xicohténcatl se distinguió en los días de su juventud como valiente capitán que, aliado

¹ Fray Juan de Torquemada, *Los 21 libros rituales y Monarquía indiana*, 3v., fotocopia de la segunda edición, Madrid, 1723, v. I, p. 274.

² *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 10v.



Xicohténcatl, el longevo señor tlaxcalteca, cantor de la guerra florida y testigo de la grandeza y la ruina de la nación azteca, *Lienzo de Tlaxcala*, lám. I

primeramente al sabio rey Nezahualcóyotl, participó en importantes conquistas y campañas como la que se llevó a cabo en contra de los huastecos.³ Hacia el año de 1455, Xicohténcatl, de común acuerdo con los tres señoríos de la región de los lagos, México-Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, tomó una decisión que a la larga habría de tener lamentables consecuencias para Tlaxcala. Dialogando con Nezahualcóyotl de Tezcoco, Totoquihuatzin de Tlacopan, Motecuhzoma y el célebre Tlacaélel de México, aceptó la institución de las guerras floridas o sagradas que habrían de llevarse a cabo de manera sistemática entre los aliados de la región lacustre por una parte y los señoríos de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula por la otra. Bien claramente precisa Ixtlilxóchitl los objetivos de esta manera de guerras. Acordaron, nos dice, “se señalase in campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas y que los que fuesen presos y cautivos en ellas, se sacrificasen a sus

³ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 203.

dioses [...]. De más de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes y que esto se había de entender sin exceder los límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y señoríos”.⁴

Conocida es la historia de las guerras floridas, en las que además de buscarse, como se ha dicho, el adiestramiento de los guerreros y capitanes jóvenes, entraba asimismo en juego la idea central del pensamiento azteca, el pueblo elegido del sol. Para mantener el orden cósmico era necesario fortalecer la vida del sol. Así como los dioses con su sangre habían dado la vida a los hombres, también éstos debían contribuir con el mismo líquido precioso, fuente de energía universal requerida por Tonatiuh, “el que va haciendo el día y el calor”.

La voluntad de poder de los aztecas que llegaron a desarrollar plenamente una visión místico-guerrera del mundo, los llevó a consumir grandes conquistas y a convertirse en señores de inmensas regiones. En medio de esa expansión siempre creciente, los señoríos tlaxcaltecas se vieron al fin totalmente rodeados por tierras y estados sometidos a México-Tenochtitlan y a sus aliados. De este hecho habrían de derivarse no pocos infortunios para Tlaxcala y habría de originarse igualmente ese profundo antagonismo que tan claramente se manifestó en los días de la conquista.

No siendo posible tratar aquí de las múltiples actuaciones de Xicohtécatl durante los largos de su gobierno, añadiremos tan sólo que pudo él comprender como nadie el más hondo significado de la ilimitada hegemonía de los aztecas. Contemporáneo de varios reyes de México-Tenochtitlan, de Motecuhzoma Ilhuicamina, de Axayácatl, de Tízoc, de Ahuízotl y de Motecuhzoma II, tocó a él finalmente actuar de manera decisiva cuando en 1519 se conoció la llegada de gentes hasta entonces no vistas.

A pesar de incertidumbre y vacilaciones, los gobernantes tlaxcaltecas, y entre ellos muy especialmente Xicohtécatl de Tizatlan y Maxicatzin de Ocotelolco, encontraron al fin en la presencia de los hombres de Castilla un medio para hacer frente al pueblo azteca. Como lo indica el historiador tlaxcalteca Muñoz Camargo, tras mucho deliberar y

⁴ *Ibidem*, p. 207.

después de ver cómo tan fácilmente habían sido vencidos los guerreros otomíes de Tecoaac, decidieron recibir y acoger a los forasteros en son de paz.⁵ Xicohtécatl, que tenía entonces muy cerca de cien años, estaba casi ciego. Por ello, “cuando salió a recibir a Hernando Cortés, según lo consigna Torquemada, salió en brazos de dos caballeros de su casa y para poderle ver, le levantaron los párpados de los ojos porque con mucha vejez los tenía muy caídos”.⁶

El final de esta historia es bien conocido. Los tlaxcaltecas se convirtieron en decididos aliados de la gente de Castilla. El propio Xicohtécatl, con otros señores y nobles, recibió el bautismo. Y si antes de morir pudo contemplar la ruina total de México-Tenochtitlan, también hubo de sufrir grandemente, entre otras cosas por la muerte de no pocos tlaxcaltecas y muy en especial por la de su hijo, el joven Xicohtécatl, que tanto se opuso a la alianza de su pueblo con los recién llegados forasteros.

Hemos dicho que por varias fuentes y referencias se sabe que el viejo Xicohtécatl fue también forjador de cantos.⁷ De los que él pudo componer, conocemos tan sólo uno. Ciertamente es que éste aparece en la colección de la Biblioteca Nacional de México, intercalado en una especie de largo poema mímico en el que hay obvias alusiones a ideas cristianas y a personajes más tardíos. Sin embargo bien puede distinguirse la porción atribuida a Xicohtécatl por la expresión de ideas, como la de las guerras floridas, de manifiesto origen prehispánico. Esta parte del texto probablemente proviene de los años en que el señor de Tlaxcala aún se ufanaba de esas luchas en cuya organización él mismo había participado. Con un lenguaje en el que abundan los símbolos, evoca las guerras con la gente de México. Los capitanes tlaxcaltecas marchan a la región de los lagos. Van en busca del agua preciosa: sus escudos son como cántaros que hacen posible acarrear el agua florida.

⁵ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, 6a. ed., México, Talleres Gráficos Laguna, 1948, p. 197-201.

⁶ Torquemada, *Monarquía indiana...*, v. I, p. 275.

⁷ Además de los testimonios ya citados, recordaremos aquí un último tomado del manuscrito tezcocano conocido como *Romances de los señores de la Nueva España* (Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 1r): “¡Ojalá, exclama un poeta, que allá en buen tiempo, en Tlaxcala, estén mis floridos cantos aletargantes, ojalá estén los cantos que embriagan de Xicohtécatl!”



El encuentro de Xicohténcatl con Hernán Cortés, *Lienzo de Tlaxcala*, lám. 29

Con antigua manera de barroquismo indígena Xicohténcatl se re-crea acuñando metáforas, apuntamientos distintos al simbolismo de la guerra sagrada: “!Que no vayan en vano [..]! Ya está en pie el precioso cántaro color de obsidiana [...], con él hay que llevar a cuestras el agua, vamos a acarrearla allá a México, desde Chapolco [Chapultepec], en la orilla del lago”.

En el poema exhorta a sus hijos; como de paso alude a Cuauhtencoztli, capitán azteca que también fue poeta; asimismo se dirige al joven Xicohténcatl-Axayácatl, a quien llama “hijo pequeño, hechura preciosa”, animándolo a marchar también al lugar donde se hallan las aguas del sacrificio.

Las palabras finales reiteran al aprecio por la guerra y son para nosotros la clave que permite comprender el sentido del poema: “La guerra florida, la flor del escudo, han abierto su corola. Están en pie los

grandes árboles, llueven flores escogidas [...]. ¡Brotó el agua del cántaro precioso!”

Extraño y casi dramático resulta que precisamente el único poema que conocemos de Xicohténcatl se refiera a las guerras floridas que al correr de los años, más que provecho, fueron carga para Tlaxcala. Si como lo reiteran las fuentes, poeta famoso fue Xicohténcatl, seguramente hizo objeto de sus cantos otros temas distintos. Al ofrecer aquí su recordación de la guerra florida, nos parece encontrar en ella un feliz testimonio de su maestría en el arte de crear metáforas y símbolos.

XICOHTENCATL ICUIC

Neh niqittoa, ni Xicohtencatl Teuctli:
¡Aneyatlaxiauh!
¡Xicana in mochimal: xochiacontzin!
Mohuicoltzin,
anozo ihcac motolteca itzontzotzocoltzin,
ica tamemezque,
tazacatihui ye oncan ye Mexico,
in Chapolcopa atitlan.

Anentlaxiauh,
¡nomache, niccahuan ya, tomachuane,
anapipiltin!
Nicteca yn atl,
Quauhtencoztli in teuctli,
¡tlayenochtonhua!
¡Tamemezque,
tazacatihui yene!

Nequiyeontzatzia in achcauhtzin, in ye Motelchiutzin,
tocnihua,
quilmach yeoc yohuac.
Ticanatihui tlatlamemel:
hueltetehuilotic, xiuhtehuiltic, in quetzalitz,
acuecuyocatimani.
Ye ic tonaciz oncan tecomatla,
¡ya anentlaxiye!

Mach nonoxicotaz ye Nanahuatl.
¡Nicauhhe!
Titlacatecatl, ticuitlachihuitl,
hueltoltecatl, teocuitlatica in tlacuilolli,
ye ahuicoltzin conicuiloa, Axayacatl teuctli.
Tocenmantazque,
ye ic tonaci ye chalchiuh atica.

CANTO DE XICOHTÉNCATL

Yo lo digo, yo el señor Xicohténcatl:
¡que no vayan en vano!
¡Toma tu escudo: cántaro de agua florida!
Tu ollita de asa,
ya está en pie tu precioso cántaro color de obsidiana,
con ellos a cuestras llevaremos el agua,
vamos a acarrearla allá a México,
desde Chapolco, en la orilla del lago.

No vayáis en vano,
¡mi sobrino, mis hijos pequeños, sobrinos míos,
vosotros, hijos del agua!
Hago correr el agua,
señor Cuauhtencoztli,
¡vayamos todos!
¡A cuestras llevaremos el agua,
vamos a acarrearla en verdad!

Quiere pregonarlo el capitán Motelchiuhtzin,
¡amigos nuestros!
Dizque todavía no amanece.
Tomamos nuestra carga de agua:
cristalina, color turquesa, preciosa,
que se mueve ondulante.
Te acercarás así allá, al lugar de los cántaros,
¡no vayas en vano!

Allá tal vez estará rumoreando Nanáhuatl.
¡Mi hijo pequeño!
Tú, comandante de hombres, tú, hechura preciosa,
pintura a la manera tolteca, con oro y plata,
pinta el cántaro precioso, señor Axayácatl.
Nosotros juntos vamos a tomar,
nos acercamos a las aguas preciosas.

Ontzetzelihui, pipixahui,
Onneapanaltzin ye itech.

Noxochiazacayatzini Huanitzin,
nechyamacaco,
¡notlatzintihua, tlaxcalteca yechichimeca!
¡Anentlaxia!

Yn tlachinolxochitl, chimalxochitl,
oncuepontoc.
Tlatlatzcatimani,
iyacaxochitl ontzetzelihui,
anquizo yehuatl
ye ic contzaquaco teocuitlatla,
yen oc on ana xiuhtlacuilolli.
¡Yenapilolotzin icnoconmemeya!⁸

⁸ *Cantares mexicanos...*, f. 57v-58r.

Van cayendo, llueven gotas,
allá junto a los pequeños canales.

El que acarrea mi agua florida, Huanitzin,
ya viene a dármela,
¡oh mis tíos, tlaxcaltecas, chichimecas!
¡No vayáis en vano!

La guerra florida, la flor del escudo,
han abierto su corola.
Están haciendo estrépito
llueven las flores bien olientes,
así tal vez él,
por esto vino a esconder el oro y la plata,
por esto toma los libros de pinturas del año.
¡Mi pequeño canal, con mi cántaro va el agua!

UN POETA DE CHALCO

*Aquí está el agua y el monte,
aquí el altar de los jades
Amaquemecan-Chalco [...]
en la orilla del bosque,
en la cercanía de las nieves [...]
donde vive la codorniz blanca [...].*

Chimalpain, *Cuarta relación*, f. 116r.



Glifo de Chalco

CHICHICUEPON DE CHALCO

POETA Y LITIGANTE DESAFORTUNADO*

Señorío de vieja historia fue Chalco en los tiempos prehispánicos. Su privilegiada situación geográfica con la inmediata vecindad de los volcanes al oriente y con la riqueza derivada del antiguo lago al norte y al poniente, ayuda a comprender por qué la región de Chalco fue de manera no interrumpida asiento de pueblos desde tiempos muy anteriores a la era cristiana. Allí, también se dejó sentir más tarde la influencia de los misterios olmecas y de los artífices del esplendor clásico y de la cultura tolteca. Finalmente, como en otros lugares del altiplano central, la comarca de Chalco se vio también poblada por grupos de inmigrantes chichimecas que comenzaron a hacer su aparición por lo menos desde el siglo XII d. C.

La historia de Chalco y de los varios centros que allí florecieron, como Amecameca, Tlalmanalco, Xicco, Tlaltecahuacan y otros más, nos la ha conservado principalmente el historiador Chimalpain Cuauhtlehuantzin. Nacido en Amecameca a fines del siglo XVI, escribió en náhuatl sus relaciones históricas y un diario personal, en los que ofrece cuantas noticias allegó acerca del origen y florecimiento de su patria chica.¹

* Poeta del siglo XV.

¹ El historiador Domingo de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuantzin, que tal era su nombre completo, nació en la antigua Amaquemecan, hoy día Amecameca, en la provincia de Chalco, durante la noche del 26 al 27 de mayo de 1579. Descendiente de la antigua nobleza de Chalco, como lo indica él mismo en su *Diario* que escribió en náhuatl, aproximadamente a la edad de quince años se trasladó a la ciudad de México. Allí entró a servir en el convento de San Antonio Abad, donde aprendió a leer y escribir. Desde entonces empezó a interesarse por conocer y estudiar las antiguas tradiciones de sus mayores. De vivo ingenio, logró que algunos frailes le permitieran leer obras clásicas y otros libros de historia, los cuales cita algunas veces en sus *Relaciones*. Por otra parte, en sus frecuentes visitas a Amecameca y a otros pueblos, tuvo también ocasión de conocer, no ya sólo tradiciones orales, sino también algunas pinturas y códices fragmentarios del mundo indígena. De este modo, al igual que otros historiadores indígenas o mestizos, como

Testimonio del orgullo de la gente de Chalco por cuanto concernía a su antiguo esplendor y a la belleza de la región en la que les había tocado nacer, nos lo ofrecen las siguientes palabras de Chimalpain que casi parecen un himno épico:

Aquí está el agua y el monte,
aquí el altar de los jades,
Amaquemecan-Chalco,
en el lugar del renombre,
en el lugar que es ejemplo,
junto a los cañaverales.
en la orilla del bosque,
en la cercanía de las nieves,
donde se dice Poyauhtlan,
en el lugar de las nieblas,
en el patio florido,
en el patio de niebla,
donde vive la codorniz blanca,
donde la serpiente se enrosca,
junto a la morada de los tigres,
en Tamoanchan,
en el lugar de nuestro origen,
donde las flores se yerguen [...].
Aquí vinieron a establecerse
los señores chichimecas,
los sacerdotes,
los príncipes.²

Ixtlilxóchitl y Tezozómoc, Chimalpain fue concededor de dos formas de historiografía: la de origen europeo y la indígena.

Muerto hacia el año de 1660, escribió varias historias y relaciones, unas veces en náhuatl y otras en castellano, sobre el pasado de su pueblo y, en general, del mundo náhuatl. Sin pretender dar aquí una bibliografía completa de las obras de Chimalpain, vale la pena mencionar el menos las principales: las ocho relaciones conocidas bajo el título general de *Diferentes historias originales*; el *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacán*; *Crónica mexicana* y su célebre *Diario*, todo esto en náhuatl; así como algunos otros trabajos históricos en español. Añadiremos tan sólo que, aunque se ha publicado algo de la obra de Chimalpain, sigue echándose de menos un estudio completo de su vida y sus trabajos.

² Domingo de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, *Cuarta relación*, en *Diferentes historias originales de los reynos de Culhuacan, y México, y de otras provincias*, traducción y explicación

Por el mismo Chimalpain sabemos que los principios del establecimiento de los chichimecas en la región de Chalco ocurrieron en un año 9-Casa, correspondiente al 1241. En contacto con los toltecas de Culhuacán y con la favorable influencia de gentes poseedoras de cultura superior, los famosos *tlailotaque*, procedentes del sur, el señorío de Chalco alcanzó envidiable prosperidad. A principios del siglo XV los chalcas habían logrado un florecimiento no alcanzado aún por los aztecas.

Famosos llegaron a ser por entonces, entre sus gobernantes, el señor Toteoci y el príncipe Cuatéotl. Pero, en medio de la prosperidad de que gozaban los chalcas, pronto tuvieron que hacer frente a una amenaza hasta entonces no sospechada. Hacia 1430 la situación política que había privado en el Valle de México, cambió por completo. Los aztecas, y sus aliados, habían vencido a los antiguos dominadores de Azcapotzalco e iniciaban su incontenible expansión. Sometido ya el señorío de Coyoacan, la actitud avasallante de los aztecas se dejó sentir bien pronto en Culhuacan, en Cuitláhuac, en Xochimilco y en Mixquic. A Chalco tocó su turno enseguida.

En México-Tenochtitlan reinaba Motecuhzoma Ilhuicamina y en el año 5-Conejo, que equivale al de 1458, como lo establece Chimalpain, “en este año se inició la guerra con Chalco”.³ Lo que entonces sucedió lo refieren con detalle varias crónicas y relaciones indígenas como las del mismo Chimalpain y las del historiador azteca Tezozómoc. El señorío chichimeca de Chalco, tras enconada resistencia, sucumbió al fin. Según los *Anales de Cuauhtitlan*, en el año 9-Conejo (1462) los chalcas quedaron bajo el dominio de Motecuhzoma Ilhuicamina.

Pero, además de haberse conservado esas relaciones en las cuales se consignan las fechas y se ofrece el esquema general de los acontecimientos, tan grande impresión debió haber causado en Chalco la guerra y la derrota que su recuerdo pasó a ser tema de cantares. Entre las recordaciones poéticas de la pérdida de Chalco, en su mayoría anónimas, conocemos una particularmente interesante. Es un poema, a la vez canto épico y elegía, compuesto por un personaje del señorío de Chalco, de nombre Chichicuepon.

de Ernst Mengin, Hamburgo, 1950 (Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, XII), f. 116r.

³ Chimalpain Quauhtlehuanitzin, *Tercera relación*, en *ibidem*, f. 98r.

De él sabemos que era oriundo de la parcialidad de Tlilhuacan. Como veremos más abajo, conocemos también la fecha de su muerte que tuvo lugar en el año 7-Conejo (1486). Chichicuepon pertenecía a la antigua nobleza de Chalco pero, como consecuencia de la guerra, al igual que otros coterráneos suyos, se vio privado de sus tierras y propiedades. Chichicuepon había vivido días de prosperidad. En su juventud se había adentrado en el conocimiento de las antiguas tradiciones y había llegado a formarse una idea de la historia de Chalco y de su posible destino como parecía haberlo dispuesto el Dador de la vida. Prueba de ello la ofrece el poema que de él conocemos en el cual confronta la desgracia presente con el antiguo esplendor y menciona nombres y hechos que evocan la perdida grandeza.

Pero Chichicuepon fue algo más que un poeta y un noble desposeído. La derrota significó confusión. Como lo refieren los *Anales de Cuauhtitlan*, durante 21 años Chalco hubo de ser gobernado por un grupo de capitanes que tuvieron a su cargo cimentar la dominación azteca, principalmente en lo tocante al pago de los tributos.⁴ No fue sino hasta 1486 cuando se restableció la autoridad real con la aprobación de los dominadores aztecas: “En ese año, dicen los citados Anales, vino a empezar el reino de Chalco-Tlacoachcalco. Lo comenzó Itzcahuatzin. Entonces se instaló como señor, pero luego principiaron a abandonarlo los que tenían merecimientos de tierra, los chalcas poseedoras de tierras, porque no se les consideró más como nobles. Sólo en Contlan y Tlaylotlacan se siguieron considerando a sí mismos como gente noble”.⁵

Entre quienes se sintieron así ofendidos por el nuevo gobernante impuesto por los aztecas estaba precisamente Chichicuepon. Al negárseles la calidad de nobles, la consecuencia había sido desposeerlos de sus tierras. Pero ni Chichicuepon ni algunos otros aceptaron lo que consideraban afrenta e injusticia. Por ello en calidad de litigantes se trasladaron a México-Tenochtitlan y hablaron allí en persona con el rey Ahuízotl haciéndole oír sus quejas: “Somos ya unos miserables en

⁴ *Anales de Cuauhtitlan*, en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, f. 53.

⁵ *Ibidem*, f. 58.

Techinantitla. Itzcahua se ha adueñado de nuestras sementeras. Como a miserables sólo nos queda barrer y encender el fuego”.⁶

Tal vez con el propósito de calmar resentimientos y detener posibles desórdenes, Ahuízotl dio oídos a Chichicuepon y a los otros quejosos. Su respuesta fue: “Tomad vuestras tierras”.

A pesar de esto la historia no paró aquí. Si en su primera acción de litigante Chichicuepon tuvo éxito, el desenlace le fue desastroso. Los *Anales de Cuauhtitlan* relatan el final de este episodio:

Cuando el señor Itzcahuatzin de Chalco oyó esto, se irritó y dijo: Iré a ver al señor Ahuítzotzin. Llegó a su presencia y le dijo: Oh señor, tú les has devuelto sus tierras a los de Mihuacan, Tlilhuacan y Tlaylotlacan. Tú me has hecho señor de las tierras de Chalco. ¿Qué he conseguido con esto? Porque así el mando caerá. Has favor de mirar bien esto. Ya de nuevo quieren tenerse por nobles. Se levantan las gentes de Mihuacan, Tlilhuacan y Tlaylotlacan [...].

El señor Ahuízotl le dijo, le respondió: He escuchado tus palabras. Te lo digo, los dejo en tus manos. Tú ya lo sabes. Golpéalos, ahorcalos a todos los que se quieran tener por nobles.

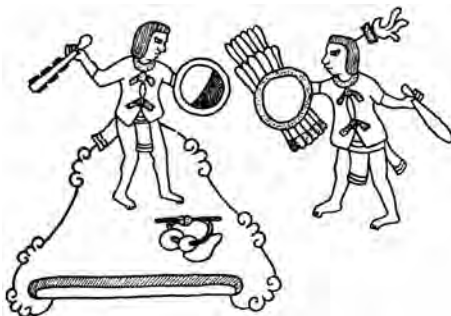
Y así lo hizo Itzcahuatzin. Dio muerte a todos los que se querían tener por nobles. Murió todo aquel que se decía noble.⁷

Este fue el triste fin de Chichicuepon, quien no sólo sufrió con la ruina de Chalco, sino que también pagó con su vida su pretensión de justicia. Pero, si Chichicuepon fracasó como litigante, como poeta logró cierta fama. La única composición que de él conocemos lo liga para siempre con la memoria de Chalco. Es ella alabanza de los antiguos gobernantes y canto triste, recordación de la desventura de la guerra. Por provenir de un hombre que conocía la historia de su pueblo, el poema de Chichicuepon requiere, para ser comprendido, breve explicación y comentario.

Incluido en el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de México, se halla este poema al lado de otras composiciones procedentes de la región de Chalco. En el folio 33r de esta colección aparece en

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*



La guerra de Chalco, *Códice Telleriano-Remensis*, 11

náhuatl la siguiente anotación: “Escuchad ya la palabra que dejó dicha el señor Chichicuepon, el caído en la lucha.” A continuación se transcribe la recordación poética dejada por nuestro personaje.

El poema se abre con una pregunta acerca de la vida más allá de la muerte. Los antiguos señores de Chalco fueron jades y plumajes preciosos. Aunque han muerto, siguen siendo felices en la región donde de algún modo se vive. Allí gozan una vez más del calor y la luz del Dador de la vida. Entre los varios príncipes mencionados ocupa lugar prominente Toteoci, el edificador de los palacios de Chalco y caudillo de la resistencia en los días de la guerra contra los aztecas. En el pensamiento de Chichicuepon parece estar siempre presente el recuerdo de Toteoci. A él se dirige varias veces y acerca de él exclama que, si con su muerte fue a hundirse en las aguas del misterio, ha brotado de nuevo como sauce precioso.

Al lado de Toteoci recuerda también a otros chalcas famosos. Entre ellos están Nequametzin que actuó como emisario diligente, el señor Cuatéotl que se opuso a la penetración azteca, así como Tezozómoc, no el de Azcapotzalco, sino otro príncipe de Chalco, cuya palabra nunca perece. La primera parte del poema puede resumirse como un elogio de los príncipes muertos que ahora son jades y plumajes en la mansión del Dador de la vida.

Abruptamente el poeta hace a un lado los recuerdos de la antigua grandeza para fijar su atención en la guerra: “Quedará el águila frente al rostro del agua. Habrá transformación en la tierra, movimiento en el cielo [...], están en confusión las gentes de Chalco.” Con fuerza repite

Chichicuepon que los enemigos “penetran al interior de Amecameca. ¡Se defiende el de Chalco [...]! Nadie tiene flechas, nadie tiene escudos”. Y tal vez en la región de los muertos “llora el príncipe Toteoci”.

Al final del poema queda el trauma al descubierto: “Se destruye el de Chalco, se agita allá en Almoloya”. La injusticia es imputable a los aztecas y a sus aliados los acolhuas de Tezcoco y los Tecpanecas de Tlacopan: “Águilas y tigres, algunos mexicanos, acolhuas, tepanecas, han hecho esto a los chalcas.” He aquí el meollo del poema de Chichicuepon: recordación de un pasado glorioso y contemplación de un presente desventurado. Ignoraba él cuando concibió este canto que su destino personal iba a ser igualmente desastroso. En su pretensión de litigante perdió la vida. Al menos como poeta sabemos ahora que sobrevivió a la muerte.

CHICHICUEPON ICUIC

Ac ye xoconcaqui ca itlatol
in concauhtehuac y Chichicuepon teuctli,
yaoceuhqui:

¿Machoc mictlapa
y quihualittozque
ymihiyo, yntlatol in tepilhuan?

¿Nehhuihuixtiuh chalchihuah
nehhuihuixtiuh quetzalli,
oyaximoac,
quenonamican?

Zan ye ontlamachotoc a in tepilhuan, in pillin:
Tlaltec atl, in Xoquahuatzli, Tozmaquetzin, ye Nequametzli.
Achin ca tlacuiloa ypalnemoani.
Yn tlamacehualli ipan tonca,
teuctli can Quateotl,
chalchihuatlanac.

Ma xicyocoya, xichoca,
xicelnamiqui in Toteoci teuctli,
ma ya hualaquia
in nahualapan:
itzmolinin quetzalhuexotl.
Ayatlami
in itlatol in Tezozomocli.

Ma xontlachia mihcan,
yahquin Tehcnehua
yahquin Quappolocatl, in Quauhocolotl.
Ximohua
in toteuchuan:
yahqui Huetzi, in Cacamatl, in Tzincacahuaca,

EL POEMA DE CHICHICUEPON

Escuchad ya la palabra
que dejó dicha el señor Chichicuepon,
el caído en la lucha:

¿Acaso en la región de los muertos
habrán de proferirse
el aliento y las palabras de los príncipes?

¿Trepidarán los jades,
se agitarán los plumajes de quetzal
en la región de los descarnados,
en donde de algún modo se vive?

Sólo allá son felices los señores, los príncipes:
Tlaltécatl, Xoquahuatzin, Tozmaquetzin, Nequametzin.
Para siempre los ilumina el Dador de la vida.
Por merecimiento estás allá,
Príncipe Cuatéotl,
el que hace brillar a las cosas.

Piensa, llora,
recuerda al señor Toteoci,
ya va a hundirse
en las aguas del misterio:
brota el sauce precioso.
La palabra de Tezozomocli
nunca perece.

Contempla el lugar de los muertos,
se ha ido Tehconehua,
se han ido Cuappolócatl, Cuauhtecólotl.
En el lugar de los descarnados
nuestros príncipes:
se fueron Huetzin, Cacámatl, Tzincacahua.

Ayamo ypan timochihuaz,
in chichimecatl, in Toteoci teuctli.

In anchalca teuctin,
ma xachoaca:
¡Tonmotlamachtian,
ypalnemoani!
Tonilhuizolohuan Atlixco,
in Toteoci teuctli, Cohuatl teuctli,
yehua mitzyollopoloa,
in Ipalnemoa.

Ticxeloan chalchiuhtli, maquiztli,
ya ticneneloa in patlahuac quetzalli,
choquiztlaya, yxayotl in pixahui,
zan ye onnenahuatiloc,
Huitzilac teohua,
¡in Tozan, in teuctla!

¿Ca ye tommonelto
teohua zan Quateotl?
¿Zazo polihui ya moyollo?
Cauhtimaniz y quaihtli
atl yxpan.
In tlalli mocuepa,
ya ilhuicatl olini,
oncan ye cahualo
chichimecatl y Tlacamazatl.

Moneneloa y zan chalca,
nelihui huexotzincatl,
y zan Tlaylotlaqui,
Quiyeuhtzin teuctli
Quenticalaquia yn Amaqueme.
¡Ytic motenancia in chalcatl,
ye Toteoci teuctla!

No te aflijas por esto,
oh señor chichimeca, Toteoci.

Vosotros, señores de Chalco,
no lloréis más:
¡Tú eres feliz,
oh Dador de la vida!
En vano estuviste en Atlixco,
señor Toteoci, príncipe Cóhuatl,
el Dador de la vida
trastorna tu corazón.

Destruyes los jades, las ajorcas,
desgarras los anchos plumajes preciosos,
hay lluvia de llanto,
así se dispuso,
oh sacerdote de Huitzilac,
¡príncipe Tozan!

¿Has sido destruido
sacerdote Cuatéotl?
¿Acaso ha perecido tu corazón?
Quedará el águila
frente al rostro del agua.
Habrá transformación en la tierra,
movimiento en el cielo,
allá ha quedado
Tlacamáatzl, el chichimeca.

Están en confusión las gentes de Chalco,
alterado el de Huexotzinco,
sólo Tlailotlaqui,
el señor Quiyeuhtzin
penetra al interior de Amecameca.
¡Se defiende el de Chalco,
príncipe Toteoci!

Achquan tiquittoa:
i ayac ymiuh,
y ayac ychimal.
Tocoyatitlani, tocoyaihtoa in Miccalcatl,
y zan Tlailotlaqui,
Quieuhztzin teuctli,
quenticalaquia yn Amaqueme.

Zan ye chocan teuctli nacanaya Toteoci,
Cohuatzin teuctla.
Zan ye hualicnotlamati in Temilotzin, in Tohtzi.
Moxeloan chalcatl,
moneloa ye oncan Almoloya,
cequi yan quauhtli, ocelotl,
cequi ya mexicatl, acolhua, tepanecatl
o mochihua in chalca.⁸

⁸ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 33r.

Ahora tú dices:
nadie tiene flechas,
nadie tiene escudos.
Tú suplicas, tú dices a Miccácatl,
sólo Tlailotlaqui,
el señor Quiyeuhtzin,
penetra al interior de Amecameca.

Sólo ya llora el príncipe Toteoci,
señor Cohuatzin.
Vienen afligidos Temilotzin y Tohtzin.
Se destruye el del Chalco,
se agita allá en Almoloya,
algunas águilas y tigres,
algunos mexicanos, acolhuas, tecpanecas
han hecho esto a los chalcas.

POST SCRIPTUM: A MODO DE INVITACIÓN

Como se ha visto, algo es lo que dicen las fuentes sobre la vida y la obra de estos trece poetas del mundo azteca. A pesar de limitaciones manifiestas, trece volutas floridas han quedado ligadas con otros tantos rostros prehispánicos. Y vale la pena repetir que los poetas estudiados tan sólo son una muestra.

Cantores y sabios de nombre conocido hubo también en lugares como Azcapotzalco y Tlacopan, Cuauhtitlan, Culhuacan y Tláhuac, Ayapanco y Cholula. Y en las mismas regiones de las que provienen “los trece” hay otros más que fueron autores de poemas que hasta hoy se conservan. Por vía de ejemplo diremos que, si tratando de Tlaxcala, nos ocupamos sólo de Xicohténcatl el Viejo, es asimismo posible estudiar el pensamiento y las obras de Xayacámach, Camaxochitzin, Motenehuatzin y Cuitlíxcatl.

Pero si queda mucho por investigar acerca de quienes cultivaron la poesía en los días de los aztecas, virgen está el campo por lo que toca a tiempos más antiguos. En obras como los *Anales de Cuauhtitlan*, la *Historia tolteca-chichimeca* y las *Relaciones* de Chimalpain, se conservan himnos y poemas que se atribuyen a sacerdotes, jefes y sabios de nombres conocidos que vivieron en épocas lejanas durante los años de las peregrinaciones chichimecas y aun del esplendor tolteca. Las fuentes existen y, a pesar de obscuridades, el camino a la investigación está abierto. Por eso, en vez de conclusión, esta nota final es invitación que apunta a lo mucho que queda aún por estudiar.

La poesía náhuatl, con las otras formas de creación artística, es testimonio, el más humano, de lo que fue la vida y el pensamiento en el México antiguo. Privilegio del investigador contemporáneo es descubrir, como arqueólogo, los vestigios materiales de lo que fue símbolo y arte, y como historiador y filólogo, lo que pudo conservarse de la palabra, sabiduría de flor y canto. Con certera expresión señaló la meta



Manuscrito *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 34v

de nuestro estudio uno de los viejos poetas de Anáhuac. A modo de invitación recogemos aquí sus palabras:

Uno a uno voy reuniendo tus cantos,
cual jades los voy engarzando,
con ellos hago un collar,
el oro de sus cuentas es resistente.
¡Adórnate con ellos!
Son tu riqueza en la región de las flores [...].
Son tu riqueza aquí sobre la tierra.¹

¹ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 34v.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA VIDA Y LA OBRA DE LOS POETAS PREHISPÁNICOS

ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892.

Anales de Cuauhtitlan, en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945; para la paleografía del texto náhuatl en su versión al alemán, véase Walter Lehman, *Die Geschichte der Königreiche von Culhuacan und Mexico, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, aufgezeichnet in den Sprachen der Eingeborenen*, Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz, Stuttgart y Berlín, v. I, 1938.

Anales de Tecamachalco. Crónica local en idioma náhuatl, ed. de Antonio Peñafiel, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1903 (Colección de Documentos para la Historia Mexicana, 5).

Anales de Tlatelolco, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. facsimilar de Ernst Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munksgaard, 1945, v. II; para la paleografía del texto náhuatl en su versión al alemán, véase *Baessler Archiv*, Baessler-Institut, Museum für Völkerkunde, Ethnologisches Museum Berlin, Berlín, t. XXII, cuadernos 2 y 3, 1939-1940. Existe deficiente versión castellana de la edición anterior, véase *Anales de Tlatelolco: unos anales históricos de la nación mexicana y Códice Tlatelolco*, México, Antigua Librería Robredo, 1948 (Fuentes para la Historia de México, 2).

Cantares en idioma mexicano, reproducción facsimiliaria del manuscrito original existente en la Biblioteca Nacional / que se imprime bajo la dirección del Dr. Antonio Peñafiel, México, Oficina tipográfica de la Secretaría del Fomento, 1904; para la paleografía del texto náhuatl de los primeros 57 folios del manuscrito —en muy deficiente versión al alemán— véase Leonhard Schultz Jena, *Alt-Aztekische Gesänge. Nach einer in der Biblioteca Nacional von Mexiko*

aufbewahrten Handschrift, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, aufgezeichnet in den Sprachen der Eingeborenen, Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz, Stuttgart y Berlín, v. VI, 1957.

Cantares mexicanos, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628.

Códice Aubin o Códice de 1567, en *Histoire de la Nation Mexicaine depuis le départ d'Aztlan jusqu'à l'arrivée des Conquistadors espagnols*, reproducción del código en la colección de M. E. Groupil, París, 1893.

Códice Azcatitlan, comentario de R. H. Barlow, París, Societé des Americanistes de Paris, París, 1945.

Códice en cruz, 2 v., ed. facsimilar y comentario de Charle E. Dibble, México, s. e., 1942.

Códice florentino, ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, 1905, ilustraciones, v. V.

Códice matritense de la Real Academia de la Historia (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII.

Códice matritense del Real Palacio (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1906, v. VI, 2a. parte, y v. VII.

Códice mexicano (Codex mexicanus), comentario de Ernst Mengin, París, Societé des Americanistes de Paris, 1952.

Códice Ramírez. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias, México, Leyenda, 1944.

Códice Vaticano 3738 (Codex Vaticanus A. Ríos), Roma, reproducción en cromofotografía a cargo del duque de Loubat y al cuidado de la Biblioteca Vaticana, 1900.

Códice Xólotl, ed. de Charles E. Dibble, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1951 (Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie, 22).

CHIMALPAIN CUAUHTLEHUANTZIN, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Anales. Sixième et septième relations (1258-1612)*, publicación y traducción de Rémi Siméon, París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889.

- , *Das Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán, aztekischer Text mit deutscher Übersetzung, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz, Stuttgart y Berlín, v. VII, 1958.
- , *Die Relationen Chimalpain's zur Geschichte Mexico's*, ed. de Günter Zimmernmann, Hamburgo, Universidad de Hamburgo, 1963-1965 (Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandskund, 38 y 39).
- , *Diferentes historias originales de los reynos de Culhuacan, y México, y de otras provincias*, traducción y explicación de Ernst Mengin, Hamburgo, 1950 (Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, XII).
- , *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, introducción, versión y notas de Silvia Rendón, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- DURÁN, fray Diego de, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme*, 2 v. y un atlas, México, José F. Ramírez, 1867-1880.
- Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (textos nahuas de Sahagún), 12 v. publicados por Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe (Nuevo México), The School of American Research and the University of Utah Press, 1950-1982 (Monographs of the School of American Research).
- GARIBAY K., Ángel María, *Veinte himnos sacros de los nahuas*, introducción, paleografía, versión y comentarios de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1958 (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl, Textos de los Informantes de Sahagún, 2).
- Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. Ernst Mengin, Copenhagen, Sumptibus Einar Munksgaard, 1942, v. I.
- Leyenda de los soles*, ed. de Francisco del Paso y Troncoso, Florencia, 1903.
- Mapa de Tepechpan*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 1a. época, t. III, 1887.
- Mapa Quinatzin*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, comentario de J. M. A. Aubin, México, 1a. época, t. II, 1885.
- Mapa Tlotzin*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, comentario de J. M. A. Aubin, México, 1a. época, t. II, 1885.

MOTOLINIA, fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941.

———, *Memoriales*, ed. de Luis García Pimentel, México-París, 1903.

MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, ed. de Alfredo Chavero, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892 (6a. ed., México, Talleres Gráficos Laguna, 1948).

OLMOS, fray Andrés de, *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, Sucesores, 1891, t. 3.

POMAR, Juan Bautista, *Relación de Texcoco*, en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, Sucesores, 1891, t. 3.

Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado, ilustrado con estampas sacadas de los antiguos códices mexicanos y notas y noticias biográficas, críticas y arqueológicas, por D. José Fernando Ramírez. Lo publica paleografiado del manuscrito original el Lic. Ignacio L. Rayón, México, Valdés y Redondas, 1847.

Romances de los señores de la Nueva España, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59. Véase *Poesía náhuatl. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar. Tezcoco, 1582*, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964 (Cultura Náhuatl. Fuentes, 4).

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, introducción, paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1958 (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl. Textos de los Informantes de Sahagún, 1. Publicación del Instituto de Historia, 42).

SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v., ed. de Ángel M. Garibay K., México, Porrúa, 1956.

TEZOZÓMOC, F. Alvarado, *Crónica mexicana*, ed. de José María Vigil, México, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, 1878; reimpresso en México por Editorial Leyenda en 1944.

- _____, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia/Instituto de Antropología e Historia, 1949.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Los 21 libros rituales y Monarquía indiana*, 3v., fotocopia de la segunda edición, Madrid, 1723.
- Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, 3a. ed., introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos nahuas Ángel M. Garibay K. y Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1963 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81)
- ZURITA (ZORITA), Alonso de, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, Antigua Librería de Andrade y Morales, Sucesores, 1891, t. 3.

OBRAS SOBRE LITERATURA Y PENSAMIENTO PREHISPÁNICO NÁHUATL

- BRINTON, Daniel Garrison, *Ancient Nahuatl Poetry: Containing the Nahuatl text of XXVII Ancient Mexican Poems*, Filadelfia, D. G. Brinton, 1887 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VII).
- _____, *Rig Veda Americanus. Sacred Songs of the Ancient Mexicans, with a Gloss of Nahuatl*, Filadelfia, D. G. Brinton, 1890 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VIII).
- CAMPOS, Rubén M., *La producción literaria de los aztecas. Compilación de cantos y discursos de los antiguos mexicanos, tomados de viva voz por los conquistadores y dispersos en varios textos de la historia antigua de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1936.
- CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 t., introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1955.
- FERNÁNDEZ, Justino, *Coatlicue. Estética del arte indígena antiguo*, prólogo de Samuel Ramos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1954; 2a. edición, 1958.

- GARCÍA GRANADOS, Rafael, *Diccionario biográfico de historia antigua de Méjico*, 3 t., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1952-1953.
- GARIBAY K., Ángel María, *Épica náhuatl. Divulgación literaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 51).
- _____, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Porrúa, 1953-1954.
- _____, “Huehuetlatolli, documento A”, *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, v. I, n. 1, 1943, p. 31-53 y v. I, n. 2, 1943, p. 81-107.
- _____, *La literatura de los aztecas*, México, Joaquín Mortiz, 1964 (El Legado de la América Indígena, 2).
- _____, *Llave del náhuatl. Colección de trozos clásicos, con gramática y vocabulario, para utilidad de los principiantes*, México, Otumba, 1940.
- _____, “Paralipómenos de Sahagún”, *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, v. I, n. 4, 1944, p. 307-313; v. II, n. 2, 1946, p. 167-174; v. II, n. 3, 1947, p. 235-254.
- _____, *Poesía indígena de la altiplanicie*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1940 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 11); 2a. ed., 1952.
- _____, “Relación breve de las fiestas de los dioses de fray Bernardino de Sahagún”, *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, v. II, n. 4, 1948, p. 289-320.
- _____, “Romántico náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. V, 1965, p. 9-14.
- GILLMOR, Frances, *Flute of the Smoking Mirror: A Portrait of Nezahualcoyotl, Poet-King of the Aztecs*, Albuquerque (Nuevo México), The University of New Mexico Press, 1949.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Aztec Thought and Culture*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963.

- , *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.
- , *Las literaturas precolombinas de México*, México, Pormaca, 1964.
- , *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *La constitución real de México-Tenochtitlan*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1961 (Cultura Náhuatl. Monografías, 2).
- SELER, Eduard, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, 5 v., Berlín, Ascher und Co./Behrend und Co., 1902-1923.
- , *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des fray Bernardino de Sahagún*, trad. de Eduard Selser, ed. de C. Selser-Sachs con la colaboración de Walter Lehmann y Walter Krickeberg, Stuttgart, Strecker und Schröder, 1927.
- VIGIL, José María, *Nezahualcóyotl, el rey poeta*, México, Ediciones de Andrea, 1957.
- ZANTWIJK, Rudolf Alexander Marinus van, “Aztec Hymns as the Expression of the Mexican Philosophy of Life”, *Internationales Archiv für Ethnographie*, Leiden, v. XLVIII, n. 1, p. 67-118.

ÍNDICE

ADVERTENCIA	
<i>Ana Carolina Ibarra</i>	7
Prefacio a la primera reimpresión	
<i>Miguel León-Portilla</i>	11
INTRODUCCIÓN	13
El redescubrimiento de la literatura náhuatl	14
Los poetas y sabios del mundo náhuatl	17
Remotos antecedentes de los sabios y poetas del mundo azteca	21
La antigua visión del mundo	23
La postrer manifestación del pensamiento náhuatl a través de la poesía	25
POETAS DE LA REGIÓN TEZCOCANA	31
Tlaltecatzin de Cuauhchinanco, cantor del placer, la mujer y la muerte.	33
Nezahualcóyotl de Tezcoco, poeta, arquitecto y sabio en las cosas divinas	45
Cuacuauhtzin de Tepechpan, cantor de la amistad traicionada	85
Nezahualpilli, sabio y poeta, sucesor de Nezahualcóyotl . .	97
Cacamatzin de Tezcoco, gobernante y poeta de vida breve y trágica	117
POETAS DE MÉXICO-TENOCHTITLAN	133
Tochihuitzin Coyolchiuhqui, poeta, hijo de Itzcóatl y señor de Teotlaltzinco.	135

Axayácatl, poeta y señor de Tenochtitlan	141
Macuilxochitzin, poetisa, hija de Tlacaélel	165
Temilotzin de Tlatelolco, defensor de Tenochtitlan y cantor de la amistad	177
POETAS DE LA REGIÓN POBLANO-TLAXCALTECA	187
Tecayhuatzin de Huexotzinco, el sabio que ahondó en el sentido de “flor y canto”	189
Ayocuan Cuetzpaltzin, el sabio, águila blanca, de Tecamachalco	203
Xicohténcatl el Viejo, señor de Tizatlan, cantor de la guerra florida	217
UN POETA DE CHALCO	229
Chichicuepon de Chalco, poeta y litigante desafortunado. .	231
<i>POST SCRIPTUM: A MODO DE INVITACIÓN</i>	245
BIBLIOGRAFÍA	247
Fuentes para el estudio de la vida y la obra de los poetas prehispánicos.	247
Obras sobre literatura y pensamiento prehispánico náhuatl. .	251